

Apuntes para la historia
de la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba

Apuntes para la historia de
la Biblioteca Nacional José Martí
de Cuba

Tomás Fernández Robaina



Biblioteca Nacional José Martí

Edición: Marta Beatriz Armenteros
Diseño y cubierta: Luis J. Garzón Masabó
Corrección: Elda González
Composición: Marta B. Armenteros
Fotos: Archivos de la Biblioteca Nacional José Martí
Eddy Rodríguez Garcet

© Tomás Fernández Robaina, 2001
© Sobre la presente edición:
Biblioteca Nacional José Martí, 2001

ISBN 959-7137-13-5

Departamento de Ediciones
Subdirección de Promoción y Desarrollo
Ave Independencia y 20 de Mayo. Plaza de la Revolución

Introducción

*L*a fundación de la Biblioteca Nacional de Cuba tiene visibles diferencias con las similares creadas en América Latina, como se apreciará a continuación.

Si se visualizan las fechas de creación de las principales bibliotecas nacionales de nuestro continente con las cuales la nuestra debe ser comparada, se observa el hecho de que muchas tuvieron como antecedentes bibliotecas instauradas durante el período colonial, las que una vez alcanzada la independencia y con ella el surgimiento de las diferentes repúblicas, se transformaron y dieron lugar a las bibliotecas nacionales respectivas de cada país.¹

Muchas de ellas se fundan en el siglo XIX, pero no pocas tuvieron sus antecedentes en bibliotecas surgidas durante el XVIII, aunque no se denominan nacionales hasta la fecha indicada como las de Argentina (1810), Brasil (1810), Colombia (1822), Guatemala (1879), México (1833), Perú (1821), entre otras posibles.²

Un aspecto de extraordinaria relevancia es el alto nivel que alcanzó la cultura en Cuba durante la colonia, no obstante los intentos de la metrópoli por frenar el desarrollo de los criollos pudientes y la falta de interés total por facilitar a las clases populares el acceso a la instrucción. Obviamente, en ese desarrollo cultural, medido por los parámetros de la cultura eurocéntrica, colonialista, dominante, no se tenían en cuenta las grandes dotaciones de esclavos traídas a Cuba y que habían hecho crecer la población del país.

No pocos esclavos, en virtud de diversas razones, habían logrado llegar a ser negros libres, por autohaberse comprado la libertad, haber nacido de padres libres, o haber recibido la libertad del amo por ser su hijo. Un aspecto que no ha sido ampliamente estudiado es el fenómeno del constante aumento de los negros libres en una sociedad cuya riqueza principal era mantenida por el trabajo esclavo.³

*Los negros criollos libres habían tratado de adquirir alguna instrucción, como un modo de abrirse paso en las estructuras socioeconómica y cultural de la colonia. Algunos lo habían logrado por algunas de las anteriores razones, principalmente por ser hijos de padres esclavistas. Lo anterior se evidencia por el número de revistas y de sociedades de instrucción y recreo fundadas por los propios negros, que recibían con frecuencia nombres exponentes de la cultura eurocéntrica como una forma de evidenciar su integración a la cultura dominante, tales como el Club Atenas, y la revista Minerva, de los siglos xx y xix respectivamente.*⁴

*Por otro lado, llama la atención los numerosos cabildos de nación que existieron durante la colonia y que más tarde se transformaron en sociedades de recreo, pero manteniendo determinadas características de los cabildos de nación. No cabe duda que en muchos de ellos, aunque formalmente y ante las autoridades coloniales, imitaban a veces, de forma caricaturesca, la estructura aristocrática de las monarquías, de sus cortes, fueron algunos de los centros donde sobrevivieron determinadas prácticas de las culturas africanas que estaban dando nacimiento a nuevas formas ritualísticas y modos de adoración que no eran exactamente los mismos que los traídos por sus antepasados de África. Puede citarse una amplia nómina, como el de la Asociación de Socorro Mutuo El Cocoyé, de Santiago de Cuba.*⁵

Cuando se habla del desarrollo de la instrucción y de la cultura en la Cuba colonial hay que tener presente que se hace referencia a la cultura portada por los esclavistas, terratenientes, comerciantes, fabricantes de azúcar, los representantes de la administración colonial, y por los negros libres que trataban de ganarse un espacio en dicha sociedad, aprehendiendo los códigos impuestos por las clases sociales que poseían el control económico, político y cultural.

Por eso resulta sumamente conveniente tener en cuenta que se está pensando en los indicadores con los cuales la sociedad colonial medía ese desarrollo, al cual sólo tenían acceso los hijos de los terratenientes, de los esclavistas, de los comerciantes, los de algunos funcionarios coloniales y de otros sectores que trataban por esta vía de abrir el camino y obtener espacios donde manifestarse y ser aceptados como partes integrantes de la sociedad de entonces. En igual medida, como se ha explicado, los negros y mulatos que habían alcanzado determinado nivel de instrucción batalla-

ban por un lugar. Por lo tanto, las llamadas bibliotecas públicas de esa época y de otras posteriores hay que valorarlas en su contexto. ¿Para quiénes se abrían? ¿Quiénes tenían acceso a ella? ¿A qué cantidad de lectores satisfacían en sus demandas de títulos? Realmente al disfrute de la lectura tenía acceso un número reducido de lectores, puesto que entonces eran muy pocos los que sabían leer, tanto blancos como negros, como bien se puede apreciar repasando las cifras siguientes, de las cuales Enrique José Varona expresó: “[...] a nadie puede sorprender que el censo llevado a cabo por orden y bajo la dirección del Gobierno de los Estados Unidos en 1899 descubriese un estado social, que había de poner pavor a todo espíritu patriótico o meramente humanitario. Las dos terceras partes de la población resultaban analfabetos”.⁶

De un total de 1 572 797 habitantes, había una suma de 1 215 810 ciudadanos de diez o más años; de esa cifra 72 337 personas eran analfabetas. Asistían a las escuelas sólo 87 935 educandos; los que poseían enseñanza superior según el censo de referencia llegaban a la suma de 19 158.

Teniendo presente todos esos elementos el gran pensador cubano, Varona, comentó:

Mientras [...] bullía el anhelo de mejorar y progresar en las capas superiores de nuestra sociedad, lo que se descubría al descender algunos peldaños era pavoroso. La acción del gobierno en materia de enseñanza pública, no se revelaba por ninguna parte. [...] La instrucción superior era por demás deficiente. La Universidad estaba muy concurrida. Su matrícula general en los años que precedieron a la última guerra no bajó nunca de mil alumnos. Pero estos se limitaban a estudiar teóricamente derecho, medicina y farmacia. Es decir, que la Universidad tenía el mismo círculo de actividad que al finalizar el siglo dieciocho.⁷

Precisamente, por ese análisis tan documentado, enriquecido además por sus vivencias personales en el quehacer intelectual, valiosísimo testimonio educacional y cultural de la Cuba que precedió a la independencia y a la intervención estadounidense, Enrique José Varona aseveraba de modo concluyente que: “Para que los cubanos puedan adquirir conocimiento teórico y habilidad técni-

*ca, sin salir de su patria, se ha intentado la Reforma total de la enseñanza que he bosquejado y cuyos primeros frutos he puesto de relieve”.*⁸

*En este contexto lleno de múltiples contradicciones sociales, las bibliotecas evolucionaron en concordancia con el incremento de la instrucción y la educación entre los sectores que ostentaban el poder económico y político de la colonia, tanto como entre los que aspiraban a un espacio social, y que para adquirirlo debían mostrar que eran poseedores de los mismos valores culturales de los blancos. Pero está claro que ni en la mente de Varona ni en la de los empeñados en la reforma de la enseñanza se particulariza un inciso independiente para la creación de las bibliotecas, tanto escolares, subordinadas siempre a la expansión escolar, como públicas. En ese sentido recordemos lo que dijo el autor de Cuba y su evolución, publicado en 1907: “Biblioteca pública creada y mantenida por el Estado, no existió ninguna en la isla de Cuba durante la colonia. La Universidad de La Habana cuenta con una sumamente modesta, costada y sostenida por sus propios fondos, y la Sociedad Económica de Amigos del País posee otra algo más rica, que en totalidad se debe a donativos de algunos elementos cubanos entusiastas de las letras”.*⁹

La relación de las bibliotecas existentes en el país que Carlos Trelles realizó a finales del siglo XIX y publicara en Cuba y América,¹⁰ unos años antes que el texto de Francisco Figueras, evidencia también el estado de instrucción del país, en víspera del inicio de la guerra de independencia.

En uno de esos artículos, Trelles, visionario incorregible, señaló que llegado el momento de fundarse la Biblioteca Nacional de Cuba, le debía corresponder ese honor por derecho propio a la Biblioteca de la Sociedad de Amigos del País, no sólo por las valiosas colecciones de libros editados en el país que poseía, sino porque había sido una de las instituciones que más había incidido en la promoción, recuperación y conservación de los logros de la inteligencia criolla y extranjera en función del bienestar social, cultural y económico de la isla.

Décadas más tarde el bibliotecólogo Emilio Setién señalaba que no se tuvo en cuenta:

La existencia de la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, cuyos fondos se habían enriquecido a través del siglo XX con obras propias de una etapa decisiva en la formación de

la nacionalidad cubana. La biblioteca más antigua del país (1793) hubiese ofrecido el núcleo para el establecimiento de la Biblioteca Nacional. Sus fondos en 1899 alcanzaban los 41 487 volúmenes. La designación de esta biblioteca como Biblioteca Nacional hubiese constituido un paso de avance para la justa valoración de nuestra cultura nacional, pero esto, decididamente no interesaba a la intervención imperialista.¹¹

Sin embargo, cuando se funda la Biblioteca Nacional, sus gestores parece que no tuvieron en cuenta la propuesta de Trelles, pues no se tuvieron presentes las colecciones que la integrarían ni el local donde radicaría. Hecho este muy diferente al de la mayoría de las fundaciones de algunas de las bibliotecas nacionales de América Latina, fenómeno este también comentado por Setién.¹²

Podrá pensarse que, en definitiva, el gobierno interventor no tenía mucho interés en ese aspecto, pero si bien la anterior hipótesis puede tener validez, no es aceptable que los intelectuales cubanos que incidieron tan positivamente para la creación de nuestra institución, no hubieran tenido en mente los objetivos concretos de tales bibliotecas y que ninguno de ellos se hiciera eco de la sugerencia de Trelles.

Es posible que la fundación de la Biblioteca Nacional haya sido vista por el gobierno interventor estadounidense como uno de los factores necesarios a largo plazo dentro de la política de modernización o de americanización, de saneamiento y de instrucción que se llevaba a cabo en Cuba para preparar su evolución acorde a los planes inmediatos de penetración económica e ideológica.

Hay referencias de que hubo preocupación por dotar de bibliotecas a las diferentes unidades militares de ocupación, como bien se evidencia al consultarse el Anual Report del 30 de junio de 1901. En uno de sus anexos se habla extensamente de las salas de lecturas existentes en las guarniciones militares de la isla.¹³

Se sabe, y ha sido señalado por otros en documentos pocos consultados, que durante la primera intervención, el gobernador John R. Brooke prometió al director del Archivo General, Néstor Ponce de León, la creación en un futuro del Museo y Biblioteca Nacionales, como consecuencia de la solicitud enviada por Ponce de León en la que:

[...] consideraba oportuno el momento para fundar una Biblioteca Nacional, pues [...] había recibido varias ofertas de amigos que se hallaban dispuestos a donar libros, planos, láminas, etc. [...], que no admitiría esos donativos ni contribuiría con mucho de su biblioteca privada a menos de obtener completa seguridad de que dichos documentos no se perderían por falta de estantes adecuados en que colocarlos.¹⁴

No cuesta mucho percatarse de que ambas promesas no estaban realmente en la agenda de trabajo de lo que se debía hacer de inmediato en el campo cultural. Posteriormente, el general Leonard Wood, sucesor de Brooke en el mismo cargo, oyó los criterios de eminentes intelectuales cubanos que cooperaban con él en cuanto a la necesidad de la fundación de la Biblioteca Nacional. Tal vez, como un modo de presionar y accionar de modo positivo sobre el proyecto planteado, el doctor Diego Tamayo, quien ocupaba el cargo de Secretario de Estado y de Gobernación, creó la Junta Organizadora de la Biblioteca y Museo Nacionales. Lamentablemente, a pesar de su cargo, y de lo encomiable de la idea, esta no pasó de ese nivel de abstracción, aunque se materializó una circular en inglés y en español en la cual se solicitaban libros para una biblioteca que no existía aún conceptualmente y mucho menos de forma física.¹⁵ Los tropiezos encontrados no fueron impedimento para que el grupo de intelectuales cubanos enamorados con tales proyectos siguieran solicitando y explicando al gobierno interventor la conveniencia de la creación de ambas instituciones.

Fundación teórica y oficial de la Biblioteca Nacional

La mayoría de los textos que abordan dicha historia y de modo fundamental las causas de su creación no hurgan objetivamente en esos aspectos. Juan Pérez de la Riva intenta una aproximación al interrogarse:

[...] ¿Qué interpretación darle a la decisión del gobierno yanqui? ¿Quitarles a los cubanos la oportunidad de fundar *ellos* [sic] su propia Biblioteca Nacional? ¿Amor por la cultura de parte del inculto jefe de los *rough riders* o simplemente oportunidad de manejar a última hora unos créditos más que dejarían entre las manos de sus paniaguados algunas migajas? Humillar y corromper, como hizo tantas veces, es lo más probable.¹⁶

Emilio Setién, también analiza el mismo hecho e indica que: “Si analizamos la aparición de la Biblioteca Nacional de Cuba a la luz de la situación político-social imperante en el país a principios de siglo [...] podremos advertir hasta qué punto los manejos del gobierno interventor yanqui minaron el desarrollo de la cultura nacional”.¹⁷

Este aspecto del porqué de la creación durante el gobierno interventor de la institución, es lo que más ha hecho reflexionar a los interesados en este asunto y sobre todo, cuando se observa, como ya se ha planteado, algunas de las diferencias entre la fundación de la nuestra y la de otros países.

No es osado decir que, teniendo en cuenta los nombres de quienes pasaron a la historia como los que lucharon por la creación de la Biblioteca, se hacía conveniente patentizar la necesidad intelectual de una reafirmación nacional en un medio en el cual los pensadores cubanos más avanzados conocían el peligro no sólo político, sino cultural de la absorción de nuestro país como una estrella más de la Unión. Evidentemente no siempre hubo una posición o programa amplio

para luchar contra esa posibilidad, y las figuras que asumieron la dirección de la Biblioteca Nacional en sus primeros treinta años tampoco pusieron en práctica planes en los cuales se hiciera énfasis en ese aspecto, como bien se patentiza en la obra bibliográfica de Carlos M. Trelles, quien compila y da a conocer sus primeros trabajos al principio de la década del siglo xx, subrayando la importancia de la producción bibliográfica cubana desde los tiempos coloniales hasta los primeros republicanos.

La creación de la Biblioteca Nacional se materializó conceptualmente cuando el 18 de octubre de 1901, en un sencillo acto celebrado en el Archivo General, ubicado en el Castillo de la Fuerza. Domingo Figarola Caneda tomó posesión del cargo de director de la institución, la cual contó desde entonces con un pequeño espacio, más simbólico que real.

El 30 del propio mes de octubre se publicó la Orden Militar No. 234 que nombraba oficialmente a Figarola Caneda como director de la Biblioteca Nacional de Cuba:¹⁸

CUARTEL GENERAL, DEPARTAMENTO DE CUBA

Habana, 30 de Octubre de 1901

El Gobernador Militar de Cuba ha tenido a bien disponer la publicación de las siguientes órdenes:

Se nombra a Domingo Figarola Caneda Director de la Biblioteca Nacional Cubana, con el sueldo anual de \$1 800. Este nombramiento surte sus efectos desde el 18 de los corrientes. Provisionalmente establecerá su oficina en el antiguo Cuartel de las Fuerzas, ciudad de la Habana. A su cargo estará la conservación de las obras que a dicho objeto se dediquen.

El Ayudante General,

H. L. Scott

Dicha orden presenta una característica especial, pues más que fundamentar la creación de la institución ante la necesidad de preservar el patrimonio bibliográfico nacional, es el nombramiento a una personalidad reconocida de la intelectualidad criolla para que se ocupe de una institución que no contaba con un sitio adecuado y mucho menos colecciones. No es muy difícil pensar que detrás de todo este movimiento cultural podía esconderse, como ya ha sido refe-

rido también por otros autores, incluso, a espaldas de sus entusiastas gestores, rejuegos politiqueros y financieros, sobre todo cuando se sabe que el director tendría un salario anual de 1800.50 pesos oro, y no se hace mención a ninguna política bibliográfica o bibliotecológica que se tomaría de inmediato, sino que simplemente se enuncia que el director tendrá su oficina en el Castillo de la Fuerza y a su cargo estaría la conservación de las obras que a dicho objeto se dediquen.

Cuando se lee el acta de la toma de posesión se aclaran algunas de esas ideas:

Hago constar que el día 18 del mes de octubre próximo pasado, se presentó en esta oficina a mi cargo el señor Domingo Figarola Caneda acompañado del señor Gonzalo de Quesada, quien comisionado por el general Wood, me puso en conocimiento que el señor Figarola Caneda venía a hacerse cargo de uno de los salones de este edificio a donde se instalaría la Biblioteca Nacional para cuya dirección había sido nombrando; tomando por lo tanto posesión desde el mencionado día el señor Figarola Caneda del citado puesto.¹⁹

No se palpa la idea de lo que ha de ser la Biblioteca Nacional mediante la lectura del acta de toma de posesión y mucho menos mediante el análisis de la Orden Militar que la creaba.





1852-1926

Período de Domingo Figarola Caneda: 1901-1920

Otro aspecto que llama la atención es el porqué del nombramiento de Figarola Caneda como director. ¿Quién era esta figura que salía como el máximo dirigente de esa institución? Me parece interesante el juicio emitido por Pérez de la Riva acerca del delegado de Cuba a la exposición Universal de París, responsabilizado de la muestra de libros cubanos. Pérez de la Riva señala que: “En París había una importante colonia cubana que leía regularmente la *Revolución Cubana*, editada por un oscuro periodista llamado Domingo Figarola Caneda”.²⁰

Más adelante amplía su criterio sobre Figarola Caneda, al expresar:

Como en otros eventos similares, se aprovechó la afluencia de visitantes para celebrar algunos congresos científicos; el más modesto de todos lo fue tal vez el primer congreso internacional de bibliotecarios. Las bibliotecas eran diferentes de los que son ahora y sus jefes o administradores se llamaban conservadores. Su función era conservar, defender los libros contra los lectores; conservaban y enriquecían fondos antiquísimos pero entre ellos y el futuro lector establecían verdaderas murallas chinas, razón no les faltaba, tal vez.

Pérez de la Riva valoró a Figarola Caneda como pocos lo hicieron:

Figarola, que jamás había catalogado un libro, es más, que tenía del sentido objetivo y numeral del coleccionista, fue invitado a participar e inmediatamente elegido



Castillo de la Fuerza

vicepresidente en representación de un país que no tenía todavía biblioteca nacional ni gobierno propio. Ciertamente en 1900 la Cuba de Martí despertaba en París tantas simpatías como presenta años después la de Fidel y el Che. La noticia produjo impacto en La Habana.

Estos criterios deben tenerse en mente, pues manifiestan una tendencia que ha prevalecido en la nominación de los cargos de directores de la Biblioteca Nacional de Cuba: hombres cultos, eruditos, historiadores, literatos, pero no con una sólida formación bibliotecológica, a lo más bibliográfica, pero del modo que se entendía entonces la bibliografía, más vinculada a los valores intrínsecos del libro, que a su ordenación para ejercer la función informativa inherente a ella.

Si para lograr la creación de la institución se había tropezado con tanta indiferencia, es posible que sus fundadores no tuvieran muy presente que desarrollar el proyecto y materializarlo, no iba a ser una labor de fácil ejecución, pues ni un local adecuado, y un presupuesto acorde con los requerimientos necesarios fueron aprobados.

Lo más lamentable de todo radicaba en que la Biblioteca Nacional surgía sin unos objetivos precisos de rescatar, en primera instancia, el tesoro bibliográfico del país; y por supuesto, tampoco con una clara idea del modo más conveniente de catalogar y clasificar los títulos que por donación, compra o por el cumplimiento de la Orden Militar No. 5421 iban engrosando poco a poco las colecciones. Dicha Orden Militar, fechada en febrero de 1902, dispuso que de los tres ejemplares de todo título publicado en el país que debían enviarse como depósito al Registro General de la Propiedad Intelectual, uno debía ser enviado para la Biblioteca Nacional, y otro para la Universidad de La Habana. Esta vía fue creando un problema en la incipiente institución, pero bastante generalizado en otras, inclusive en el presente: no tener espacios ni estantes suficientes para colocar de modo conveniente las nuevas adquisiciones.

La Biblioteca Nacional de Cuba nacía en el Castillo de la Fuerza, en un salón de 30 x 7,5 m, sin estantería, sin libros, donde funcionaba el Archivo General.

En aquellos primeros tiempos no se contó con presupuestos destinados exclusivamente al rubro de los incrementos de las colecciones. En 1906 se destinaron \$10 000 anuales para ese fin, que se mantuvieron sólo hasta 1907, y se disminuyeron hasta que en 1914 se llegó a la cifra de sólo \$1 000. De 1914 a 1917 se incrementó a \$3,000 y de 1917 a 1922 se contó con \$5 000, pero a partir de ese

año se redujo y en 1936, sólo contaba con \$375. Evidentemente las vacas gordas, o la danza de los millones no pastaron en la pradera bibliotecaria, y por lo tanto, no recibieron los abonos requeridos para el reverdecer posterior de sus pastos, y mucho menos danzaron, tal vez por falta de espacios de interés, al compás de las danzas que les llenaban los bolsillos de dinero a los politiqueros de entonces.

Obviamente, todas estas reducciones afectaron seriamente no sólo las adquisiciones, sino también los créditos para suscripciones de revistas y para la encuadernación de los libros y de las publicaciones seriadas como una forma de preservarlos.

Las donaciones parece ser que fueron la vía por la cual se obtuvieron valiosas colecciones de libros cubanos y de otras partes del universo.

En realidad, la Biblioteca Nacional se inicia con la colección personal de Domingo Figarola Caneda (3 000 volúmenes) y se incrementa con otras, como la de Bachiller y Morales, la de Francisco Sellén (600 volúmenes), y algunas más.

Debido a la donación de la señora Pilar Arazosa de Muller,²² en 1909, la Biblioteca contó con una imprenta que, aunque pequeña, reportó grandes beneficios, pues hasta 1912 se editó en ella la *Revista de la Biblioteca Nacional* en su primera etapa. La revista dio a conocer las colecciones que engrosaban los fondos por compra o donación, además de publicar trabajos de índole bibliográfica. De esa forma se iniciaba una de las tendencias que prevaleció en su segunda etapa de vida, así como muchos años más tarde, y que se mantuvo en los inicios del período revolucionario, aunque no se visualizó con la misma frecuencia por algún tiempo, hasta la década del 80 cuando se dedicaron espacios a diversas compilaciones.

Pero lo más importante era que la *Revista de la Biblioteca Nacional* marchaba ya, evolucionaba, y avanzaba, no obstante las limitaciones particulares a las que tuvo que enfrentarse. No importaban las razones por las cuales había sido creada.

Se puede afirmar que una de las deficiencias de la historiografía bibliotecológica y bibliográfica cubana ha sido la tendencia a considerar que nada existía con anterioridad a la Revolución, como se evidencia en el recuento histórico de la Biblioteca Nacional de Cuba presentado en el libro *Historia de las bibliotecas nacionales iberoamericanas*.²³

Realmente el esfuerzo y los empeños por desarrollar o hacer avanzar dentro de las estructuras establecidas a las bibliotecas, y en particular a la Nacional llena uno de los capítulos más hermosos de esa historia en Cuba, en cuanto a la tenacidad, vehemencia y persistencia de los que militaban en esos empeños, aunque lamentablemente no pudieran obtenerse todos los objetivos propuestos.

Hay poca información en la prensa periódica sobre el período de Figarola Caneda, quien estuvo al frente de la institución desde su fundación hasta 1918. Sin embargo, la poca existente es bien elocuente para analizar el mundo bibliotecológico de entonces y el círculo intelectual habanero. Prueba de ello es la polémica que se suscita entre Manuel Pérez Beato, Carlos M. Trelles y Ezequiel García Enseñat, la cual se originó por una crítica de Pérez Beato a Trelles. Este suceso es de suma importancia para acercarse a la historia de la Biblioteca Nacional, al estado en el cual se encontraba en los primeros tiempos republicanos.

La crítica de Pérez Beato²⁴ fue burlona, grotesca, destructiva al detectar que Trelles consignaba a un analfabeto como autor de un texto, por el simple hecho de que alguien, probablemente enviado por el propio Pérez Beato, le hubiera dado esa información a Trelles, quien registraba todo lo que le decían sobre referencias bibliográficas. Trelles consideraba que con esa acción se le quería desacreditar por el temor de que pudiera ingresar a la Biblioteca Nacional. Ante esta posibilidad, aclaraba: “Si es fundada esta hipótesis tranquilícese el instigador y el instigado, porque no aspiro a puesto alguno y menos en esa biblioteca”.²⁵

¿Por qué Trelles expresaba de esa forma tan desgarradora que no aspiraba a puesto alguno en la Biblioteca Nacional? No es difícil sentir el dolor de Trelles, detrás de sus palabras, su justificado resentimiento. ¿Cuántas cosas no hubiera hecho Trelles de haber tenido la posibilidad de ser el director o haber laborado simplemente como especialista? Nuestra historia hubiera sido distinta de acuerdo con sus palabras: “[...] no se me olvida que en 1902 me propuso el ilustre Secretario de Instrucción Pública, Dr. Enrique José Varona, para el cargo de Segundo Jefe de dicha Biblioteca, basándose en que yo tenía realizado



Maestranza de Artillería

algunos trabajos bibliográficos, y que fue nombrado un señor que jamás se había ocupado de esos asuntos”.²⁶

La publicación de tal criterio en el debate con Pérez Beato dio pie para que Ezequiel García Enseñat irrumpiera en la trifulca intelectual presentándose como la persona que había ocupado el cargo aludido por Trelles.

A una invitación de García Enseñat para que trabajara gratuitamente catalogando y clasificando, Trelles contestó negativamente, pues consideraba que había allí los empleados necesarios para redactar los catálogos. Y concluía el párrafo citado, diciendo: “Si se hubiera querido tiempo de sobra ha habido para acometer y terminar esa obra en los siete años que tiene de vida la Biblioteca”.²⁷

La respuesta de García Enseñat no se hizo esperar y refleja una realidad que no siempre se visualiza en los estudios biográficos, tendientes siempre a canonizar a las figuras de nuestra historia patriótica o intelectual:

¿Que no he clasificado? No ya “la más pequeña sección de la Biblioteca”, la Biblioteca entera; y no una, sino dos, tres, cuatro veces. Yo no tengo la culpa de que alguien, que allí parece dirigir, desbaratase sistemáticamente mi trabajo, tal vez porque yo no colocaba, como parece que debe ser, entre las obras de agricultura, la de *Jardines de la infancia*.

En cuanto al catálogo, el señor Figarola se negó siempre, obstinadamente, a hacerlo, quizás por considerarlo un problema superior a sus fuerzas [...] Que la Biblioteca cuesta al Estado 21 800 pesos anuales, y a mí, ¿qué? Eso debe depender seguramente de los aumentos de sueldos y de la creación de nuevas plazas. Por ejemplo, el sueldo del Director ha subido de 150 a 250 pesos; y se ha creado un puesto, dotado con \$75, para un íntimo familiar suyo; de modo que ya por ahí tiene el Señor Trelles 3 900 pesos anuales de los 21 800 [...].²⁸

En 1907, el año cuando la polémica tuvo lugar, la Biblioteca Nacional estaba ubicada en el local de los altos de la Maestranza de Artillería, adonde se había mudado el 17 de julio de 1902. La situación no había mejorado mucho, pues el propio Ezequiel García señalaba que mientras trabajó en la Biblioteca el presupuesto era de unos 4 500 pesos, había dos empleados, además del director, y la institución estaba abierta, aunque “[...] hoy cuesta \$21 600 dice el señor Trelles, y está cerrada hace año y medio. El contraste no puede ser mayor”.²⁹

Sin embargo, en 1909, gracias a la donación de la imprenta por la señora Arazoza de Muller, se inició el movimiento editorial propio de la Biblioteca Nacional. La circulación de su órgano periódico permitió asomarnos a algunas de las colecciones con las cuales se incrementó el fondo bibliográfico del centro. En el *Catálogo de publicaciones de la Biblioteca Nacional José Martí: 1905-1977* se registraron 327 impresos, de ellos sólo cinco, además de las nueve entregas de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, pueden ser acreditados como los pioneros de la labor impresora en la institución.

Las entregas de la revista circularon del modo siguiente: cuatro en 1909, tres en 1910, una en 1911 y una en 1912. Si a la cifra total de números de la revista, se le suman los dos folletos y tres títulos fechados entre 1905 y 1917, se obtiene una cifra total de catorce publicaciones. Llama la atención un *Catálogo de Derecho Internacional* aparecido en 1917, de 47 páginas que se acredita como editado por la Biblioteca Nacional.

Durante ese período, de acuerdo con la *Cronología de la Biblioteca Nacional* a la cual se ha tenido que acudir, ante la imposibilidad de acceder al archivo de la institución y a otras posibles fuentes, las cifras de usuarios y servicios prestados se comportaron del modo siguiente:

AÑO	USUARIOS	SERVICIOS
1904	2 171	-
1909 (sept.-dic.)	774	1 098
1914-1915	3 499	5 026
1915-1916	4 499	8 631
1917-1918	3 120	4 124
1918-1919	3 180	3 354
TOTAL	17 243	22 233

Esta fue, probablemente, la etapa de la dirección de Figarola Caneda en la que se hizo más visible parte de lo que se estaba haciendo en la Biblioteca Nacional, a pesar de la disminución de los créditos para adquisiciones a sólo mil pesos de 1912 a 1914. Hubo cierto aumento financiero de 1914 a 1917, y de esta fecha a 1922, tres mil y cuatro mil pesos en cada período, bajando drásticamente. Estos aumentos no se correspondieron proporcionalmente para las suscripciones de revistas, en donde hubo más bien una tendencia hacia la reducción del dinero destinado para ese inciso.

Los presupuestos³⁰ durante el período de Figarola Caneda, incluyendo la interinatura de Miranda fueron los siguientes:

AÑO	PERSONAL	GASTOS	TOTAL
1904	\$4 500.00	\$12 760.00	\$17 260.00
1906	\$5 060.00	\$11 500.00	\$16 560.00
1908	\$7 160.00	\$14 700.00	\$21 860.00
1909-1910	\$7 760.00	\$4 660.00	\$12 420.00
1910-1911	\$7 760.00	\$4 660.00	\$12 420.00
1911-1912	\$7 760.00	\$4 660.00	\$12 420.00
1912-1913	\$7 760.00	\$3 260.00	\$11 020.00
1913-1914	\$7 760.00	\$3 260.00	\$11 020.00
1914-1915	\$7 760.00	\$3 260.00	\$11 020.00
1915-1916	\$7 760.00	\$3 260.00	\$11 020.00
1916-1917	\$7 760.00	\$3 260.00	\$11 020.00
1917-1918	\$7 520.00	\$7 100.76	\$14 620.76
1918-1919	\$7 520.00	\$7 100.32	\$14 620.20
TOTAL	\$93 840.00	\$42 880.00	\$167 422.00

La necesidad del espacio vital para el óptimo funcionamiento de la Biblioteca Nacional fue preocupación constante del director y de aquellos que se sensibilizaron con su importancia y con el desarrollo que debía tener.

Es curioso que durante esta etapa el Poder Ejecutivo muestre interés y preocupación por la institución.

Tanto el presidente José Miguel Gómez, como su sucesor, Mario García Menocal, se expresaron al respecto. Este último, en la etapa final de Figarola Caneda planteó más de una vez esa inquietud, como lo hizo en abril de 1918: “La Biblioteca Nacional carece de un edificio apropiado para su instalación y funcionamiento y que responda a sus altos fines. Actual-



Período interino de Fernando de Miranda: 1918-1920

La referencia al señor Miranda como sucesor transitorio de Figarola Caneda se toma del texto escrito por Roig³⁵ con motivo del décimo aniversario de la muerte del primer director de la Biblioteca Nacional.

Es probable que como consecuencia del estado técnico de la Biblioteca se decidió liberar del cargo a Figarola Caneda, pero teniendo en cuenta su prestigio intelectual y patriótico, fue nombrado integrante de una comisión que debía estudiar el proyecto para la construcción del edificio tan necesitado para la institución.³⁶ Su incorporación a esa comisión ocasionó que Fernando de Miranda se convirtiera en el director interino, y como asesor Luis Marino Pérez. Parece ser, como ya se ha expresado en párrafos anteriores que al no estar de acuerdo con esto, Figarola Caneda solicita su licencia y se retira formalmente de la máxima posición de la Biblioteca Nacional en 1920.

Muy diferentes fueron 1919 y 1920 a los anteriores años en la demanda del edificio. El doctor de la Torriente presentó otro proyecto encaminado a dotar de edificios a la Biblioteca Nacional y al Archivo Nacional, de acuerdo con el del 23 de julio de 1919.³⁷

El presidente Menocal se quejó al Congreso también en 1920 de que ante las cámaras de Representantes y del Senado se habían presentado propuestas para resolver los problemas de esas instituciones, específicamente de la Biblioteca Nacional, como un modo de llamar la atención sobre el estado en que esta se encontraba: “[...] está instalada en una pequeña porción de la Maestranza de Artillería; es tan reducido el espacio que las últimas adquisiciones no pueden ser acomodadas, aparte de que a pesar de haberse realizado importantes obras de refuerzos en el piso, el peso de las estanterías constituye una amenaza”.³⁸

Durante este breve tiempo, Luis Marino Pérez redactó el informe, ya citado, para mostrar el estado de organización y nivel técnico que prevaleció bajo la

dirección de Figarola Caneda, el cual, al parecer, sería eliminado, o al menos se comenzaría a laborar con ese propósito. Para ello se contaba con el asesoramiento de Marino Pérez y el conocimiento de las deficiencias que presentaba la institución. La dirección interina de Francisco de Miranda cesó en 1920, cuando Francisco de Paula Coronado fue designado director de la Biblioteca Nacional.



Período de Francisco de Paula Coronado: 1920-1946 y del asesoramiento técnico de José Antonio Ramos: 1938-1946



1870 - 1946

La designación de Coronado fue bien acogida por los intelectuales de la época. René Méndez Capote nos da una caracterización de su personalidad cuando nos recuerda que:

[...] mi trato más íntimo fue posteriormente con Francisco de Paula Coronado, uno de esos personajes que merecen estudio, porque junto a una condición que podría llamarse en rigor cinismo, tenía una fuerte personalidad, mucha inteligencia, una vastísima cultura, trato exquisito y un conocimiento de la bibliografía cubana como no ha vuelto a tenerlo ningún otro director de la biblioteca. Era tan miope, que se pegaba los libros a la nariz para poder ver las letras aun a través de unos lentes increíblemente gruesos, y también era increíble todo lo que leía.

[...]

Coronado, como bibliotecario era fantástico; decía que la polilla no era tan mala como creía la gente; tenía un sistema propio de clasificación, muy particular, que por desidia no aplicó, felizmente, a los indefensos libros. Se llamaba el “sistema Coronado”, Sistema Racional, y empezaba con el surgir de la inteligencia en el primate y llegaba hasta

los últimos descubrimientos científicos que en aquella época eran nuevos y hoy son antiquísimos.³⁹

Sin embargo, no fueron suficientes su conocimiento bibliográfico y su prestigio intelectual para solucionar algunos de los graves problemas que aquejaban a la institución. Tampoco tuvieron éxito las continuas demandas del Poder Ejecutivo para dotar a la Biblioteca Nacional de un edificio apropiado. De nada valió la realidad trágica de las colecciones para que se concedieran créditos, y al menos un local más adecuado.

La corroboración de ese estado de indiferencia oficial la tenemos en el artículo: “El desastroso estado de la Biblioteca Nacional”,⁴⁰ donde Roig retrata de manera violenta, casi siete años después del nombramiento de Coronado, la angustiada situación por la cual atravesaba la institución, realmente víctima de un empeoramiento mayor que el denunciado por Marino Pérez. Roig enfatizaba que:

De todo este desastroso estado de nuestra Biblioteca es ajeno y está libre de toda culpa su competentísimo director, el Dr. Francisco de Paula Coronado [...] Dentro de sus atribuciones y con los escasos recursos con que cuenta [...] no puede hacer más de lo que hace; ni colocar los libros adecuadamente, porque no hay sitio donde ponerlos; ni tenerlos ya catalogados, porque no tiene empleados para ello; ni adquirir todas las obras nuevas necesarias ni encuadernar las existentes y las colecciones de periódicos porque el crédito no le alcanza.

En otra parte de ese texto, Roig aseguraba que Cuba era la única nación civilizada de la tierra donde no existía una buena Biblioteca Nacional. Apuntaba que una donación realizada por la República Argentina, con la sola condición de que se habilitara una sala con el nombre de ese país, no se había podido ejecutar pues los estantes para tales libros no habían sido confeccionados, a pesar de que los carpinteros encargados de hacerlos habían ido tres veces a tomar las medidas.

Una semana después el propio articulista publicó su entrevista con el director Coronado, quien le habló de la estructura dada por él a la Biblioteca, y subrayó el hecho de que: “[...] no estaba organizada cuando nos encargamos de ella y uno de nuestros primeros trabajos fue darle una organización que, aunque sencilla, es la conveniente por el momento”.⁴¹

Del mismo modo explicó el Sistema Racional de Clasificación creado por él con las siguientes divisiones:

- A. Obras generales. Poligrafía
- B. Geografía y Viajes. Antropología
- C. Ciencias auxiliares de la Historia
- D. Historia Universal
- E. Historia de América
- F. Historia de Cuba
- G. Agricultura
- H. Filosofía
- J. Religión
- K. Filología
- L. Literatura
- M. Medicina
- N. Derecho
- O. Bellas Artes
- Q. Enseñanza
- R. Ciencias sociales, políticas y económicas
- V. Tecnología
- Y. Ciencia militar y naval
- Z. Bibliografía. Biblioteconomía

Los anteriores encabezamientos se dividían en clases y subclases; las subclases se indicaban con letras minúsculas y las subclases con números arábigos. Las combinaciones de las letras con los números formaban la signatura particular de cada libro o documento.

El Sistema Racional de Coronado⁴² continuaba los objetivos y la labor de Luis Marino Pérez para actualizar y organizar técnicamente las colecciones de libros; de igual modo abrió la tendencia de adecuar diversos sistemas de clasificación y de catalogación a las necesidades de la Biblioteca Nacional. En este sentido Coronado expresó que anteriormente la institución había carecido de catálogos, a pesar de los reiterativos empeños para borrar tal carencia.

Durante este período se decidió seguir las normas acordadas por la Asociación Inglesa y Americana de Bibliotecarios en 1907, con modificaciones de las reglas que se aplicaban en las bibliotecas de París, Washington y Londres, así como otras de la propia Biblioteca Nacional.

Uno de los problemas era la falta de personal calificado, pues cuando se disponía de alguno, no duraba mucho tiempo en la plaza, debido a que por las altas y bajas en los presupuestos del Estado, algunos eran cesanteados. Además, los salarios de la Biblioteca eran los más bajos que se pagaban en la República en las instituciones gubernamentales.

Esa entrevista es de suma importancia, porque en ella se visualizan algunas de las acciones emprendidas con vista a mejorar los servicios y la organización del centro, a la vez que se plantean necesidades muy concretas de ese momento, y aspectos importantes para el trabajo profesional de las bibliotecas.

Ya a finales de la década de los 30 parece haber un consenso general sobre las necesidades básicas de la institución:

1. Edificio propio con capacidad para almacenar un millón de volúmenes, incluyendo una imprenta y un taller de encuadernación.

2. Personal preparado para trabajar en ella. Se plantea la necesidad de crear la Escuela de Bibliotecas, para que sus graduados eliminen la necesidad de profesionales en las bibliotecas.

3. Sueldos racionales en armonía con el nivel intelectual de las personas que laboren en ella.

4. Créditos acordes con las prioridades y el desarrollo planificado.

El 4 de septiembre de 1927 se publicó un interesante artículo a través del cual se puede valorar el estado de la Biblioteca, pero desde otro ángulo, sin que se pasen por alto las deficiencias ya señaladas. Es un magnífico testimonio de la entonces Biblioteca Nacional:

La sala de lectura no es amplia. En ella vemos una veintena de lectores de ambos sexos, que, ávidos de ciencia, consultan libros, toman notas, y laboran con sus trabajos, a la preponderancia intelectual de su patria. Son estudiantes, que próximos a terminar la carrera, preparan las tesis doctorales; son intelectuales, que, animosos, forman un caudal de conocimientos intensos, para luego prodigarlos en conferencias y libros, e ilustrar al pueblo; son sencillos comerciantes y agricultores que estudian la marcha progresiva de otros países, y computan estadísticas, a fin de orientar prósperamente sus negocios e iniciativas.

Llama la atención lo que dice el periodista: “Los lectores de la Biblioteca no gustan de obras de mero pasatiempo. Las obras que se leen con más generalidad

en aquel centro de cultura son las de estudio. Una característica de los lectores cubanos, es que apenas leen obras de agricultura, cosa extraña en un país eminentemente agrícola como Cuba”.⁴³

En su recorrido describió “amplias salas, repletas de libros y revistas, ordenados y catalogados, colocados en sencillas estanterías”. Le sorprendió ver un salón lleno de libros amontonados que llegaban al techo. Al inquirir ante el director por la causa de tal hecho, este le respondió que no había suficientes estanterías, y ante la preocupación de los daños ocasionados a esas obras, el director Coronado explicó: “Hacemos lo posible porque así no suceda. No podemos hacer otra cosa. El crédito de la Biblioteca fue reducido provisionalmente en 1921 ‘a la cuarta parte’! Y sigue esa reducción...! Para darnos cuenta de nuestra penuria os diré que, en la actualidad, tenemos consignados solamente 109 pesos mensuales para comprar libros”.⁴⁴

Como se evidencia por las citas anteriores, las penurias continuaban; obviamente se había avanzado algo técnicamente, y esta tendencia, iniciada con la contribución de Luis Marino Pérez, se incrementó en 1938, con la incorporación al centro en calidad de asesor, de José Antonio Ramos, famoso dramaturgo, novelista, y hombre progresista. Pero antes de este hecho de singular importancia, es necesario detenerse en algunos de los escritos publicados durante esos años que manifiestan el interés de un grupo de intelectuales de avanzada en la lucha por lograr que la Biblioteca Nacional recibiera la atención debida por parte de las instituciones oficiales.

En esta fase de la historia es muy importante la figura de Emilio Roig, quien escribió numerosos artículos denunciando el estado de abandono en el cual se encontraba la institución, pero no sólo criticó, sino que lanzó la idea en 1935 de fundar la Sociedad Amigos de la Biblioteca.⁴⁵ Esta no se materializó hasta el 9 de enero de 1936. Sus integrantes fueron: presidente: Emilio Roig; vicepresidente: Mario Guiral Moreno; secretario: Enrique Gay Galbó; vicesecretario: Elías Entralgo; tesorero: Emeterio S. Santovenia; vicetesorero: Carolina Poncet; vocales: Francisco González del Valle, Julio Villoldo, Joaquín Llaverías, Federico Castañeda, Manuel Pedro González, Manuel I. Mesa Rodríguez, Luis Bay Sevilla, Benigno Souza, Nicolás Guillén, José Antonio Ramos, Félix Lizaso.

La campaña desplegada por los Amigos de la Biblioteca, y sobre todo, los artículos de Emilio Roig fueron elementos bien notables que caracterizaron esta

etapa de la Biblioteca Nacional en cuanto al despliegue de una constante propaganda a favor de su mejoramiento.

El primer año de su fundación fue rico en escritos, los cuales reflejaban y comentaban los ocho objetivos expuestos y los fines perseguidos por los Amigos de la Biblioteca:

Primero.- Gestionar que la Biblioteca Nacional posea edificio propio “ad hoc” para ella, con la amplitud que exigen las instituciones de esta clase, y puesto el pensamiento, tanto en sus necesidades presentes como en las del mañana, de manera que pueda realizarse con facilidad la instalación en más amplios locales o pabellones de las nuevas salas de lectura, depósito de libros, etc., cuando así lo demande su crecimiento.

Segundo.- Gestionar asimismo que dicho edificio posea locales adecuados para depósitos de libros, manuscritos, periódicos y de cuantos otros papeles, documentos u objetos sean propios de una biblioteca; salas de lecturas de libros, de periódicos, especiales para niños y para ciegos; habitaciones aisladas para estudios especiales y continuados; salones para conferencias y exposiciones; salas de exhibiciones, locales para talleres de imprenta y de fotocopias, encuadernación, estanterías y demás que requiera una biblioteca moderna de carácter nacional.

Tercero.- Procurar que la Biblioteca Nacional tenga en los presupuestos del Estado dotación adecuada a sus necesidades y funciones, tanto para personal como para material, adquisición de libros, periódicos y documentos, encuadernación y reparación de libros, publicación de una revista propia, y para cuando sea necesario a sus actividades y progresos.

Cuarto.- Gestionar igualmente la creación de la carrera de bibliotecario, archivero y conservador de museos, para que sólo puedan desempeñar estos cargos los que hayan obtenido el título correspondiente.

Quinto.- Que mientras no haya graduados en esta carrera, sean sometidos a exámenes públicos todos los empleados actuales que desempeñen cargos en la biblioteca y los que sean nombrados en lo futuro, que no estén examinados, con excepción de los sirvientes y vigilantes, ante un tribunal formado por los directores de las bibliotecas Nacional, Municipal, de la Sociedad Económica de Amigos del País, del Capitolio y el director del Archivo Nacional.

Sexto.- Fomentar las donaciones a la Biblioteca Nacional, de los particulares, asociaciones y corporaciones nacionales y extranjeras.

Séptimo.- Pedir que sea hecho con urgencia, por ser indispensable, el catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, en la forma y por los procedimientos hoy en uso en las bibliotecas públicas de los países más adelantados de Europa y América.

Octavo.- Ejercer constante fiscalización para que sean realizados y cumplidos todos los propósitos y proyectos expuestos en los apartados anteriores, y cuantos más juzgue esta asociación necesarios o convenientes al progreso y engrandecimiento de la Biblioteca Nacional.

De los ocho fines expuestos tenían vital relevancia el primero, el tercero, el cuarto y el séptimo; es decir la construcción del edificio, el aseguramiento financiero para sus gastos, la creación de la carrera de bibliotecarios y archiveros para formar técnica y profesionalmente a los bibliotecarios, y la confección del catálogo, reflejo de la ordenación de los fondos para poder localizar de manera rápida las obras y dar un servicio rápido y eficiente a las demandas de los usuarios.

La fundación de los Amigos de la Biblioteca logró muestras de solidaridad entre otros bibliotecarios y de todos los que estaban interesados en la cultura en Cuba.⁴⁶ Un ejemplo de esa solidaridad nos lo da Lorenzo Rodríguez Fuentes desde la *Revista Bibliográfica Cubana*: “Digna de todo elogio es esta iniciativa a favor de nuestra olvidada Biblioteca Nacional en la que mueren millares de libros valiosísimos en enormes cajas que, avaras, guardan exclusivamente para sí las riquezas de ellos”.⁴⁷

Además del nombramiento de Francisco de Paula Coronado, de la esporádica referencia a los males de la Biblioteca Nacional en la prensa periódica, y de la fundación de la Sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional, no debe pasarse por alto, como un hecho que debe estar siempre en la memoria histórica de la institución, el peligro que corrieron sus colecciones cuando el jefe de la Policía, José Eleuterio Pedraza, amenazó con lanzarlas al mar si la Biblioteca Nacional no desalojaba el local donde él quería levantar la jefatura de la Policía Nacional. Una periodista, al referirse a ese hecho algunos años después expresó lo siguiente: “Cuando el Coronel Pedraza, autoritario y mandón, oyó las buenas razones que le daban los encargados de la biblioteca hizo un gesto de desagrado y gritó: ‘Bueno, bueno... ¡o sacan todos estos papeles de aquí o mando a veinte de mis hombres para que tiren todo esto al mar!’ ”.⁴⁸



Emilio Roig
de Leuchsenring
1889-1964

Obviamente, la reacción de los Amigos de la Biblioteca fue enérgica, como se evidencia en el artículo "Vida, pasión y muerte de la Biblioteca Nacional".⁴⁹ Su autor, Emilio Roig expone siete puntos defensores ante el criminal desalojo:

El primero señala de forma precisa que la Biblioteca Nacional no debía ser trasladada del lugar que ocupaba en el edificio de la Maestranza de Artillería, sino dedicar todo el inmueble para ella.

Planteaba el segundo que si era necesaria la traslación, la Biblioteca Nacional debía ser acogida en un edificio apropiado, "a fin de que preste el servicio público inherente a todo establecimiento de su clase".

El tercero era categórico al expresar que en La Habana no existía ningún edificio disponible al cual pudiera ser llevada la Biblioteca sin que significara la ruina y destrucción por el mal estado en el cual se encontraban las colecciones.

Sumamente relevante es el cuarto punto y pudiera afirmarse que no aparece este aspecto significado en los textos que historian la Biblioteca Nacional. Según Emilio Roig desde hacía cuatro años había estado reclamando de los Poderes Públicos que se destinara totalmente el edificio de la Maestranza de Artillería para la institución, de acuerdo a los planes existentes.

En el quinto punto se manifestaba totalmente contrario a la idea de construir un edificio para la Biblioteca Nacional en el proyectado Centro Cívico de la Ciudad.

Se oponía también en el sexto a la idea de gestionar oficialmente de la institución Carnegie el financiamiento para la construcción del edificio.

Trataba el último punto de buscar una solución mediadora ante la inmediata construcción de la Primera Estación de Policía, indicando que podía erigirse en otro terreno, pero no en el edificio de la Maestranza de Artillería, pues la Biblioteca Nacional ocupaba ese lugar desde hacía 36 años.

Este intento de canibalismo intelectual de José Eleuterio Pedraza pudo evitarse, de acuerdo con el testimonio del propio Roig en virtud de que: "[...] intervino el entonces jefe del Ejército, coronel Batista, y nos salvó la vida a los Amigos de

la Biblioteca y a los libros de la Biblioteca Nacional, entregando a esta el Castillo de la Fuerza”.⁵⁰

Llama la atención este gesto, sin duda alguna positivo, de quien años más tarde violó la Constitución de 1940 y fue el causante de la muerte de más de veinte mil cubanos.

Pocas semanas después se oficializaba el traslado de la institución y en la revista *Carteles*⁵¹ se publicaba la foto de “Francisco de Paula Coronado recibiendo de mano del teniente Pérez las llaves del Castillo de la Fuerza, a donde ha sido trasladada provisionalmente la Biblioteca Nacional”. La supuesta provisionalidad duró veinte años. Pero no cabe duda que su instalación en ese lugar fue un hecho importante en su historia.

Desde el *Boletín Bibliotécnico* se comentó duramente la situación reinante, y en ese sentido es conveniente conocer algunos de los alegatos esgrimidos, ya trasladada al Castillo de la Fuerza:

[...] todavía sin recibir los auxilios indispensables; con un desconcertante hacinamiento de libros; con el nombramiento de un asesor (el escritor y diplomático Dr. José Antonio Ramos) como medida poco eficaz, pues lo que debió haberse hecho es el nombramiento en firme para la Dirección del propio Dr. Ramos y la cesantía del actual Director, como débil sanción a la censurable conducta de un señor que a más de no haber hecho cosa alguna buena en el desempeño de su cargo, tiene sobre su reputación graves cargos.⁵²

Dura crítica hacia el director Francisco de Paula Coronado, la cual contrasta con otros artículos que lo exoneran de toda responsabilidad del estado catastrófico de las colecciones. En todas esas actitudes hay elementos objetivos y subjetivos, que no parecen haberse expresado de un modo balanceado, tal vez, por ser todos sus componentes agentes y testigos de la dinámica social e intelectual del momento.

En el seno de la Asamblea de Bibliotecarios que se había llevado a efecto, se hizo referencias al entonces muy comentado proyecto de la Secretaría de Obras Públicas de construir un edificio para la Biblioteca Nacional. Sobre ese aspecto se expresó en el artículo señalado del *Boletín Bibliotécnico*: “Nosotros sostuvimos nuestra oposición a construcciones monumentales mientras en el último rincón de la República se carezca de facilidades para obtener los libros necesarios”.⁵³

Obviamente, este comentario evidenciaba la escasez de bibliotecas y el estado de la mayoría de las colecciones de la Biblioteca Nacional, aspecto ampliamente abordado y citado con anterioridad. Dos años más tarde, en esa misma fuente documental se continuaba criticando duramente el estado de desinterés por parte de las autoridades y se argumentaba que mientras esa institución fuera: “[...] una llaga, comparable a la existencia, en esta ciudad, de los barrios de indigentes, en vez de prolongar las horas en que permanezca abierta en un infructuoso deseo de ser útil, lo que procede es su clausura”.⁵⁴

También se esgrimieron sólidos argumentos para que no se fuera a desvirtuar las funciones y peculiaridades de la Biblioteca Nacional; se llamaba la atención de no confundir la Biblioteca Nacional con una biblioteca pública de carácter general, y mucho menos que descendiera a la categoría de biblioteca de barrio. Realmente ninguna de esas dos concepciones habían primado ni sería característica de la Biblioteca Nacional antes de 1959.

Por lo anteriormente expresado se criticaba un artículo donde se decía que la Biblioteca Nacional debía servir a los estudiantes pobres. Tal acción, de acuerdo con el texto: “[...] significaría algo más que salirse de su función de Biblioteca Nacional: establecería la imposibilidad de cumplir tan laudable como equivocado propósito. Los estudiantes necesitan libros de textos: Es decir libros modernos y caros, y la Biblioteca Nacional no dispone de fondos para su adquisición”.⁵⁵

Y concluía la exposición pidiendo respeto para la institución y afirmando que: “[...] toda tentativa para falsear o desconocer su misión propia y característica solo acusa ignorancia. Y en materia de bibliotecas, la ignorancia prevaliente en nuestro país es aterradora”.



José Antonio Ramos
1885-1946

Claro está que la última oración se refería a la ignorancia de quienes tenían el poder de decisión para otorgar presupuestos adecuados para cubrir las funciones fundamentales de la Biblioteca Nacional.

Por el texto citado anteriormente en el cual se recalca la importancia de la designación de José Antonio Ramos como asesor técnico, y la sugerencia que debía haber sido nombrado director de la institución, no resulta difícil percatarse, por lo tanto, de

la significación especial que tuvo para el centro el nombramiento del ya conocido novelista, dramaturgo y hombre progresista; se ha dicho que no tenía conocimientos bibliotecarios, aunque sí poseía una muy interesante biblioteca. En una anécdota contada por Juan Marinello a la profesora Ana Cairo,⁵⁶ este le decía que en una ocasión, juntos en México, Ramos lo había llamado muy preocupado, pues no tenía suficiente dinero para hacer venir de Cuba a su esposa y traer además su biblioteca, aspectos imprescindibles para él. Al final optó por sus libros, no obstante, como escribió Renée Méndez Capote él era un: “Enamorado perdido de su Josefina de Cepeda”.⁵⁷

Su labor se inicia en el centro precisamente en el mismo año en el cual la Biblioteca Nacional es acomodada en el Castillo de la Fuerza. Méndez Capote describe a Ramos del siguiente modo:

[...] colaboré con el tipo más notable, más inteligente, más original, más limpio de mente y más entusiasta del trabajo que he conocido en mi ya tan larga vida [...] comunista de cuerpo entero, trabajador incansable, y escritor ilusionado, compañero de labor entrañable [...] era también un bibliotecario chiflado [...] escribió y publicó, un *Manual de Biblioteconomía*, con un sistema caprichoso, porque de biblioteconomía no sabía nada. Pero lo habían nombrado Asesor de la Biblioteca Nacional. [...] El sistema de Ramos era una combinación de Dewey y Ramos, y tenía reminiscencias del de Bruselas y hasta de la Biblioteca Médica de Yanquilandia. [...] Limpiábamos, sacudíamos, barríamos, colocábamos en estantes de pinotea los libros que sacábamos a sudor y lomo de los cajones, empeñados en que no se perdiera el acervo de la Biblioteca, y la humedad del castillo no lo destruyera, y ensayábamos la ejecución de un catálogo por materias y otro por orden alfabético de títulos y autores.⁵⁸

Es necesario detenerse en algunas de las consideraciones de mi admirada escritora. Son muchas las anécdotas sobre sus ocurrencias y su espíritu crítico, pero hay algo que no concuerda en esta valoración llena de cariño y respeto, al menos me provoca una gran preocupación, una duda enorme. Si recordamos la posición tan fuerte del texto aparecido en el *Boletín Bibliotécnico* de septiembre de 1938, en el cual se valoraba muy positivamente la entrada de José Antonio Ramos a la Biblioteca, y se planteaba que debía haberlo efectuado como director

de la institución. ¿Era posible que un órgano tan especializado en problemas bibliotecarios demandara la designación de Ramos como director de nuestro mayor centro bibliotecario del país, sin tener él las condiciones para ello? El *Manual de Biblioteconomía*⁵⁹ preparado por él como resultado de su experiencia laboral en la Biblioteca Nacional fue impreso por haber sido recomendada su publicación y uso en todas las bibliotecas de la región, en uno de los acuerdos del Congreso de Bibliotecarios, Archiveros y Conservadores de Museos del Caribe celebrado en La Habana en 1942. ¿Era posible que un conocedor de las técnicas bibliotecarias, bibliotecológicas como el bibliógrafo doctor Fermín Peraza fuera a proponer la aprobación de ese *Manual...* si no hubiera reunido los requisitos indispensables para solucionar los problemas de clasificación existentes entonces en nuestra área? Además, cuando se lee su introducción, y se trabaja directamente con el sistema de clasificación no se puede decir que Ramos desconociera la importancia de la clasificación y de los diferentes sistemas que hasta entonces habían sido creados; en particular, por sus adecuaciones para ordenar dicho conocimiento en función de las bibliotecas y de la función bibliográfica que se desprende de la primera cuando se persigue hacer llegar al usuario las colecciones de los fondos de una institución de esa clase.

En una entrevista realizada en 1941 a Ramos,⁶⁰ este respondió, con un tono irónico, las interrogantes acerca de sus proyectos y esperanzas para el porvenir; a la vez que reflejó en sus palabras la experiencia que estaba adquiriendo al aplicar el sistema de clasificación y la opinión acerca de su trabajo:

Por lo pronto terminar y publicar como pueda el *Epítome* (o *Manual de Biblioteconomía*) que como resultado práctico de mis tres años de labor en la Biblioteca máxima de la República vengo ensayando, aplicando y rectificando constantemente, con la colaboración y el consejo de otros pioneros de esta cruzada: la señora María Teresa Freyre de Andrade, Jorge Aguayo, Fermín Peraza, Antonio Alemán, J. M. Zayas y otros compañeros de la reciente Asociación de Bibliotecarios Cubanos. No creo que mi *Epítome* sea una obra definitiva, desde luego, pero confío que será útil por algunos años de labor iniciadora hasta que las nuevas generaciones logren una cabal tecnificación, en escuelas que a ese fin se fundarán algún día. Profesores, y buenos, no nos faltan.

Me parece sumamente interesante esta respuesta, sobre todo, porque Ramos refleja conocimiento, práctica y una visión objetiva de su trabajo, en particular en lo relativo a la clasificación, pues está consciente de que las generaciones futuras, poseerán nuevas concepciones, y en clasificación siempre se están efectuando cambios, adecuaciones, incorporaciones de nuevas disciplinas, como reflejo constante de los cambios tecnológicos, científicos y sociales de la sociedad contemporánea.

Años después Israel Echevarría,⁶¹ al analizar el Decreto Presidencial 2618, mediante el cual se nombraba a José Antonio Ramos como Asesor Técnico de la Biblioteca Nacional, llegaba a las siguientes inferencias: a) que a Ramos se le suponía capacidad técnica para acometer la reorganización de la Biblioteca Nacional. b) que se le reconocía la labor llevada a cabo en la biblioteca de la Secretaría de Estado. c) que se construiría un edificio apropiado para la institución. d) que las atribuciones de Ramos no eran meramente consultivas, sino también ejecutivas, pues estaba facultado para fijar las pautas en la reorganización del centro. Por todo lo anterior, Echevarría llegaba a la siguiente opinión:

Esto último equivalía a la disminución de las facultades de Coronado y a una crítica a la labor del mismo al frente de la Biblioteca, aunque manos poderosas lo sostenían. Ante la imposibilidad de nombrar a Ramos en propiedad, se optaba por esta fórmula de transacción. Creemos que Ramos aceptó en aras de hacer algo más en favor de la cultura en nuestro país. De hecho, se establecieron dos poderes dentro de la institución, lo cual evidentemente, resultaba anormal.⁶²

Si a este criterio le sumamos lo expuesto en el *Boletín Bibliográfico*, tendremos una visión coincidente con la de Echevarría.

Por otra parte, Ramos fue un excéntrico, un hombre de ideas no convencionales. Esta peculiaridad se evidencia en su concepción relacionada con el nombre de nuestro continente. En ella plantea que se le debe denominar Colón Terra y nosotros llamarnos coloneses, pues el verdadero descubridor fue Colón, y además había sido el deseo de Bolívar de nombrar así a las excolonias españolas.⁶³

El Sistema de Clasificación Decimal Universal, adecuado a las necesidades de la Biblioteca Nacional, reflejaba y continuaba la tendencia que se emplearía en nuestro país posteriormente ante la imposibilidad de implantar de forma general un sistema de clasificación, sin que se le haga correcciones, adaptaciones,

teniendo en cuenta las peculiaridades de las colecciones de algunos centros bibliotecarios, como las bibliotecas nacionales.

Por supuesto, la clasificación de los fondos y la creación del catálogo eran dos de los problemas que había que resolver, pero su avance estaba limitado por la falta de personal, de sumas monetarias convenientes para compras de libros y para suscripciones a publicaciones periódicas nacionales y extranjeras, además de la imposibilidad de hacer efectiva el cumplimiento de la ley que establecía el envío de los títulos al Depósito Legal de Libros.

Lo cierto es que en la fase final de la dirección de Francisco de Paula Coronado se ven ya los resultados del laboreo de José Antonio Ramos y de los empleados que lo seguían en su afán por mejorar la organización y los servicios de la institución, como María Villar Buceta, René Méndez Capote, Carlos Villanueva y Zoe de la Torre.

También en esa etapa se dan pasos atinados para la construcción de un edificio para la Biblioteca Nacional. Justamente este es uno de los elementos que caracterizan este período y que además provocó debates, así como la renuncia de José Antonio Ramos a su cargo en la sociedad Amigos de la Biblioteca

Ley No. 20

En 1941 y como resultado de la campaña de los Amigos de la Biblioteca, y en particular de la propuesta de Emeterio S. Santovenia se materializó la Ley No. 20, llamada de Financiamiento para la elaboración de parte de la zafra de 1941. Dicha ley establecía en su artículo 41 la creación de:

[...] un impuesto de medio centavo sobre cada saco de azúcar de 325 libras, y el importe de las recaudaciones por ese concepto será entregado a la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional, la que se considerará persona jurídica a tenor de lo preceptuado en el artículo 35 del Código Civil y con el carácter de organismo autónomo de acuerdo con el artículo 255 de la Constitución y estará integrada por el Director de Cultura del Ministerio de Educación y Cultura y sendos representantes del Consejo Nacional de Educación y Cultura, Sociedad Económica de Amigos del País, Asociación de Hacendados de Cuba, Asociación de Colonos de Cuba, Biblioteca Nacional, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, Facultad de Educación de la propia Universidad, Academia Nacional de Artes y Letras, Academia de la Historia de Cuba.

La Junta de Patronos tendrá a su cargo todo lo concerniente a la compra del terreno necesario para el edificio de la Biblioteca Nacional, la construcción del mismo en la ciudad de La Habana, y la adquisición de sus talleres, estanterías, mobiliario y demás necesidades indispensables para su adecuado funcionamiento.

Cuando la Biblioteca Nacional fuera instalada en el edificio a que se refiere el presente artículo, quedaría bajo el gobierno de dicha Junta de Patronos, a la que desde ese momento, y con destino al sostenimiento y mejora de la propia Biblioteca Nacional como obra pública, le será entregada la mitad del importe de las recaudaciones por concepto del impuesto creado por ese artículo.⁶⁴

La aprobación de esta Ley fue un factor de extraordinaria importancia, pues se lograba la autonomía de la Biblioteca Nacional al ser colocada bajo la dirección de la Junta de Patronos su gestión administrativa y técnica.

Junta de Patronos



El 5 de junio de 1941 se reunieron con el ministro de Educación, Juan J. Remos, los integrantes de la primera Junta de Patronos: José María Chacón y Calvo, director de Cultura del Ministerio de Educación; Francisco de Paula Coronado, director de la Biblioteca Nacional; Mario Guiral Moreno, del Consejo Nacional de Educación; Ricardo Mestre, por la Facultad de Educación de la Universidad de La Habana; Fernando Ortiz por la Sociedad Económica de Amigos del País; Aurelio Portuondo por la Asociación Nacional de Hacendados de Cuba; Tomás Puyans, por la Asociación de Colonos de Cuba; Emilio Roig por la Sociedad Amigos de la Biblioteca; y Emeterio S. Santovenia por la Academia de Historia de Cuba.

Una semana más tarde hubo otra reunión en la que organizativamente la Junta de Patronos quedó constituida del siguiente modo:⁶⁵

Presidente: Emeterio S. Santovenia; vicepresidente: Aurelio Portuondo; secretario: Emilio Roig; vicesecretario: Mario Guiral Moreno; tesorero: Tomás Puyans; vocales: Francisco de Paula Coronado, José María Chacón y Calvo, Ricardo Mestre, Fernando Ortiz e Inés Segura Bustamante.

No obstante todo el apoyo recibido, y la actividad que continuaba desplegando la Sociedad Amigos de la Biblioteca y la Junta de Patronos no pocos deseaban una mayor rapidez para la obtención de los beneficios requeridos por la Biblioteca Nacional.

Ya en 1945 José Antonio Ramos adoptó la posición más crítica en torno a las deficiencias que debían ser superadas.

Justamente unas semanas después de que Emilio Roig publicara su artículo “Realidades y perspectivas de nuestra Biblioteca Nacional”, en el cual puntualizaba las ventajas obtenidas por la institución dirigida por Coronado, José Antonio Ramos se quejó desde *El Siglo* de que no se hubiera determinado todavía dónde edificar la nueva Biblioteca:

El Patronato de la misma tiene ya medio millón de pesos. Y todavía no hay sitio donde edificarla. Unos creen que debe ser en ese escupitajo a nuestra cultura que es la llamada Plaza del Berrenchín (El Polvorín), frente al Palacio del Ejecutivo. Otros, convencidos del valor de lo decorativo, de lo ornamental, quieren hacerla cimbel de otros edificios públicos en la futura Plaza de la Ermita de los Catalanes, centro geográfico, científico... atómico si se quiere de la ciudad de La Habana.⁶⁶

Este artículo no fue bien recibido por los miembros de la Sociedad Amigos de la Biblioteca ni por la Junta de Patronos, originándose un lamentable debate que, al parecer, determinó la salida de Ramos de los Amigos de la Biblioteca y la presentación de la renuncia a su cargo de asesor de la Biblioteca Nacional.

Ya se ha visto la posición de la Sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional en cuanto al edificio que debía ocupar la institución, sobre todo, la consideración de que toda la Maestranza de Artillería debía ser ocupada por la Biblioteca; ahora esa propuesta era imposible, pero se habían dado grandes pasos de avance, y se contaba con un presupuesto para acometer la idea tan anhelada por los sectores intelectuales y empleados: la compra del terreno y la construcción del edificio.

El Ministerio de Educación había cedido la Plaza El Polvorín como el sitio donde debía edificarse la institución, pero por contradicciones con el municipio habanero, la idea fue desechada y se acordó entonces por la Junta de Patronos, la compra de terrenos en la Ermita de los Catalanes para erigir en ellos el palacio nacional de los libros cubanos.

La profesora Ana Cairo apuntó de modo categórico, muchos años después, que durante su fase de asesor técnico para José Antonio Ramos: “La Biblioteca fue su nuevo *via crucis* durante ocho años. Su entusiasmo y capacidad encontraba enemigos. Su carácter franco promovía incidentes con otros intelectuales [...] El incidente con Emilio Roig [...], en realidad fue la gota que colmó el cáliz de sinsabores que significó su labor de ocho años en la institución”.⁶⁷

Llama la atención que el escrito de Ramos, aparecido en octubre en 1945, no tuvo respuesta pública hasta abril de 1946. Sin duda, hubo un debate mayor interno, el cual no se reflejó totalmente en la prensa. Pues Ramos renunció a la Sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional en diciembre de 1945, y a su cargo en la institución en marzo de 1946. Evidentemente el debate fue conocido por los intelectuales del momento, pues Raimundo Menocal del Cueto tituló uno de sus escritos: “Quieren controlar los comunistas nuestra Biblioteca Nacional”.⁶⁸

En este texto se reprodujeron criterios sobre Ramos, los cuales explicaban la reacción negativa de Roig y Guiral Moreno al conocer su opinión de que la Sociedad Amigos de la Biblioteca y la Junta de Patronos limitaban las acciones únicamente a lograr la construcción del edificio, pero que se desatendía la preparación de las bases técnicas de esa institución, además de otras cuestiones de carácter personal en cuanto al no nombramiento de él como representante de la

Academia Cubana de la Lengua ante la Junta de Patronos cuando esta fue constituida.

La razón de esta última acción, según Ramos, la esgrimió Emilio Roig, al considerar que como el director Coronado estaba próximo a retirarse y Ramos sería nombrado en su sustitución, no era urgente su entrada al patronato. En cuanto a la segunda crítica citada aseveró Ramos:

En el servicio al público [...] siguen las fallas. El personal siempre nuevo no sabe recolocar volúmenes a pesar de su infalible ordenación decimal en los marbetes. Pero esas fallas no podrán evitarse jamás mientras la cultura media de nuestro pueblo no adelante un poco. Y el Patronato de la Biblioteca no decida la previa preparación técnica de verdaderos bibliotecarios, que no es labor de cursitos improvisados, sino de escuelas especializadas y algunos años de bachillerato y “colegios” universitarios.⁶⁹

Estos juicios son relevantes, pues fueron un serio llamado a la formación profesional de los bibliotecarios.

Días después Ramos respondió a Raimundo Menocal del siguiente modo:

Sinceramente le agradezco su buena intención individualística al declararme útil en la Dirección Técnica de la Biblioteca de los Amigos, que yo luché en vano por ocho años para convertir en Nacional. Pero su errónea interpretación de mi acusación clara y concreta contra los señores Roig y Guiral Moreno –que para demostrárselo así le di una copia de mi carta a los demás amigos– y su fantástica denuncia –¡en mi favor!– en contra de ese comunismo de sus pesadillas... me apena tener que confesarle que me han hecho reír a carcajadas.⁷⁰

Se ve claro que Menocal manipuló el incidente con sus fines políticos en contra de los comunistas. Ramos era un hombre de izquierda y sus contradicciones con Roig, hombre de probada posición progresista, no radicaba en la posición política e ideológica de este último.

Ramos valoró en esta breve misiva como una premonición su *Manual de Biblioteconomía*, al decir que: “algún día se entenderá en mi Patria”.

Este período, en su etapa final de 1938 a 1946, tiene el sello indiscutible de José Antonio Ramos, pues hay que recordar o conocer cómo el propio Ramos enjuició la tarea que tenía por delante al comenzar su laboreo en la Biblioteca

Nacional. Sus palabras evidencian la visión amplia y profunda, así como su criterio al salir ya de esa tarea, meses antes de fallecer. Sobre este último aspecto deben citarse textualmente unos fragmentos de su diario, fechados el 22 de febrero de 1939, hasta ahora tan poco analizados y leídos por quienes investigan los problemas bibliotecarios y bibliotecológicos del país:

No sé a donde me llevará la aventura de la Biblioteca Nacional. Estoy jugando con el fracaso más terrible de mi vida.

Porque siento la enorme importancia de la labor que tengo por delante. Es enorme, lo sé. Es abrumadora. Eso que llamamos Biblioteca Nacional, no es nada. Es, sin embargo, la prueba más concluyente de nuestra falsedad de vida, de la tragedia del espíritu de la cultura de la inteligencia en nuestra República de imitación.

¿Podré hacer otra cosa que añadir un galardón póstumo a mi “gloria post mortem”? La Biblioteca, como está, es Cuba, la Isla de Cuba en el año de gracia de 1939.

[...] los desarraigados como yo, los cubanos por idealismo, con más del mundo entero que del patio, sufrimos un tormento indecible. ¡Nunca viví más lejos de Cuba!

Y aquí estoy, a ese desastre de biblioteca, a ese absurdo empeño de una biblioteca en Cuba, dedico todas las horas, todos los minutos de mi vida. Parecerá ridículo el cuento íntegro de mis noches de insomnio, de mis angustias, de mi sensación de soledad, abandono, de irreparable pérdida entre los señores gobernantes que no sienten ni entienden mi deseo de servir, y la impotencia de los buenos compañeros que quieren ayudarme.⁷¹

No es difícil percatar a través de sus palabras las razones por las cuales adoptó una actitud tan crítica ante la Junta de Patronos y la Sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional: estaba en contacto diario con colecciones que morían lentamente por la falta de cuidado así como de locales adecuados. Y como él mismo enfatiza, de la impotencia de quienes querían ayudarlo; además de los oídos sordos a sus reclamos, salidos no desde posiciones intelectuales únicamente. Por eso afirmó que la Biblioteca Nacional sufría y reflejaba la crisis socioeconómica y política en la cual el país entero estaba sumido, y por lo tanto, no se podían hallar soluciones totalmente positivas y completas, en particular para la institución, mientras no se solucionaran los problemas generales de la isla.

Esto se verifica cuando el 27 de febrero de 1946 escribió en su diario:

Sí, sufro porque siento que no puedo realizar mi empeño de facilitar a la juventud pobre y rebelde de mi tierra las oportunidades de leer y estudiar por su cuenta, a mi manera, en las bibliotecas públicas.

Sufro porque pienso a veces que mis compatriotas son sencillamente humanos... y que es el hombre, el hombre de todas partes, el idiota imperfectible de los metafísicos, el “malo” de tantas leyendas religiosas.

Pero no hallo consuelo en la posibilidad de reunirme con otros sufrientes de análogos pensamientos. Prefiero echarme la culpa y confesarme también idiota. Con esos poetas ininteligibles y esos antidemócratas que suelo tropezar, empeñados en creerse únicos, nada tengo en común.

No encuentro “malos” en el mundo. De estos que me hacen hoy sentirme tan solo pueden nacer hijos inteligentes y aptos para llevar a cabo la mejora con que yo vivo soñando y disfrutando todos mis dolores, en el futuro pueblo de Cuba. Y otro tanto en el resto del mundo.⁷²

Las anteriores líneas son muy conmovedoras; reflejan y justifican su amor y celo a todas las tareas a las cuales se entregó. Sin embargo, en este frente intelectual apenas se le conoce, y mucho menos se le reconoce la labor que llevó a cabo, silenciada o solapada detrás del mito de su desconocimiento sobre los problemas bibliotecarios y bibliotecológicos.

Dos semanas después del largo escrito de Menocal con las explicaciones de Ramos acerca de su separación y renuncia de la Sociedad Amigos de la Biblioteca y de su cargo en esa institución, Guiral Moreno⁷³ dio a conocer también un extenso artículo donde rechazaba las imputaciones de Ramos. En el texto se reprodujo el acta de la Junta de Patronos en la cual se expulsaba a Ramos y lo más doloroso de esa medida era que se suspendían todas las tareas de catalogación y clasificación hasta tanto la Junta determinara cuál sistema sería seleccionado. Evidentemente, conociendo todas esas medidas, Ramos renunció, quedando constancia de la reflexión que el propio Menocal del Cueto hizo en su texto del 3 de abril de 1946: “No obstante tener el convencimiento que José Antonio Ramos desea retirarse de la dirección de la Biblioteca Nacional, no sólo por sus decepciones sino también por agotamiento físico y moral, nosotros estimamos que sería una equivocación, de la cual sería víctima la cultura cubana, que se le admitiera la renuncia”.⁷⁴

Realmente Menocal del Cueto denunció que los comunistas querían hacerse dueños de la Biblioteca, porque Roig apoyaba la propuesta de llevar a la dirección de esa institución al izquierdista español Genaro Artiles. Es decir, en su escrito Menocal puntualizaba sus diferencias ideológicas con Ramos, a quien consideraba hombre de izquierda, pero no dogmático y sectario, como en su opinión eran Roig y Artiles.

Bien elocuente es el pensamiento que animó a Ramos en su labor no sólo en la Biblioteca Nacional, pero es muy significativo que después de toda su experiencia laboral, política, literaria, se entregara del modo que lo hizo a la labor bibliotecaria, y viera de un modo tan preciso, tan claro, tan revolucionario, la labor de las bibliotecas públicas y de su función particular en Cuba.

El período de Francisco de Paula Coronado tuvo singular importancia en la historia de la institución que le tocó dirigir desde 1920 hasta su muerte en 1946. Entre los hechos más relevantes están: fundación de la Sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional e incremento de la campaña en pro de la Biblioteca Nacional, el traslado al Castillo de la Fuerza, incorporación a la institución de José Antonio Ramos como asesor técnico, y la relevancia de Emilio Roig en su lucha desde la prensa para el mejoramiento de la Biblioteca Nacional.

Presupuesto del período

En esta etapa se aprecian fácilmente las fluctuaciones presupuestarias, sobre todo en el indicador Personal, siempre más amplio que el de Gastos que sólo se eleva a una cifra no inferior a los \$18 000, a partir del período 1949-1950.

AÑO	PERSONAL	GASTOS	TOTAL
1920-1921	\$7 560.00	\$7 200.00	\$14 760.00
1921-1922	\$7 560.00	\$4 200.00	\$11 760.00
1922-1923	\$6 960.00	\$2 869.00	\$9 829.00
1923-1924	\$6 960.00	\$2 689.00	\$9 649.00
1924-1925	\$6 960.00	\$2 689.00	\$9 649.00
1925-1926	\$9 720.00	\$2 940.00	\$12 660.00
1926-1927	\$10 880.00	\$2 940.00	\$13 820.00
1927-1928	\$11 280.00	\$2 940.00	\$14 220.00
1928-1929	\$11 280.00	\$2 940.00	\$14 220.00
1929-1930	\$11 280.00	\$2 940.00	\$14 220.00
1930-1931	\$10 980.00	\$2 646.00	\$13 626.00
1931-1932	\$7 244.00	\$1 481.76	\$8 725.76
1932-1933	\$5 951.88	\$1 111.32	\$7 063.20
1933-1934	\$5 280.00	\$1 500.00	\$6 780.00
1934-1935	\$17 260.00	\$3 243.00	\$20 503.00
1935-1936	\$17 260.00	\$3 243.00	\$20 503.00
1936-1937	\$14 360.00	\$3 390.00	\$17 750.00
1937-1938	\$14 360.00	\$3 561.00	\$17 921.00
1938-1939	\$14 360.00	\$3 561.00	\$17 921.00
1939-1946	PRORROGADO	PRORROGADO	PRORROGADO

Período interino de Carlos Villanueva: 1946-1948



1886-1982

Esta breve dirección tuvo lugar ante la muerte de Francisco de Paula Corona do, y la ausencia de José Antonio Ramos. Ya era altamente apreciado Carlos Villanueva como uno de los empleados más eficientes y entregados al trabajo bibliotecario con verdadera pasión. En más de una ocasión aparecen referencias a él en muchos escritos en los cuales se aborda de manera general la historia y los problemas de la Biblioteca Nacional, además de los que le dedicaron en particular.

Actualmente cada día son menos los que conocieron y recuerdan de forma nítida a Carlos Villanueva, Carlitos, como le decían cariñosamente. Él laboraba en el Departamento de Hemeroteca; allí poseía un enorme fichero fruto del trabajo de muchas décadas. Registraba la información que por su olfato experimentado debía salvar de figuras y hechos internacionales, así como de personalidades y acontecimientos cubanos, pero en estos casos específicos, y en particular de La Habana, había una profundización en la indización, a través de la cual se hacía posible localizar la referencia buscada sin mucho esfuerzo en ocasiones, en otras, las referencias cruzadas salvaban cualquier escollo repentino, sobre todo, cuando él era quien daba el servicio, pues nadie podía acercarse a su creación sin su permiso. Su catálogo de fichas hemerográficas fue una mina donde los interesados encontraban decenas de curiosidades e informaciones muy importantes.

Tiempo después, lo que debió haber sido no una pieza museable, pues daba muchos servicios, y podía ser enriquecido, fue incorporado al Departamento de Consulta y Referencia, pero no se le siguió atendiendo como hacía el buen Carlitos

y tampoco se le incorporó a una base de datos sobre La Habana, la cual hubiera sido una magnífica fuente de noticias y curiosidades sobre nuestra capital.

Las siguientes palabras de Juan Pérez de la Riva son bien elocuentes acerca del paso de Villanueva por la dirección interina de la Biblioteca:

A la muerte de José A. Ramos, en 1946, le sucedió Carlos Villanueva, un viejo empleado de la casa que conocía los estantes al dedillo; no era un técnico ni un intelectual, pero el mejor referencista que hubo nunca sobre cosas cubanas, y tenía la pasión de su Biblioteca, tanto o más que Figarola Caneda. Villanueva, Carlitos, fue una figura popular y querida en nuestra Casa, la providencia de tres generaciones de investigadores; laboró incansablemente en ella durante sesenta años hasta que, al fin, vencido por la edad dejó de venir hace muy poco tiempo. Villanueva no tenía amigos en la política; no pudo, por consiguiente, conseguir mayores créditos ni más apropiado local, logró conservar lo que había hecho Ramos, que era mucho, y eso fue bastante.⁷⁵



Período de Lilia Castro de Morales: 1948-1959



1908 - ?

Según algunos textos consultados, la primera mujer directora de la Biblioteca Nacional comenzó a laborar en el centro en 1934. Después del breve período de Carlos Villanueva como director interino (1946-1948), ella tomó posesión del cargo, durante algún tiempo también de forma interina, hasta que se oficializó su nombramiento en 1949.

Llama la atención que cuando se visualizó la posibilidad del nombramiento en propiedad de un nuevo director, la prensa de la época no recogió su nombre como uno de los posibles para tal función. Como consecuencia de los fallecimientos de José Antonio Ramos y de Francisco de Paula Coronado, en la sección “En Cuba”, de la revista *Bohemia*, apareció un interesante comentario titulado: “Jefatura bibliotecaria”. En él se hablaba elogiosamente de Ramos, de sus contribuciones para el mejoramiento de los servicios y de la organización de la Biblioteca; se apuntaba la ausencia de un director en propiedad, aunque no eran pocos los nombres de los posibles candidatos. Decía que había un cronista social, Pablo Álvarez Cañas; un aristócrata, el conde de Jaruco y Mompo; un ensayista, Feliz Lizaso; un poeta y arqueólogo, Felipe Pichardo Moya, y un bibliotecario de verdad: Fermín Peraza. Sobre este último sentenciaba: “[...] cuya ejecutoria al frente de la Biblioteca Municipal durante catorce años y su especialización bibliográfica le hacen el mejor candidato pero por eso mismo el menos recomendado”.⁷⁶

Como puede observarse, el nombre de Lilia Castro no había sido incluido entre los aspirantes.

Si los dos períodos anteriores fueron significativos en hechos notables para la Biblioteca Nacional, tanto desde el punto de vista negativo como positivo, durante la dirección de Lilia Castro se logró cierta estabilidad y un mayor apoyo presupuestario, aunque nunca suficiente para cubrir las necesidades siempre crecientes de la Biblioteca para coleccionar, conservar y difundir el conocimiento. Pueden visualizarse algunos hechos significativos de esta etapa: la compra de los terrenos para el edificio de la Biblioteca Nacional, el inicio y el final de su construcción, así como la aparición regular, de datos estadísticos que reflejaban el movimiento de los lectores y de los fondos bibliotecarios.

También la reaparición de la *Revista de la Biblioteca Nacional* marca otro de los factores del notable cambio que comenzó a operarse con su gestión. Lo anteriormente dicho se corrobora cuando ella misma expresa:

[...] reiniciamos la publicación de la revista [...], gestionamos del Ministerio de Educación la instalación de un taller de encuadernación, y asimismo la de un gabinete fotográfico [...] E hicimos más: Ampliamos las horas de lecturas hasta las 11 de la noche, ininterrumpidamente, con el objeto de ofrecer las mayores facilidades a los lectores; [...] Desde luego que no pretendemos señalar los progresos últimamente alcanzados por la Biblioteca Nacional para complacer vanidades personales, bien lejos de nuestro temperamento.⁷⁷

Es innegable que por muy diversas razones la dirección de Lilia Castro se hizo sentir en su momento, sobre todo por lo que dejó como hechos inconfundibles de su labor.

Una huella de su personalidad es la constante referencia a lo que ella había logrado, como se observa en la cita mostrada; también se palpa lo mismo en otros escritos, sobre todo en la sección de la propia revista dedicada a dar a conocer la correspondencia, la cual resaltaba su buena gestión al frente de la institución.

Independientemente de sus motivaciones intelectuales, psicológicas y de cualquier otra clase, apreciables por los documentos leídos y analizados quedan aún en el recuerdo de algunas personas testimonios que corroboran aspectos de su personalidad. Juan Pérez de la Riva habló de su interés de brillar intelectualmente

a toda costa en el prólogo que escribió en el *Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional 1909-1969*.⁷⁸

Rodolfo Tro, médico amante de la historia y de la cultura de Cuba, relató y mostró a un investigador de la Biblioteca Nacional que actualizaba la *Bibliografía de Bibliografías Cubanas* compilada por Fermín Peraza para la Biblioteca del Congreso de Washington en 1945, las pruebas de plana de la “Bibliografía de Antonio Bachiller y Morales” con la cual él había ganado un premio otorgado por la Biblioteca Nacional; pero tal compilación no llegó a feliz término debido a su negativa ante el intento de la directora de aparecer como coautora.⁷⁹

Esa característica, nada plausible, por cierto, la impulsó a materializar proyectos y a tratar de sacar a la Biblioteca Nacional de la indiferencia oficial ante la cual se había visto sumida casi prácticamente desde su fundación.

No obstante los reconocimientos del avance habido bajo su dirección, como lo refieren Emilio Roig, y Loló de la Torriente, no faltaron críticas ante su peculiar forma de dirigir, así como la insatisfacción de que la Biblioteca Nacional necesitaba más atención y un mayor presupuesto para poder eliminar de forma concreta las problemáticas existentes en el centro.

Si analizamos, aunque sea de forma panorámica, los presupuestos obtenidos durante su gestión con los asignados en otros períodos observamos, sin dificultad, que ella pudo hacer más que las anteriores direcciones, porque contó con un financiamiento mayor, no lo suficiente, como se ha dicho, incluso por ella misma, pero que le permitió, sobre todo, reiniciar la publicación de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, uno de los logros de esa etapa.

La conclusión del edificio para la Biblioteca Nacional, culminó la lucha de quienes engrosaron la batalla para lograr ese resultado desde la Maestranza de la Artillería hasta el Castillo de la Fuerza. El traslado de sus fondos a la nueva sede y su inauguración final en febrero de 1958 marcó un momento de suma relevancia en la historia de la institución. Ese hecho se efectuó en un período crucial de la lucha política en contra de la dictadura batistiana. El cierre de la Universidad de La Habana, además del llamado de las fuerzas opositoras al régimen a la no asistencia a clases en los centros educacionales de nivel medio, hacía que el potencial de lectores de la Biblioteca no fuera mayor.

Para muchos, la reubicación de la Biblioteca Nacional en su nuevo local en la Plaza Cívica puede considerarse de modo objetivo como el hecho más relevante de su historia.

Su proyecto y ejecución conllevó comentarios, críticas, que enriquecieron el debate público, como los ya mencionados en cuanto al sitio donde debía construirse el edificio. Pero también otros incidentes dejaron su huella como el que a continuación se abordará.

Uno de los aspectos interesantes de la historia de la Biblioteca Nacional, casi olvidado por completo por quienes se han acercado al desarrollo de la institución, radica en el debate originado ante la propuesta de Zoe de la Torriente de que fuera nombrada “Gonzalo de Quesada Aróstegui” en homenaje al discípulo predilecto del Héroe Nacional. La iniciativa se lanzó cuando se vio ya como algo cierto que el monumento a Martí se construiría en la proyectada Plaza Cívica, donde ocuparía los terrenos de la Ermita de los Catalanes y que aledaño se levantaría el tan anhelado edificio.⁸⁰

Ella laboraba en esa institución y su contacto con los fondos le habían hecho escribir su artículo “El deplorable estado de la Biblioteca Nacional”.⁸¹ Al asumir la dirección del centro, la doctora Lilia Castro de Morales, “empleada entusiasta de aquella institución con el afán grande por transformar totalmente aquel ambiente intolerable”, Zoe de la Torriente consideró oportuno el momento para hacer su planteamiento, debido a que se había reiniciado la circulación de la revista, dedicándosele en el primer número un merecido reconocimiento a quienes habían luchado por la creación de la Biblioteca Nacional. En lugar destacado aparecía Gonzalo de Quesada, por haber sido el que había logrado la aprobación de tal acción ante el Gobierno Interventor estadounidense. Por tal razón expresó Zoe de la Torriente:

Como [...] el pueblo, y particularmente los intelectuales cubanos deben un homenaje a estos compatriotas que pudiéramos llamar Padres de la Biblioteca de Cuba, proponemos: sea denominado dicho centro de cultura. Biblioteca Nacional “Gonzalo de Quesada” asimismo sean honrados sus departamentos de Bibliografía, Reserva, Hemeroteca, Sala de Conferencias, etcétera con los nombres de sus distinguidos colaboradores, insistiendo sea reservado para la Sala de Estudios de los adolescentes el nombre del sabio mentor de las juventudes cubanas, cuya memoria honramos.⁸²

Inmediatamente otros periodistas e intelectuales de entonces se sumaron a la propuesta. El hijo de Gonzalo de Quesada le envió una carta en la cual agradecía su iniciativa;⁸³ la Asociación Cubana de Bibliotecarios dio su apoyo;⁸⁴ la propia Zoe de la Torriente le dirigió una carta a la doctora Estela Ortiz Menocal, presidenta de la Unión de Mujeres Universitarias por su solidaridad expresada a través de la radioemisora del Ministerio de Educación, en donde la doctora Ortiz Menocal leyó su trabajo “Inmortalidad en la Biblioteca Nacional”.⁸⁵

El 29 de mayo Moreno Fragnals, subdirector de la Biblioteca Nacional, le dirigió una misiva a Zoe de la Torriente en la cual le explicaba las causas por las cuales no se había dado a conocer su propuesta en la revista.⁸⁶ Moreno le informaba de la conversación sostenida con Emeterio S. Santovenia y le comunicaba que:

El Dr. Santovenia, aunque encontró plausible su patriótica iniciativa, estimó que, siguiendo la costumbre establecida, esta Institución no debería llevar nombre específico alguno. Y que en caso de aplicársele alguno, este debería ser el del Apóstol José Martí.

[...]

Más tarde comenté esta conversación con la Sra. Lilia Castro de Morales, directora de este centro quien no compartiendo tampoco su idea, y no deseando disgustar al Dr. Santovenia, me ordenó que no remitiese su artículo a la imprenta.

El 9 de junio la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional tomó la decisión de bautizar a la Biblioteca Nacional con el nombre de José Martí.⁸⁷ Todo parece indicar que como los días 4, 13, 16 y 17 de junio importantes intelectuales cubanos expresaron públicamente su apoyo a la sugerencia de la doctora Torriente,⁸⁸ el doctor Fernando Ortiz⁸⁹ se vio obligado a dirigirle una carta al primer ministro, el doctor Manuel de Varona, pues se habían emitido opiniones las cuales aseguraban que: “[...] el probo y diligente Ministro de Educación ve con buenos ojos el proyecto de la doctora Torriente Brau. Como admirador del ilustre don Gonzalo, hago votos porque cristalice tan bella proposición”.⁹⁰

En su “Carta abierta al Primer Ministro”, Fernando Ortiz⁹¹ hacía referencia a la decisión de la Junta de Patronos, por tal motivo argumentaba: “Aun cuando ya habrá usted recibido la oportuna comunicación oficial, me permito dirigirle esos párrafos en relación con el acuerdo que en sesión celebrada el día nueve del

corriente mes tomó la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional a favor de que el palacio que se construirá [...] se titule Biblioteca Nacional Martí, como perenne dedicación a la Gloria del Apóstol”.

Ortiz fue explícito en el criterio suyo y el de la Junta al decir: “No parece que pueda presentarse otro nombre que supere en méritos, simbolismo y conveniencias nacionales al de Martí para la Biblioteca de la Nación, con la cual habrá de adquirir una máxima resonancia internacional”.

Se debe recordar que desde las páginas de la revista *Carteles*, Eusebio L. Dardet había dicho en 1936: “¡Qué mejor manera de honrar la memoria de Martí que esculpir su nombre, como blasón de gloria, sobre la entrada del noble edificio frente al mar, en la gallarda avenida, antesala de la República!”^{91a}

En su “Carta abierta al doctor Fernando Ortiz”, Zoe de la Torriente fundamentó las razones de su propuesta, ya señaladas con anterioridad.⁹² El mismo día que ella escribía su misiva a Ortiz, se publicó la demanda de un grupo de intelectuales para que se le diera el nombre de Gonzalo de Quesada a la Biblioteca Nacional.⁹³

No obstante la posición de Ortiz y de la Junta de Patronos, siguieron publicándose artículos y criterios a favor del nombre de Gonzalo de Quesada para la Biblioteca Nacional.⁹⁴

El 7 de julio⁹⁵ Zoe de la Torriente fue entrevistada por Germán Pinelli desde la emisora CMQ donde ella planteó su esperanza de que su propuesta ganara para rendir ese homenaje a Quesada.

Dicho debate en torno al nombre de la Biblioteca Nacional, posibilitó conocer criterios capaces de reflejar el no entendimiento amplio del problema. En todo momento quienes apoyaban el nombre de Gonzalo de Quesada, lo consideraron justo, porque este había sido un hombre plenamente identificado con el Apóstol, en todos los aspectos. Los simpatizantes con la denominación de Martí veían, conscientemente o de forma intuitiva, lo adecuado de nombrarla así, teniendo en cuenta la vasta obra y visión martiana. Ramón Vasconcelos,⁹⁶ entre otros, considerará que se debía nombrar Nacional simplemente. Lo cierto fue que cuando se traslada la Biblioteca Nacional para el nuevo local, el nombre seleccionado fue el de la Junta de Patronos.

Todas las posiciones fueron honestas, aunque algunos expresaron reservas ante quienes defendían el nombre de Martí, por considerar que se movían “ocultas razones”.⁹⁷ Los recortes y cartas consultados en el archivo de la Fundación Pablo

de la Torriente Brau⁹⁸ fueron más informativos que los aparecidos en los diarios y revistas, pues en más de una ocasión hay anotaciones de la propia Zoe de la Torriente enjuiciando actitudes, desenmascarando las posiciones de determinados intelectuales, como apunta en la hoja final del cuaderno no. 7, valioso testimonio que nos revela lo difícil de la lucha en el campo intelectual. No puede sorprender la emisión de determinados criterios, no siempre gratos a los oídos de los que gustan cultivar la idolatría desmedida a ciertos nombres; todo lo que se pueda decir objetivamente de ellos permite una valoración más justa, imparcial, balanceada, desde el punto de vista intelectual y humano. Zoe de la Torriente emite criterios muy severos sobre algunos funcionarios de la Biblioteca Nacional, y no pocos miembros de la Junta de Patronos. Subraya la figura de Emilio Roig, como una persona que discrepó de la Junta, por lo cual la abandonó. Llama la atención que la mayoría de quienes apoyaron la propuesta de Zoe de la Torriente, al ser derrotada la dictadura batistiana, abandonaron la isla. Ella permaneció en el país hasta su muerte.



Sin embargo, la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional, como ya se ha dicho, decidió el nombre de José Martí para llamarla así cuando estuviera instalada en el nuevo edificio, atendiendo a los planteamientos de Fernando Ortiz. La historia posterior demostró, sin duda alguna, que la institución se hizo muy dignamente acreedora de llevar el nombre de nuestro Héroe Nacional, por haber sido la atesoradora, compiladora, difusora de su bibliografía, y por haber originado con la creación de la Sala Martiana, el actual Centro de Estudios Martianos.

Las “Consideraciones sobre la Biblioteca Nacional y fórmulas para un plan tendiente a completar su catálogo”,⁹⁹ de Lilia Castro de Morales nos revela de manera positiva los cambios que se estaban operando.

Este texto, altamente interesante, relaciona los males de la Biblioteca Nacional con el general de las bibliotecas de todo el país; por ese criterio se llegaba a la conclusión de que el problema de las bibliotecas cubanas no radicaba en la adopción de cuál era el mejor sistema organizativo para ser empleado en ellas: “[...], sino a la falta de recursos con que las mismas han hecho frente económicamente a las más imperativas demandas de su ordenamiento interior”.¹⁰⁰

Realmente se nota una visión amplia de lo que se debía hacer, pues el mismo problema lo vamos a encontrar en etapas posteriores; es decir, en esta, la necesidad de completar el catálogo y de una inversión específica para materializar ese empeño; en otras, la urgencia de restauración y conservación de los fondos sin contar con el personal idóneo y los recursos financieros adecuados. El anexo de ese trabajo da una idea exacta de lo bien pensado de ese plan encaminado a un objetivo inmediato.

A la vez no puede pasarse por alto la inclusión casi sistemática en las entregas de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, al menos por algún tiempo, de las estadísticas que reflejaban el movimiento de los usuarios y de los libros en circulación. Este hecho ha permitido obtener algunos datos, debido a la dificultad ya expresada de no haberse podido localizar los archivos donde debe estar esa información.

El análisis parcial realizado teniendo en cuenta los datos acopiados de diferentes momentos del decursar histórico de la Biblioteca Nacional, evidencia de manera objetiva el aumento cuantitativo en cuanto a usuarios, obras consultadas y una notable estabilidad presupuestaria a partir del año fiscal 1949-1959, el cual coincide con el inicio de la dirección de Lilia Castro de Morales; pero por supuesto, tampoco esas sumas eran, como ya se ha destacado y expresado por ella misma y por otros, suficientes para erradicar las dificultades presentes en la Biblioteca y materializar su mejor gestión.

Presupuestos

AÑO	PERSONAL	GASTOS	TOTAL
1948-1949	\$14 360.00	\$3 561.00	\$17 921.00
1949-1950	\$25 140.00	\$20 000.00	\$45 140.00
1950-1951	\$25 140.00	\$20 000.00	\$45 140.00
1951-1952	\$24 060.00	\$20 000.00	\$44 060.00
1952-1953	\$24 060.00	\$20 000.00	\$44 060.00
1953-1954	\$24 060.00	\$20 000.00	\$44 060.00
1954-1955	\$24 060.00	\$20 000.00	\$44 060.00

Los datos están tomados del apéndice aparecido en el texto de Lilia Castro de Morales, *Biografía de la Biblioteca Nacional*.¹⁰¹

Debe llamar la atención el hecho de que esta relación presupuestaria, aunque se da a conocer en el tercer trimestre de 1957, no incluye el asignado a ese año ni tampoco el correspondiente a 1956. Si recordamos los presupuestos totales del período Figarola Caneda-José Antonio Ramos, no es difícil percatarse que en ninguno de los años se llega a la mitad de los logrados en la etapa de Lilia Castro.

En cuanto al movimiento de usuarios o lectores, y las obras consultadas, en el mismo período, las cifras se comportaron del siguiente modo:

AÑO	USUARIOS	OBRAS CONSULTADAS
1948-1949	29 212	35 042
1949-1950	32 742	38 984
1950-1951	28 567	31 914
1951-1952	29 911	29 004
1953	10 167	10 450
1954	19 863	21 940
1955	23 289	27 175
1956	22 594	25 980
TOTAL	176 482	220 489

A partir de 1953, la información procesada cubre un año no fiscal, y se observa una baja significativa tanto en la variable lectores como en obras consultadas a partir de ese año, aunque la cifra registrada es de un trimestre. Probablemente el incremento de la lucha contra la tiranía batistiana, y el cierre de la Universidad, fueron factores que ayudaron a mermar el monto de los asistentes a la Biblioteca Nacional, así como del movimiento de sus fondos. También se comprobó la falta de datos estadísticos posteriores a 1956.¹⁰²

El movimiento editorial de la Biblioteca Nacional durante esta dirección fue notable fundamentalmente porque la *Revista de la Biblioteca Nacional* circuló con una periodicidad estable, además circularon los *Cuadernos 7 de Junio*. Entre libros y folletos se editaron alrededor de veintidós ejemplares y de la revista circularon treinticinco entregas.

Inauguración del nuevo edificio

Fue realmente un acto muy relevante y comentado ampliamente en la prensa nacional. Era el sueño de muchos que durante décadas habían batallado por ese propósito. La lectura de los discursos pronunciados por tal motivo fueron muy elocuentes al reflejar parte del *via crucis* recorrido, y se proyectaban hacia el



futuro concebido dentro de las estructuras ya convencionales social y económicamente.

La realidad social y política que agobiaba en esos años a la República, manifestándose en el incremento de la lucha bélica contra el gobierno surgido del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, no se reflejaba de forma objetiva en la prensa, y no eran muchos los que pensaban o al menos pudieran imaginarse el fin de la guerra que sumía al país. La inauguración oficial de la Biblioteca Nacional José Martí fue el acto cultural e intelectual más importante en la fase final de la tiranía batistiana. En él intervinieron figuras relevantes de nuestra profesión y de nuestra cultura.

Eligio de la Puente pronunció un breve discurso en el cual explicó que a pesar de haberse celebrado un evento internacional sobre las funciones y características de la Biblioteca Nacional, de acuerdo con los planes concebidos primariamente, habían concurrido catorce directores de bibliotecas con motivo de su apertura. Tal vez, la pobre concurrencia extranjera estaba cau-

sada justamente por el incremento de la lucha guerrillera no sólo en la Sierra Maestra.

También hablaron Tomas A. Puyans, Quincy Mumford, Berta Becerra, Emeterio S. Santovenia, Fernando Ortiz, entre otros. El órgano oficial de la Asociación Cubana de Bibliotecarios y la propia revista de la institución recogieron en sus entregas los discursos y artículos originados por dicha inauguración, además de la cobertura periodística usual¹⁰³ para actos de esta clase.

La propia Lilia Castro de Morales habló de la significación de la Biblioteca Nacional, en particular del nuevo edificio como el inicio de renovados empeños para hallar la solución del problema que tan hondamente preocupaba a todos.¹⁰⁴

Emeterio S. Santovenia, en su condición de presidente de la Junta de Patronos, pronunció el discurso inaugural. Destacó en esa ocasión el papel de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, quien había aspirado a que se produjera *casi simultáneamente el nacimiento de la Biblioteca Nacional y el reconocimiento ecuménico de la Independencia de la Isla*. Subrayó la falta de atención oficial y que lo obtenido había sido por el interés y amor de gente apegada a la realización del bien.¹⁰⁵

Quincy Mumford, en su calidad de representante de la Biblioteca del Congreso de Washington, se refirió a que la inauguración del edificio para la Biblioteca Nacional José Martí era un símbolo del crecimiento de la importancia de las bibliotecas a través de América Latina. De igual modo aseveró como un hecho muy significativo el gran valor y relevancia que se le da a los libros y a las bibliotecas en la sociedad moderna.¹⁰⁶

Tomás A. Puyans agradeció la donación de la *Enciclopedia del Mar* y de una colección del *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios*, acción realizada por la doctora Berta Becerra, directora de la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País. Puyans estimó desacertado pensar que pasarían muchos lustros antes de que todos los fondos se nutriera ampliamente, pues consideraba que:

[...] nunca es demasiado grande una casa de esta naturaleza, y llenarla de libros es quizá una labor material; lo que importa es que los libros sirvan y rindan su cometido; y para eso están los bibliotecarios cubanos, que sabrán poner al servicio de esta institución todo su saber, toda

su inteligencia, toda su capacidad y también todo su espíritu de sacrificio, toda su devoción y abnegación, porque su profesión es algo más que un título que capacite para el trabajo, es un apostolado que sólo pueden cumplir los buenos y entre los buenos, los mejores.¹⁰⁷

Realmente fueron muy atinadas las ideas vertidas en la anterior cita, en cuanto a que no importa el número de libros disponibles, sino que sirvan y que se cuente con una clase profesional capaz de asumir su laboreo como Puyans lo plantea, como *un apostolado*.

En ninguno de los discursos, obviamente, se hizo alusión abierta a la contextualidad política y bélica.

Probablemente nadie pudo imaginar que en menos de un año la historia general del país daría un vuelco mayor de noventa grados, y que la Biblioteca Nacional sería uno de sus termómetros iniciales.



Período de María Teresa Freyre de Andrade: 1959-1967



1896-1975

La huida del tirano conllevó a que las fuerzas conservadoras, relacionadas política y económicamente con la dictadura batistiana, intentaran frenar el triunfo revolucionario mediante la búsqueda de una solución conciliadora y mediadora para preservar sus privilegios y escamotear una vez más las tan anheladas reivindicaciones sociales de los sectores más populares del país.

La doctora Maruja Iglesias, vinculada al mundo de las bibliotecas y militante del Movimiento 26 de julio, fue nombrada Interventora de la Biblioteca Nacional, la cual había sido tomada por las fuerzas revolucionarias el 5 de enero de 1959.^{107a}

Ella fue propuesta posteriormente, para ocupar el cargo de directora, pero, sugirió que tal posición debía ser ocupada por la doctora María Teresa Freyre de Andrade, amplia conocedora de los problemas bibliotecarios del país. Este gesto refleja no sólo la amistad y aprecio de la doctora Iglesias por la doctora Freyre, sino su ética profesional y revolucionaria. María Teresa Freyre de Andrade llevó a cabo una verdadera transformación de la Biblioteca Nacional y de las bibliotecas en todo el país.

En el informe publicado en la entrega primera de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* del período revolucionario señaló:

Cincuenta años de atraso, reflejo sin duda de la organización económica, social y política del país hacen sentir hoy un peso sobre nuestras instituciones culturales. Años de incuria determinaron la paulatina decadencia de la investigación, tarea indispensable para la formación y el

mantenimiento de una conciencia nacional, pero al mismo tiempo [...] se resquebrajaron los instrumentos destinados a echar las bases de una educación sólida que pudiera extenderse a todas las clases sociales.

Ella puntualizó el papel que debía jugar la Biblioteca Nacional: “Ofrecer a los investigadores un amplio acopio de documentos relacionados con los antecedentes históricos, artísticos y literarios de nuestra actual cultura y al mismo tiempo estimular a la investigación, tan descuidada por las nuevas generaciones cubanas”.¹⁰⁸

En el Resuelvo del Por Cuanto No. 8 de la primera resolución firmada por la doctora Freyre se expresa de modo claro:

Que la Biblioteca Nacional José Martí trabaje de la siguiente manera: Primero. Cumpliendo a cabalidad su función de Biblioteca Nacional, para lo que recogerá, organizará y pondrá a disposición del público todo el tesoro bibliográfico y musical de la Nación, y llevará a cabo, al mismo tiempo, una labor sistemática de recuperación, por medio de microfilms, de todos los documentos históricos de interés nacional que se encuentran fuera del país, según se ha expuesto en el POR CUANTO no. 5 de esta Resolución. Segundo. Que en atención a lo expuesto en el POR CUANTO no. 6 de esta Resolución, la Biblioteca mantenga su personal idóneo y la debida organización departamental para llevar adelante las labores de una Biblioteca Pública, tomando este término en la acepción y alcance que le confiere la más moderna ciencia bibliotecológica, [...].¹⁰⁹

Pienso que este presupuesto conceptual con el cual comienza un nuevo período la Biblioteca Nacional es sumamente importante. José Antonio Ramos desde otra perspectiva, había luchado no por convertir la Biblioteca en una institución pública en el sentido exacto del concepto, pero sí había sido su anhelo que la biblioteca pública se convirtiera en un instrumento gestor de superación cultural e ideológica de la sociedad. Deben tenerse en cuenta los elementos esgrimidos en el *Boletín Bibliotécnico* los cuales señalaban que darle funciones de biblioteca pública a la Nacional era desvirtuar sus esencias.

En la resolución anteriormente citada se hacía referencia a un “Acuerdo verbal del Consejo de Ministros” en el cual se ordenaba que todas las bibliotecas recuperadas de las personas que se habían ido del país y de las instituciones intervenidas debían ser enviadas para la Biblioteca Nacional.

También se planteaba en dicho informe de la doctora Freyre la recatalogación y reclasificación de las colecciones existentes en los fondos y las que en el futuro se adquirieran mediante el empleo de las reglas de catalogación de la American Library Association, y para clasificar con el Sistema Dewey.

Esta fue una de las tareas que más se tardó en concluir; ocasionó que durante mucho tiempo hubiera que consultarse dos catálogos, el preparado por Ramos, y el nuevo que se estaba creando. Al que estaba en vías de extinción se le denominó catálogo del fondo antiguo. El Sistema de Clasificación Decimal Universal, adecuado por José Antonio Ramos a las necesidades de la Biblioteca Nacional, se aplicaba también a las publicaciones periódicas.

La política reorganizativa de tales fondos por parte de la doctora Freyre fue realmente diferente. Se tomó el criterio de agrupar de modo alfabético por los países donde se publicaban, y de igual modo los títulos que conformaban las colecciones pertenecientes a cada país.

Se ampliaron los departamentos ya existentes; se crearon otros ante las nuevas tareas que la Biblioteca Nacional debía asumir en su doble condición de Biblioteca Nacional y biblioteca pública. Se crearon los departamentos de Selección, Consulta y Referencia, Arte, Juvenil, Biblioteca Circulante de Adultos, y Mantenimiento (1959).¹¹⁰



Los departamentos de Circulante, y Juvenil, fueron algunos de los que mayor atención despertaron, pues sus servicios no se habían prestado anteriormente por la Biblioteca Nacional.

El incremento de las colecciones fue otro de los elementos caracterizadores de este momento. No sólo se contó con sumas para la adquisición de libros y para la suscripción a revistas cubanas y extran-

geras, sino que mediante el movimiento de bibliotecas recuperadas se enriquecieron de forma notable los fondos atesorados en el centro y de las bibliotecas que se abrieron en diversas partes de la capital y de todo el país.

También crecieron las colecciones cubanas del siglo XIX, cuando se determinó, en 1960, que los títulos publicados en la colonia y hasta 1902, existentes en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País pasaran a la Biblioteca Nacional.

El Departamento de Distribución Técnica fue uno de los más dinámicos por el enorme trabajo que desplegó mediante el envío de colecciones de libros y de publicaciones seriadas acompañadas en muchos casos por sus fichas bibliográficas, para que solamente fueran reproducidas para integrar los diferentes catálogos a las bibliotecas del país.

Desempeñó una enorme labor el Departamento de Extensión Bibliotecaria creando minibibliotecas en los centros laborales, y llevando el préstamo de libros a los barrios de La Habana que no contaban con bibliotecas públicas mediante el bibliobús.

Paralelamente con todo este torrente de tareas y en función de incentivar las investigaciones bibliográficas (1959), históricas (1960), y literarias (1962) se comenzaron a indizar, primeramente las colecciones de las publicaciones seriadas del siglo XIX, y después las más relevantes del siglo XX, así como la compilación de bibliografías que facilitarían tales estudios.

La *Bibliografía Cubana*,¹¹¹ anteriormente ejecutada por Fermín Peraza desde 1937 hasta 1959, comenzó en 1961 a compilarse retrospectivamente, desde 1959, por primera vez por la Biblioteca Nacional en esta etapa. Para esa tarea se contó, en sus diferentes instantes, con especialistas de los diversos departamentos que nutrían de registros a esa obra; posteriormente se creó un equipo de dos o tres personas encargadas básicamente de su ejecución.

En ese sentido se iniciaron obras que pueden ser consideradas como paradigmáticas, tanto desde el punto de vista técnico como por su relevancia intelectual y por la información que brindaban, aunque no todas se publicaron en el período analizado, pero básicamente se iniciaron como parte de la política bibliográfica de la doctora Freyre: *Catálogo de las publicaciones periódicas del siglo XVIII y siglo XIX*,¹¹² *Índice de revistas cubanas del siglo XIX*.¹¹³ *Bibliografía sobre la poesía cubana del siglo XIX*,¹¹⁴ la correspondencia de Tacón.¹¹⁵ Además de estas publicaciones, continuó circulando la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*¹¹⁶ y en 1960 se comenzó a editar la *Revista de Música*,¹¹⁷ la cual de forma lamentable no pudo sistematizar su aparición, al no considerarse por el

entonces Consejo Nacional de Cultura, y en particular por la Dirección de Música de dicho Consejo, que el Departamento de Música de la Biblioteca Nacional debía asumir tal responsabilidad. Años más tarde, el músico Carlos Fariñas, desempeñándose como jefe del Departamento de Música de la Biblioteca, reconoció que había sido un error, pues se había eliminado ese intento, y no se propició la circulación de un órgano musical propiamente dicho hasta muchas décadas después.

Se destacó ese período por la cantidad de actividades llevadas a cabo por la Biblioteca Nacional, no siempre actividades vinculadas directamente con los libros o las bibliotecas, pero de suma importancia para la vida cultural e intelectual de la capital. La Biblioteca irradió una serie de funciones, de actividades divulgadoras de las últimas tendencias en las artes plásticas, en la literatura, en las bibliotecas, en la música; con esa finalidad se impartieron cursos, seminarios, charlas, conferencias, conciertos que hacía asistir a numeroso público ávido de adquirir conocimiento a través de estos, así como mediante las exposiciones en los salones dedicados para tales acciones.

Un elemento de suma importancia en todo este conjunto de actividades fueron las charlas, presentaciones de toda clase, casi sistémica, de intelectuales nacionales y extranjeros.

Se efectuó el primer Fórum de Bibliotecarios del 6 al 8 de junio de 1964, en el cual se analizaron el programa de estudios bibliotecarios en la Universidad de La Habana y la Campaña de Lectura Popular,¹¹⁸ uno de los proyectos más significativos de este período, por cuanto perseguía cultivar el hábito de lectura entre los recién alfabetizados y los sectores más populares y disímiles de nuestra sociedad. El director ejecutivo de la campaña fue el doctor Salvador Bueno. Se organizaron dos cursos para formar guías de lectores que llevaran a los diferentes centros laborales, escuelas, y barrios esta actividad: uno en la Biblioteca Nacional José Martí impartido por el doctor Bueno, y otro, en la Biblioteca Municipal Enrique José Varona, de Marianao, a cargo de la escritora de radio y televisión Mercedes Antón. Esta campaña se extendió también al interior de provincias más lejanas de La Habana, como Camagüey. Dicha campaña cesó cuando hubo un cambio de estructura y de dirección en la institución.

Otra de las tareas novedosas y cuyo objetivo era divulgar y elevar el nivel del conocimiento de las artes plásticas se ofreció de un modo muy práctico y tuvo mucha aceptación: el préstamo de reproducciones de obras de arte, muy bien

montadas para que los usuarios las colocaran y admiraran por un breve espacio de tiempo en sus casas.

Todas estas funciones, y tareas que la Biblioteca Nacional asumía y brindaba al público, encontraban eco y público, pues los planes de educación generales que se llevaban a cabo, y los específicos para acelerar el desarrollo científico técnico del país, le hicieron ocupar un lugar no siempre reconocido.

El Departamento Metódico, creado por sugerencia de la doctora María Teresa y dirigido por Regla Peraza, realizó compilaciones bibliográficas que recuperaron normas, y metodologías que sirvieron para echar a andar maquinarias, las cuales al irse del país los empresarios y dueños de diversas empresas nacionales y extranjeras, habían quedado desactivadas, al ocultar, destruir o llevarse con ellos, los planos y manuales que explicaban sus funcionamientos. La labor efectuada por este Departamento fue pionera en la actividad científico-técnica informativa. La experiencia acumulada no sólo se vertió en el trabajo de recopilación de documentos altamente especializados, sino que el Departamento Metódico brindó asesoramiento técnico a muchos centros de documentación e información creados en instituciones y organismos específicos; esto último reflejaba la expansión y avance que se estaba operando con vista a satisfacer las demandas informativas cada vez más crecientes de los diferentes sectores socioeconómicos, científicos y culturales.

Otra muestra de este quehacer pioneril, de avanzada, de la Biblioteca Nacional en este período, radica en la creación del Catálogo Colectivo de Ciencia y Técnica, 118 muy unido al Departamento Metódico. Fue una obra titánica que cubrió los fondos hemerográficos de casi todas las bibliotecas de las instituciones más importantes del país, la cual se mantuvo durante mucho tiempo, recuperando y brindando mucha información a los servicios. Posteriormente, se creó el Catálogo Colectivo de las Humanidades y de las Ciencias Sociales, con iguales objetivos.¹¹⁹

La doctora María Teresa Freyre incorporó al centro figuras relevantes de nuestro mundo intelectual, como Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Graziella Pogolotti, Salvador Bueno, Argeliers León, Juan Pérez de la Riva, Aleida Plasencia, María Elena Jubrías, Amalia Rodríguez, Israel Echevarría, Audry Mancebo; otros se mantuvieron muy vinculados al centro como Moreno Fraginals.

No debe pasarse por alto la reorganización de las colecciones de libros y folletos, así como las de publicaciones periódicas, en la cual se aplicó un nuevo

sistema de clasificación para los libros y una ordenación diferente para las revistas, semanarios, y diarios.

En estos años comenzó la racionalización, tendencia que perseguía optimizar la fuerza laboral empleando en cada centro sólo los trabajadores indispensables para su funcionamiento. La institución dirigida por la doctora María Teresa Freyre no podía mantenerse al margen de este proceso, como tampoco podía estar de espaldas a la implantación de las ocho horas de trabajo; la Biblioteca Nacional había sido un sitio, que por lo bajo de los salarios, no eran muchos los que laboraban más de seis horas.

La reducción de las plantillas laborales, una de las tareas emblemáticas de entonces, no llegó a la Biblioteca Nacional hasta que la doctora María Teresa Freyre de Andrade cesó en el cargo a principios de 1967.

Durante los años que duró en el cargo se operó un cambio altamente visible cuando se aprecia la asistencia de usuarios, los servicios prestados y se comparan con los mismos datos de etapas anteriores.¹²⁰

AÑO	USUARIOS	SERVICIOS
1959	24 598	31 855
1960	156 768	171 084
1961	107 368	163 604
1962	117 368	193 671
1963	145 427	253 845
1964	223 018	296 327
1965	388 659	381 602
1966	362 754	336 067
1967	394 433	302 786
TOTAL	1 920 393	2 181 176

Debe tenerse presente en la memoria que el primer 26 de Julio tuvo como tribuna política la terraza norte de la Biblioteca Nacional, desde donde el Comandante en Jefe habló a los miles de campesinos que por primera vez visitaban a La Habana. Otro hecho de singular importancia fue la celebración de tres encuentros con los escritores, artistas, dramaturgos y figuras de la cultura en general, en cuya clausura el Comandante Fidel Castro delineó la política del Gobierno Revolucionario en el campo de la cultura. Este discurso se publicó con el título de *Palabras a los intelectuales*.

Obviamente, lo anterior era un exponente de cómo la Biblioteca Nacional se había ya insertado en la lucha política y revolucionaria que se libraba en todo el país, así como por la integración a las milicias y a la diversas organizaciones ya mencionadas de los bibliotecarios y funcionarios; se efectuaron exposiciones y actividades en solidaridad con los movimientos de lucha de las fuerzas revolucionarias y progresistas de otras latitudes.

El trabajo voluntario y la incorporación de los trabajadores a esta labor fue uno de los indicadores que permitía visualizar el apoyo a la Revolución. En este sentido fue histórico el llamamiento hecho en 1966 por la doctora Freyre de Andrade buscando la incorporación de la mayor cantidad de trabajadores a la Jornada de Girón de ese año. Sólo dicha movilización fue superada cuando la Zafra de los Diez Millones. Masivamente los trabajadores se volcaron en esta jornada voluntaria en el sur de la Matanzas. Fue familiar el nombre del campamento donde estaba la mayoría de los empleados de la Biblioteca: Las Paridas.

La estructura que se le dio a la Biblioteca Nacional en esta etapa se mantuvo por algún tiempo. No hay duda que se echaron raíces muy fuertes en cuanto a la política bibliográfica e investigativa en los campos de la historia y de la literatura las cuales perduraron más allá del período y que aún se mantienen. Todo lo explicado obliga a considerar el período de la doctora María Teresa Freyre de Andrade como el que abrió camino, trazó pautas y avizoró lo que debía hacerse para estar a la altura de los cambios revolucionarios que se estaban operando en el país. Por tal criterio ella manifestó en una ocasión que la Biblioteca Nacional de Cuba no podía ser como la Nacional de Francia, la del British Museum, la Lenin de Moscú, la del Congreso de Washington. Un análisis más detallado de la Biblioteca Nacional y sus acciones en respuesta a los contextos a los cuales debía y tenía que enfrentar, ejemplifica de manera inobjetable esa idea de María

Teresa. Pero obviamente, el propio desarrollo y proceso social, económico y político exigían también adecuaciones de la Biblioteca Nacional a esos nuevos tiempos y a las circunstancias contextuales en los cuales ha funcionado.



Período de Aurelio Alonso: 1967



1939 -

Cuando uno repasa los textos y cronologías sobre la Biblioteca Nacional en este breve período se encuentra con una información realmente muy escueta. Incluso en una reciente exposición no se le incluyó como uno de sus directores por no haber constancia oficial de su nombramiento. Independientemente de la objetividad de este criterio, Aurelio Alonso fue presentado a la masa bibliotecaria como el sustituto de la doctora Freyre de Andrade. Su permanencia en la dirección del centro fue la más breve de todos los que ocuparon esa posición. En esta etapa se inició el proceso de racionalización que no duró más de seis meses en la institución; se estableció el horario de ocho horas y se hicieron planes de trasladar la Biblioteca Juvenil del edificio al actual Banco Financiero Internacional ubicado en 20 de Mayo y Ayestarán; así como se intentó crear la Radio Biblioteca Nacional. Algunos de los trabajadores que estaban racionalizados nominalmente vieron la posibilidad de evitar entrar en ese proceso, solicitando plaza como referencista en la mencionada nueva radioemisora, pero ese proyecto, como otros, quedaron sin materializarse. La mayoría de los bibliotecarios, por un problema de identificación profesional, es reacia a los cambios. Que no aparezca el punto o el guión con el espaciado adecuado, o se plantee un cambio de las normas utilizadas, encuentra una fuerte resistencia. Los consejos de dirección convocados a horas no usuales para los jefes de los departamentos fueron criticados fuertemente. El cese de líneas de trabajo, cambios de jefes, entre otros aspectos, generó una gran expectación entre quienes estaban habituados al estilo de dirección de la doctora Freyre. Todo esto creó una atmósfera muy car-

gada de comentarios, la cual se dispó parcialmente cuando fue designado director el capitán Sidroc Ramos. Lo poco o mucho de modo positivo que realizó Aurelio Alonso, como la conclusión del edificio adonde debía ser trasladada la biblioteca municipal de Marianao, fue borrado de la mente de la mayoría de los bibliotecarios, por eso es conveniente que sobre ese período se conozca lo expuesto por el propio Alonso.¹²¹

Testimonio de Aurelio Alonso

Según recuerdo, asumo la dirección de la Biblioteca en diciembre del 66 o en enero del 67. No puedo precisar si ya me encontraba al frente de ella cuando el nuevo año. Sí me acuerdo que la reunión de presentación o de traspaso de la dirección fue en el mismo despacho de la doctora María Teresa Freyre. El vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, Lisandro Otero, me acompañó. María Teresa había sido convocada unos días antes al Consejo Nacional de Cultura; se reunieron con ella Eduardo Muzio, presidente del Consejo en esa época y Lisandro Otero quienes le informaron de su sustitución, y que yo iba a ser su sustituto. No estuve en esa reunión, supe de ella después. Me reuní con María Teresa y con Lisandro después de mi presentación. Estuvimos trabajando todo un día María Teresa y yo; ella me transfirió todas las cosas de la dirección. Fue muy amable y la recuerdo con una postura muy correcta: se ofreció para ayudarme en cualquier cosa que yo necesitara, que podía consultarle cualquier duda, pues estaba a mi disposición en su casa.

Pienso que las causas objetivas de la sustitución de ella fueron por cuestiones de estilo de dirección, no eran causas de razones profesionales: si fuese así, no se hubiera producido, pienso que fue posiblemente la dirección más competente desde el punto de vista bibliotecológico. Yo sigo pensando, cuando miro retrospectivamente, que María Teresa Freyre espera todavía un reconocimiento que no ha tenido; en aquella época eso no lo comprendí o no lo entendí; la vida me lo fue enseñando después, creo que la valoricé mucho cuando pude mirar retrospectivamente lo que había significado su paso por esa responsabilidad, y la inmensa labor de aporte que dejó al cambiar de signo el sentido del papel de la Biblioteca en una sociedad revolucionaria.

La segunda mitad de la década de los 60 fue un período de muchas confrontaciones, de criterios; se habían sucedido dos direcciones importantes en el Con-

sejo Nacional de Cultura: la primera fue la de Vicentina Antuña, después la de Edith García Buchaca. Edith era una persona, digamos fuerte, fue un período de confrontaciones en Cultura que no viví desde adentro de Cultura; yo estaba en la Universidad de La Habana en aquella época, y posteriormente siguió la dirección de Lechuga en Cultura. Lechuga es un viejo amigo y le tengo mucha admiración en ese sentido, pero parece que no era tampoco la dirección idónea para el Consejo Nacional de Cultura; su dirección fue muy corta, a la cual siguió la de Eduardo Muzio cuando el ministro de Educación era Llanusa. En este período el estilo de dirección se caracterizó por la forma de dirigir de Llanusa, a quien también le tengo estimación y pienso que es un revolucionario, pero creo que tampoco era la persona para dirigir la cultura en el país, y yo tampoco era la figura para dirigir la Biblioteca Nacional con 27 años, sin ninguna experiencia bibliotecaria, era un intelectual que estaba saliendo a la luz en ese momento; tú sabes que ese fue el estilo de la Revolución en los 60, gentes muy jóvenes para cargos importantes, y bueno, tú aceptabas o no.

Creo que dejé cosas hechas en la Biblioteca, dejé huellas de saldos más negativos que positivos, porque era un poco el joven que venía con demasiado ímpetu y poco dominio profesional para manejar aquello.

Desde el punto de vista bibliotecario, de organización bibliotecaria, no había ningún plan concreto, ni oficial ni que lo trajera yo. El trabajo de María Teresa, la obra de María Teresa no estaba cuestionada en el sentido profesional, en el sentido técnico, quizás el choque de María Teresa era un choque de imposición, de puntos de vista, de criterios que no casaban con el estilo de dirección de la época y con el estilo general de dirección del país: Por ejemplo, recuerdo que uno de los puntos que creaba conflicto y una de las cuestiones que se me planteaba resolver, era que nadie podía tener más de un empleo y en la Biblioteca había una política distinta, se empleaba por contrataciones, por tiempo, como había en otros sectores de la cultura, como había en la Universidad, donde se mantuvo: Había profesores a tiempo completo, profesores a tiempo parcial. Entonces había algunas figuras intelectuales que estaban en la Biblioteca, que dependían sólo de la nómina de la institución; pero había otros, no pocos, que compartían su presencia en la nómina del centro con la de la Universidad, con la de algunos preuniversitarios, etcétera. Entonces una de las tareas que se me pidió fue que lograra consolidar la plantilla de la Biblioteca con personal que sólo

trabajara en ella. Cosa que asumí como tarea orientada; no la pensé demasiado; en realidad con eso la Biblioteca perdía también, porque algunos se quedaban, pero otros no, y creo que esto dañó también a la Biblioteca en el sentido de perder una presencia más estable con figuras, y algunas de ellas tenían un trabajo de investigación concreto allí. También se mantuvieron otros que eran más bibliotecarios como Araceli García Carranza, Elena Giraldez o intelectuales importantes como Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego... Ustedes, la generación más joven, también se mantuvo allí. En fin, esa es la cosa más precisa que recuerdo que llevaba como orientación.

La otra cosa que también debía aplicar era darle una atención más directa a la red nacional de bibliotecas por eso yo me desplegué mucho hacia el trabajo del interior del país, es decir, hacia el trabajo de las bibliotecas públicas del interior, porque al parecer ellas, al parecer no, realmente habían tenido un impulso inicial y habían quedado un poco abandonadas en lo que se refiere al ciclaje de lo que se producía, de garantizar que llegaran las cosas nuevas que se editaban a los fondos. Yo empecé a visitarlas, aunque no las recorrí todas; me moví mucho en esa época por las provincias, y había bibliotecas que tenían mucho atraso en recibir la producción nacional de uno o dos años. Entonces, fue un poco un intento de actualizar ese reciclaje hacia el interior.

En mi etapa fue la implantación de las ocho horas de trabajo, también fue cuando ocurre la terminación de la Biblioteca Municipal de Marianao Enrique José Varona y su inauguración, que incluso se reportó en la prensa.

Durante mi período se creó la Sala Martí, aunque no me tocó inaugurarla. Sidroc Ramos, el director que me sustituyó, tuvo un gesto muy bonito conmigo, pues cuando vino Manuel Pedro González a inaugurarla, que estaba presente en el acto, le hicieron un elogio a Sidroc como director de la Biblioteca Nacional y entonces él le mandó una carta a Manuel Pedro González diciéndole que lo agradecía, pero que cuando él llegó, ya todo el trabajo organizativo de la sala estaba hecho y que eso se debía a mí. Sidroc tuvo algunos gestos muy delicados conmigo que ninguno de los directores posteriores tuvo, salvo Eliades Acosta. Es decir, después hubo una tendencia a olvidar, incluso mi paso por ahí, no sé por qué.

Yo tuve una gran inexperiencia, dudas, errores, pero creo que tuve también algunas cosas positivas. Una fue poner énfasis en el acabado de la biblioteca municipal de Marianao, me parecía que era una cosa escandalosa. Intervino en

esto también un encuentro casual, incidental, de Fidel en la Plaza Cadenas con un muchacho que trabajaba en la biblioteca de Marianao, quien le dijo: “nosotros estamos en una casa que se está cayendo, y sin embargo, hace tiempo que se está construyendo un edificio que nunca se termina”. Yo no estaba allí, pero me hicieron el cuento, no recuerdo el nombre del muchacho, pero Fidel comentó que seguramente eso era “por causa de algún burócrata de Cultura”, y yo me acuerdo de esa frase porque la usé después con mucha frecuencia, con Muzio, con Llanusa, y con todo el que tenía que poner algo ahí. Fidel dijo esto y yo desde que entré en la Biblioteca estaba tratando de resolver esto y el burócrata irresponsable no voy a ser yo. Se terminó de construir y se inauguró bajo mi dirección, y la designación de Regina Trovo para dirigirla la hice yo. Ella fue la primera directora que tuvo cuando la Biblioteca Municipal de Marianao se mudó para el edificio de 100 y 51.

También la Escuela de Técnicos Auxiliares de Biblioteca, que estaba en la casa donde actualmente está el Ministerio de Cultura, esa era la casa de Sarrá, estaba cerrada y la reorganización de la escuela y volver a comenzar su labor fue algo que ocurrió bajo mi dirección. La escuela ya llevaba uno o dos años cerrada, sin funcionar. No se me olvida la convocatoria del nuevo curso, la preparación de la casa... Recuerdo haber dado algunas conferencias a los estudiantes de los primeros cursos, y la designación de Adelina López Llerandi como directora fue mía también. Recuerdo que fui yo quien llevó a Carlos Fariñas como director del Departamento de Música en sustitución de Luis White.

Salvador Bueno fue uno de los que no se quedó ahí y hubiera sido provechoso para la Biblioteca que Salvador se hubiera mantenido, aunque posteriormente se mantuvo como colaborador. Cada vez que me recuerdo diciéndole a Salvador que tenía que escoger entre seguir en la Universidad y seguir en la Biblioteca, realmente me abomino un poco a mí mismo, pero bueno, tenía esa tarea y la tenía que aplicar.

Y las ocho horas del régimen laboral se implantó bajo mi dirección, haya sido bueno o malo hacerlo, fue una responsabilidad que me tocó a mí asumir y fue una responsabilidad con la que llegué a la Biblioteca, y lo primero que se me dijo que debía aplicar.

Pienso que la racionalización a nivel del país se produce después, en el 68, es decir se produce a principios de ese año. Lo que ocurrió en la Biblioteca fue

consecuencia de la reducción de la plantilla teniendo en cuenta que muchas personas de la Biblioteca tenían más de un empleo. María Teresa estaba en desacuerdo con la reducción de la plantilla y con los cambios de algunos jefes, incluso de personas que habían sostenido posiciones políticas comprometidas con la Revolución, como fueron los casos de María Elena Jubrías, jefa del Departamento de Arte, y Argeliers León, jefe del Departamento de Música; ellos optaron por no continuar en la institución: la primera permaneció como profesora de Arte de la Universidad de La Habana, y Argeliers decidió continuar al frente del Instituto de Etnología y Folklor, además de asumir otra responsabilidad en la Casa de las Américas. La que vino después como jefa de Arte, fue Rebeca Gutiérrez, porque buscando a alguien que ocupara el cargo, Maruja Iglesias me la propuso, pues creo que la conocía. En realidad María Teresa había logrado incorporar cabezas importantes, aunque una parte de esas cabezas se perdieron, afortunadamente se mantuvieron Cintio, Eliseo, quienes más adelante también sufrieron la incompreensión.

Pienso que Sidroc Ramos como director de la Biblioteca tuvo una actitud muy positiva, muy comprensiva, y valorativa, sabía lo que Cintio, Fina y Eliseo valían, ese es el segundo recuerdo que tengo de Sidroc Ramos, quien me buscó cuando se produjo aquella situación en Cultura tan injusta a los inicios del quinquenio gris.

Se le llama gris por la política de no aceptar en el arte y la literatura lo que no fuera realismo socialista, y por las limitaciones y discriminaciones que sufrieron determinadas personas vinculadas con la cultura. Con la creación del Ministerio de Cultura y gracias a la presencia de Armando Hart como Ministro, sólo fue un quinquenio.

En esa época yo estaba fuera de la Biblioteca. Pienso que Sidroc hubiera sido un buen director de la Biblioteca Nacional si hubiera tenido el tiempo. El período de Sidroc fue muy corto debido al quinquenio gris.

Bajo mi dirección comienza una nueva etapa de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, porque en un principio la dirección de la revista se suponía que fuera mía como director de la Biblioteca y no fue así porque dije que no, que tenía que ser un académico de prestigio y entonces valoramos que la dirección la tuviera Juan Pérez de la Riva.

[Radio Biblioteca Nacional] fue una idea de Papito, que vino y me la propuso, me gustó y pensé que era algo posible de hacer, dedicarle un espacio a la Biblioteca Nacional en una emisora de radio que tuviera un horario de transmisión todos los días. Eso quedó en una iniciativa, nunca avanzó; fue un proyecto de la segunda mitad de los 60 que levantó posición en contra muy fuerte, en primer lugar de parte de Maruja Iglesias, quien no estuvo de acuerdo. Tengo que confesar que nunca tuve muy claro cómo sería aquella idea de Francisco Serguera, Papito. Fue un proyecto que como tal no tuvo un verdadero avance y se mantuvo como una idea: que si la pones para acá o la pones para allá, pero no fue ni un proyecto, sino una iniciativa. Evidentemente el revuelo que levantó en contra, posiblemente haga que se recuerde más que cualquier otra cosa. A mí, si se me plantea otra vez como iniciativa, me volvería otra vez a entusiasmar. Además, es una idea que puede estar articulada en cualquier paquete de iniciativas que estén orientadas a que la Biblioteca sea un centro de la cultura nacional. Incluso se manejó la posibilidad de que nos dieran no recuerdo si Juvenil o Circulante, o todo junto como una biblioteca aparte, en el edificio del Banco de Crédito, porque ese edificio estaba cerrado. El banco ese había sido uno de los que se habían intervenido y se había cerrado como sucursal bancaria. Había una idea de movilizar ese espacio para la radio, pero esta no necesitaba mucho espacio. La radio lo que necesitaba allí eran dos cabinas sonorizadas y quizás una pequeña oficinita. No era mucho, no dependía una cosa de la otra, pero sí de dónde se ponía sin afectar las capacidades de acceso de usuarios al fondo. Eso se conectaba con un proyecto anterior de independizar la Biblioteca Nacional, y esto es algo que no surgió de mí, que surgió de los que estaban adentro, de los especialistas. Existía un debate en términos acerca de que la Biblioteca Nacional había que hacerla más *biblioteca nacional*, porque se había convertido mucho en *biblioteca pública*, y se pretendía que a los fondos de la Biblioteca fueran principalmente las colecciones cubanas.

De todos modos esa era una de las cuestiones materiales. Había un inventario de impedimentos, de limitaciones materiales; en mi tiempo, que yo recuerde, primero, el tema de la climatización del almacén, que era un proyecto muy costoso, que creo se realizó después a la vuelta de los años. ¿Está climatizado o no lo está? ¿No está climatizado? ¡horrible! Siempre escuché que había un error en la arquitectura, en la ingeniería civil de la construcción de la Biblioteca. Y es

que para hacer que no rompiera la armonía de los edificios de la plaza, la torre del almacén se hizo de una forma disparatada, pues la colocaron de una manera en la que el sol la castigaba por la mañana de un lado, y por la tarde del otro. En lugar de ponerse de una forma en la cual el sol no la castigara tanto, es decir ubicarla de forma inversa hacia la Plaza de la Revolución. Eso hubiera sido lo sensato para la protección de los fondos, pues tal como está es un horno sin tener climatización; eso fue algo que aprendí allí muy temprano y me hizo defender muy fuertemente la necesidad de dar respuesta a ese problema.

El segundo problema, la conservación de los fondos. Ese apoyo se dio para la conservación de los fondos del Instituto de Historia del Partido y no a la Biblioteca Nacional. Al Instituto se le dieron todas las facilidades para la creación de aquel sistema de protección, de plasticación, de no sé que cuántas cosas más, para conservar los documentos viejos. Yo defendí muy fuertemente la necesidad de ese apoyo para la Biblioteca Nacional. Fue también un proyecto del rubro de conservación. Me acuerdo que las dos grandes inversiones con las cuales nosotros estábamos presionados, por lo menos que yo presionaba en aquella época, aparte de la terminación de la Biblioteca de Marianao, y que a mí me tenían siempre con la vista puesta encima eran la climatización de la torre donde se almacenaban los libros, y el de la creación de una infraestructura para la conservación de documentos, que no sé si se logró al fin, supongo que no se logró... Digo esto, porque hay algo que no sé si está bien o mal que yo sí hice, que fue eliminar el infiernillo. Yo dije que en la Biblioteca no había documentos a los que por su contenido el público no tuviera acceso. El infiernillo posiblemente no existe ya. No sé si haya sido un error, pero en cuanto al contenido...

Yo trabajaba mucho, dormía con frecuencia cuatro o cinco horas en el sofá del despacho; me levantaba, me tomaba un café y seguía. A veces tenía que salir de viaje, y salía para el interior a las seis de la mañana. Además, sí, es cierto que convocaba a los consejos fuera de horas de trabajo, a las siete de la tarde. Todo eso que se dice es cierto, yo dirigía la Biblioteca usando *blue jeans*; era como me satisfacía vestirme y todavía me gusta. Claro, estuve en la diplomacia después y la diplomacia me obligó a dejar a un lado el *blue jeans*, sólo los utilizaba los fines de semana en mi casa, en los paseos, y eso cuando tenía tiempo para hacerlo. Después los asumí otra vez, y en mi vida académica lo hago mucho; asimismo aprendí también que te pones un *blue jeans* con una chaqueta o un bleisier y

estás en el medio académico, estás vestido elegantemente, es decir, la idea del *blue jean* y la corbata. En fin, mira, me ves vestido de *blue jean*, este es el de trajinar, los tengo viejos y nuevos que son los que me pongo en otras ocasiones. No me disgusta, pero era cierto que lo hacía, era verdad que me sentaba en la mesa, todos esos comentarios son ciertos. Una cuota de todo eso tiene que ver con mi juventud, otra cuota tiene que ver con mi personalidad.

Estaba pensando ahora, si incluso, paralelamente al restablecimiento de la jornada de ocho horas, no había habido una racionalización temprana antes de que se produjese la racionalización en todo el país.

Para mí fue una experiencia corta, pero muy importante en mi vida. En primer lugar me hizo comprender rápidamente que yo no estaba todavía maduro para una responsabilidad de esa envergadura. Y en segundo lugar, me hizo, bueno, eso en lo personal, más maduro, hubiera hecho cosas que no hice y no hubiera hecho cosas que hice. Yo trabajé muy intensamente, le dediqué en ese año de mi vida a la Biblioteca todo mi esfuerzo y a las cosas que se desprendían de mis tareas allí, como la organización del primer aniversario de las actividades por el centenario de la Guerra de los Diez Años. [...]

Tengo la satisfacción de que a pesar de mi vocación intelectual no me llevé ningún documento, fui muy respetuoso, nadie puede acusarme de haber sustraído libros de la Biblioteca. [...] Tengo recuerdos muy positivos de María Lastayo. Déjame aclararte que fui yo quien puso a María al frente del Departamento de Selección y Canje. Muy posteriormente se tomó la decisión de prescindir de María, pero bueno, no me toca a mí hablar de eso. Yo siempre estimé mucho el trabajo de María.

Pienso que mi paso por la Biblioteca Nacional me aportó mucho, me enseñó a aprender el trabajo bibliotecario y a ganar la experiencia que te he contado. [...]

Período de Sidroc Ramos: 1967-1973



1926-

El período de Ramos pudiera caracterizarse como el de un director que se tomó un serio y profundo interés por la actividad bibliotecaria que encabezaba, por su afán de aprender para ejercer de un modo más efectivo y eficiente. Lo anterior se corrobora por su participación casi sistemática en las reuniones departamentales; por su sentido de respeto al trabajador, a su labor técnica y profesional. Por lo señalado, su gestión fue completamente diferente a la anterior, no sólo por la brevedad de esta última; la suya se avenía más a la psicología de los bibliotecarios, a sus formas de trabajar, de tener presentes las normas, una organización laboral, que para renovarla, modificarla o cambiarla totalmente se requería de profundos conocimientos de la actividad, tal como los poseía la doctora María Teresa Freyre cuando cambió la organización de los fondos de la Biblioteca Nacional dada por José Antonio Ramos.

Se mantuvieron en esta etapa las acciones bibliotecarias, y se dieron a conocer trabajos que pueden ser compilaciones de textos de la época colonial con introducciones o estudios valorativos de tales documentos. De estos últimos ya mencionamos la correspondencia de Tacón, con un magnífico estudio de Pérez de la Riva; algunos de estos resultados investigativos se publican también en la *Revista de la Biblioteca Nacional*; también se da a conocer la *Biobibliografía de Fernando Ortiz*,¹²² los índices de las revistas cubanas del siglo xx,¹²³ la *Bibliografía de bibliografías cubanas*,¹²⁴ el *Índice general de publicaciones periódicas cubanas*.¹²⁵ En esta etapa se funda la Sala Martí, el 28 de enero de 1968,¹²⁶ y se publica el primer *Anuario Martiano*,¹²⁷ así como se da un fuerte apoyo a las

investigaciones sobre Martí, como lo ejemplifica el importante tomo de Cintio Vitier y Fina García Marruz, *Temas martianos*.¹²⁸

Las visitas a los países socialistas y conferencias internacionales bibliotecológicas se incrementan y viajan el director, Sidroc Ramos, y jefes de departamentos, como Luisa Reyes (Hemeroteca e Información de Humanidades), Osiris Riera (Catalogación y Clasificación), Rebeca Gutiérrez (Arte), ente otras. Este período está marcado por la celebración de la Zafra de los Diez Millones, y los empleados de la Biblioteca Nacional, como los de todas las instituciones, organizaciones y centros laborales existentes en la isla, se suman a esta campaña de tal forma, que superó la aún recordada movilización del campamento de Las Paridas en 1966.

Las acciones culturales continúan su ritmo: se efectuaron alrededor de más de treinta exposiciones, y un número mayor de conferencias; también se mantienen los cursos y ciclos temáticos, que hacen elevar la cifra total de charlas y conferencias. Otra singularidad que se establece, aunque con frecuencias más o menos estables, son los Encuentros Nacionales de Bibliotecas Públicas, labor muy importante, pues la Biblioteca Nacional como centro matriz asesora, actualiza, promueve y dirige metodológicamente toda la labor de carácter técnico de las bibliotecas que integran la Red Nacional de Bibliotecas Públicas del país.

Los servicios y los usuarios se comportaron del siguiente modo, de acuerdo con los datos tomados de las fuentes citadas.

AÑO	USUARIOS	SERVICIOS
1967	394 433	302 796
1968	355 740	323 262
1969	333 395	343 744
1970	277 478	309 379
1971	310 000	303 142
1972	298 255	279 973
1973	312 319	318 880
TOTAL	2 281 620	2 181 176

Puede observarse una reducción anual en el total de los usuarios después de 1968. Sólo hay tres años en los que se supera la cifra de los trescientos mil. En los servicios prestados se observa algo curioso, hay años en que la asistencia de usuarios es mayor que la de los servicios, aunque hipotéticamente no debiera ser así, pues la mayoría de las veces los usuarios provocan más de un servicio.¹²⁹

Lamentablemente, Sidroc Ramos renuncia a su cargo y se traslada como funcionario al Ministerio de Relaciones Exteriores. Su apoyo a la presencia de Cintio Vitier y Fina García Marruz en la Sala Martí y a la abnegada labor de ambos, casi un sacerdocio, entregados al estudio y divulgación del pensamiento martiano en toda su dimensión, fue incompatible con algunas de las ideas dominantes en esos años, a los cuales Ambrosio Fornet calificó del lustro gris. La historia y el tiempo han evidenciado que la razón estaba de parte de Sidroc Ramos.

*Testimonio de Sidroc Ramos*¹³⁰

A mí me parece todavía, porque lo creía cuando estuve como director en la Biblioteca Nacional, que es la responsabilidad que más ha concordado con mi forma de ser, con mis aspiraciones, con mi personalidad, aunque no fuera la función, por cierto de más relieve; antes había estado en la Universidad Central de Las Villas como rector, en la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos como director, y durante los primeros años del triunfo de la Revolución, en diferentes funciones relacionadas con la instrucción revolucionaria del Ejército Rebelde. Pero en la Biblioteca se reunían como en un solo edificio, en una sola dimensión, todos los intereses de carácter cultural que siempre he tenido presente, que siempre me han acompañado y que siempre de algún modo o de otro siempre se han pospuesto en prenda de las necesidades de carácter político y social en las cuales he estado empeñado desde antes del triunfo de la Revolución. Es decir, ahí estaban los libros, esos compañeros siempre amados y añorados y no siempre al alcance de la mano, o al alcance del tiempo, del tiempo mío; estaba también la música, la plástica, en fin, estaban todas las artes y además, estaba en primer término un conjunto de personas dedicadas como en un antiguo sacerdocio a la función de ilustrar, de enseñar, de propagar las letras y las otras artes. Este trabajo me puso en contacto con gentes de una cultura extraordinaria, ya había tenido contacto con gente de gran cultura, incluyendo la cercanía de Juan Marinello en una parte de la época de la clandestinidad, pero aquí había un conjunto de poe-

tas, escritores, historiadores, que sin ninguna duda contribuyeron a que mi paso por la Biblioteca fuera en ese sentido una de las experiencias más grandes de mi vida al frente de una institución. Muchos de estos compañeros que estaban allí son, eran antes y son hoy, por supuesto, notables figuras de la intelectualidad cubana. Y si quisiera resumir en una sola persona, pensaría en Cintio Vitier. Pero no solamente él, Finá, Eliseo Diego, Roberto Friol, y muchos otros, sino muchos colaboradores, no con nombres tan ilustres, pero activos difusores, divulgadores de la cultura nacional y de la cultura del mundo, de la cultura contemporánea.

También en la Biblioteca pasé momentos amargos, pero no la recuerdo por eso; y estuvieron relacionados con la actuación ciega de algunas personas por encima de la Biblioteca que hicieron mucho daño, pienso yo, en determinados períodos, a la cultura nacional, al reducir las consideraciones sobre los creadores a esquemas inadmisibles, que llevaban la restricción e incompreensión y acosos por razones de religión y otras por el estilo.

Yo, realmente, cuando estuve en la Biblioteca soñaba con no tener otra función que esa y aunque, por supuesto, eso no iba a depender sólo de mí, me vi obligado en los últimos momentos de ese período de cinco años y medio a, primero, asumir la defensa de personas injustamente tratadas y a oponerme firmemente a cualquier acto que menoscabara sus posibilidades de seguir rindiendo, como rendían, frutos, a veces incomparables, a la cultura nacional. Hubo un momento en que debí tomar la decisión de renunciar a la Biblioteca Nacional que era la única contraparte posible a ser cómplice de acciones que retrogradan intensamente; así que después estuve en funciones de mucha confianza; también en el Ministerio de Relaciones Exteriores donde hice mis últimos diecisiete años de vida laboral. Ahí me fue muy bien, claro, era una función de otro carácter y totalmente diferente a la que tenía en la Biblioteca Nacional. Por eso yo creo, ahora que ya han pasado los años y que soy un hombre dedicado a escribir, que fue esa función la que más gozo íntimo me dio, aunque en todas, por supuesto, debo haber hecho cosas necesarias y haber sentido satisfacción en todo lo que hice.

La cortedad de fondos fue también un fenómeno en este período, fue un problema, de una parte, pienso que abundancia de fondos no había en el país para muchas empresas y era también un problema de prioridad. Creo que en este período, por lo menos, hubo de bueno que había muchos libros, publicábamos

muchos libros. Después con el período especial, por supuesto, esto sufrió un duro golpe. En efecto, siempre estuvimos quejosos de que no se valorase justamente el papel de la Biblioteca en la formación cultural y política, que en cierto sentido es parte también de la cultura de la población cubana.

Hubo no pocas contribuciones importantes, como por ejemplo la compra de la biblioteca de Fernando Ortiz que en aquel período llegaba a ser patrimonio del país mediante la Biblioteca Nacional.

Nos quejábamos [...] del mal estado de los documentos entonces abrasados por el sol y sin una gota de aire acondicionado para detener el efecto nocivo del calor. Yo no sé si ya eso se ha resuelto, porque por eso se luchó mucho.

Hay una cosa que debo decir, yo entré en contacto con una familia de trabajadores, con una congregación de gentes de una pasión extraordinaria por su profesión; siempre me atrajo, me dio mucha fuerza, esa entrega del bibliotecario a su trabajo, yo la llamaba pasión bibliotecaria. Y eso realmente sustituía, en cierto sentido, muchas de las carencias materiales; había que fundar una biblioteca y allá íbamos con los asesores, con antiguos bibliotecarios y se fundaba la biblioteca aunque no hubiera suficientes medios, local adecuado, muebles, y el personal, a veces, tenía que ser improvisado.

De todos modos existía ya la Escuela de Técnico Medio Bibliotecario la cual fue una gran ayuda, porque proporcionó a todo el país de personas de la competencia inicial necesaria para manejar una biblioteca y para convertirla en un instrumento real, es decir, en una biblioteca donde se leyera, porque hubo épocas en que había bibliotecas que constituían estanterías con libros sin lectores, sin un trabajo adecuado para conquistar al lector y eso ya se iba logrando y hubo un crecimiento, sin ninguna duda, de la red bibliotecaria en el país. Al mismo tiempo el trabajo de selección, de catalogación y el trabajo de indagación de la cultura, que conoces perfectamente porque ese fue tu fuerte principal y ha seguido siéndolo, se estaba realizando con personal absolutamente competente para dicha tarea en la Biblioteca Nacional.

Quiero decir que nunca fueron resueltos por completo los problemas de carácter material, pero claro, uno ve las necesidades de aquello que le toca vivir, en lo que le toca trabajar pero tiene que estar consciente de que otros sectores también tenían esas faltas, esas carencias. Es decir, uno no puede pensar que exclusivamente era una cosa consciente de abandono, de la Biblioteca Nacional.

Lo que sí es completamente imperdonable es que quienes tenían que atender a la Biblioteca Nacional en vez de ayudar y estimular a aquellos que trabajaban, buscaban elementos para perseguir, acosar, a lo que ya me referí anteriormente, y eso sí no era en ningún sentido tolerable desde mi punto de vista.

Realmente no tengo respuesta acerca de las razones por las cuales los directores que profesionalmente eran bibliotecólogos no escribieron obras reflexivas, o descriptivas de esa profesión, mientras que los que eran historiadores, poetas, escritores, sí publicaron títulos que expresaban su vinculación genérica con la literatura o con determinados temas. Sólo puedo imaginar que en medio de la faena diaria, de la exigencia práctica no hubiera habido tiempo para la reflexión teórica, aunque esa experiencia, por supuesto, pudiera ser recogida en teoría. Yo creo que había un grupo muy competente de bibliotecarios, de bibliotecarias en la Biblioteca en la etapa en la que la conocí, y cualquiera de ellos hubiera podido haber hecho una contribución; habría que ver si se hizo algo sobre eso en la Escuela que dirigía Adelina López Llerandi.

Hubo algunos cambios, aunque mi propósito no era ir a alterar las cosas que ya estaban y además, fue más bien tratar de mantener lo que la doctora María Teresa Freyre de Andrade había realizado, por eso en más de una ocasión rendí pleitesía, honor a la función de ella como bibliotecaria y como persona portadora de un pensamiento sobre las bibliotecas, y al colectivo general de la Biblioteca. Pero de los cambios tendría que ponerme a revisar los papeles que tengo por ahí. [...] algunos cambios fueron hechos y algunos énfasis fueron puestos, [...] pero en general yo no busqué hacer cambios, sino poner en funcionamiento las cosas como debían ser y estimular todo aquello que merecía esa acción, aprovechar las posibilidades que se habían creado, por ejemplo, recuerdo que en aquella ocasión hubo la idea de la universalización de la universidad, que consistió en el envío de estudiantes universitarios a distintos centros culturales, incluida la Biblioteca para que hicieran un trabajo práctico, y así reflejaran el nivel de conocimiento alcanzado y se enriqueciera la experiencia de cada uno de ellos de un modo más integral. Creo que eso nos ayudó, pero no tengo una evaluación de lo que dejó para la Biblioteca aquella experiencia. Ahora me doy cuenta que no supe qué frutos recogimos de aquello, ni cuántos de aquellos estudiantes se hicieron bibliotecarios.

Considero conveniente, para concluir, repetir algo que te dije al principio en cuanto a la significación de mi desempeño como director de la Biblioteca Nacional: me parece aún que es la responsabilidad que más ha concordado con mi forma de ser, con mis aspiraciones, con mi personalidad, fue esa función la que más gozo íntimo me dio.



Período de Luis Suardíaz: 1973-1976



Suardíaz, poeta, es nombrado director para sustituir a Sidroc Ramos, justamente cuando Ramos se encontraba ya con dominio de la actividad.

La dirección de Luis Suardíaz fue una de las más breves de los que estuvieron al frente de la Biblioteca Nacional, pues al ser nombrado agregado cultural en la Embajada de Cuba en la URSS cesó en el cargo.

1936 -

Las actividades se continuaron como en las etapas anteriores, en tanto se dieron más de 74 conferencias, charlas, alrededor o más de 45 conciertos, y más de 30 exposiciones en el período, sin contar los cursos y seminarios. Se efectuaron los Encuentros Nacionales de Bibliotecas V, y VI en Varadero y Camagüey, respectivamente.¹³¹ Continuaron apareciendo los resultados de las investigaciones bibliográficas, históricas, y literarias. En este sentido sobresalen los estudios y los índices y bibliografías siguientes: *Índice de la revista Isla*,¹³² *Bibliografía del Asalto al Cuartel Moncada 26*,¹³³ *Bibliografía de Juan Marinello*,¹³⁴ *Bibliografía de la Guerra de Independencia (1895-1898)*,¹³⁵ *Bibliografía sobre caña de azúcar*,¹³⁶ y la *Cronología histórica de la Biblioteca Nacional José Martí: 1959-1981*.¹³⁷ Para los impresos de este período y de otros debe consultarse el *Catálogo de publicaciones de la Biblioteca Nacional José Martí 1905-1977*.¹³⁸

Se orienta, en ese momento, un curso de reciclaje para los que no tenían el certificado de haber estudiado el nivel medio en bibliotecología. Como consecuencia de ese hecho, un buen número de compañeros tuvo la posibilidad de ingresar en la Universidad para estudiar la carrera de Información Científico-Técnica y Bibliotecología. El curso de reciclaje se brindó entre 1973 y 1974, y el ingreso a la Universidad se materializó en 1975 donde concluyeron sus estudios alrededor de diez trabajadores en 1980.

Durante ese período se realizaron pesquisas para una nueva estructura, las cuales marchaban muy lentamente, y sólo cuando por un brevísimo tiempo ocupó interinamente la dirección del centro la doctora Olinta Ariosa, dicha investigación alcanzó el ritmo debido para su conclusión, pero no se aprobó y aplicó hasta que fue nombrado director el doctor Julio Le Riverend.

La asistencia de usuarios y los servicios se comportaron del siguiente modo, tomando 1973 y 1976 como inicio y final de su mandato.

AÑO	USUARIOS	SERVICIOS
1973	312 319	318 880
1974	285 711	333 935
1975	345 434	374 021
1976	324 813	388 732
TOTAL	1 268 277	1 415 568

No es difícil observar una diferencia con las cifras del período anterior, en el cual en más de una vez, las cifras de los usuarios es mayor que la de los servicios. Aquí es todo lo contrario, en correspondencia lógica con la dinámica bibliotecaria, ya que por lo general cada usuario genera, al menos, uno o dos servicios.

Testimonio de Luis Suardíaz^{138a}

Los vínculos míos con una biblioteca comenzaron en mi adolescencia. Una de las cosas que más me golpeó en esa época, en Camagüey, fue la falta de un sistema científico de organización de los servicios bibliotecarios. Había algunas que tenían magníficos trabajadores, pero eran casi siempre empíricos y justamente se destacaban algunos de ellos por su labor general, por sus esfuerzos, inventiva. Más adelante me tocó una tarea interesante que fue crear bibliotecas públicas y la biblioteca provincial de Camagüey. Es muy curiosa esta anécdota porque realmente yo tenía en el mes de abril bajo mi jurisdicción como director provincial de cultura, el antiguo Liceo de Camagüey, y fue el Che quien me sugirió que convirtiera ese Liceo en una biblioteca, puesto que el proyecto

que teníamos para una nueva no se podía hacer por falta de dinero. Gracias al Che ahí está la Biblioteca Provincial Julio Antonio Mella.

En 1963 me vinculé estrechamente con María Teresa Freyre de Andrade; a la sazón ya no era director provincial de cultura, sino director general de publicaciones y editoriales del antiguo Consejo Nacional de Cultura y pertenecía a una comisión que tenía como objetivo estimular la lectura, crear círculos de lectura y también crear, por parte nuestra, círculos de literatura, y entre mis tareas estaba proveer a la Biblioteca Nacional y desde ella a toda la red nacional de bibliotecas de los libros que estábamos publicando, quinientos o mil ejemplares de aquellos títulos iban directamente a esas bibliotecas y de ahí pasaban a cada uno de los municipios; en esa época, hay que reconocer que no existía una subordinación provincial o municipal de los diferentes departamentos, sino que, no solamente desde el punto de vista práctico, la jefatura de una dirección, en este caso la Biblioteca, atendía o desatendía directamente a todo el país. De modo que cuando en abril o mayo de 1973 llegué a la Biblioteca Nacional, acabado de clausurar en Santiago de Cuba el Encuentro de Bibliotecarios que se había celebrado en aquella ciudad, tenía una visión y estaba al tanto del quehacer bibliotecario.

Por supuesto, dos meses antes ni remotamente podía pensar que iba a estar al frente de la dirección de la Biblioteca Nacional. Insisto en esto porque vuelvo a subrayar que en esa época, la Biblioteca Nacional y todo el país formaban una sola cabeza con muchas caras pequeñas, de modo que para mí fue muy interesante en la práctica poder comenzar a trabajar con algo que ya había sido una experiencia parcial en los años anteriores. Creo que lo que más me interesó fue comenzar a ponerme al día de cómo estaba esa gente, los fondos de las bibliotecas, sus carencias que siempre han sido grandes, intentar trazar una perspectiva para la restauración de las colecciones existentes en los fondos, y evitar que parte de los fondos existentes se perdieran, así como participar en el perfeccionamiento de la escuela nacional de enseñanza media para la formación de bibliotecarios, no únicamente en la permanencia de la escuela que estaba ya afiliada en ese momento a la Biblioteca Nacional, sino tratar que cada una de las grandes bibliotecas del país se convirtiera en una biblioteca escuela; y eso fue realmente una experiencia muy notable porque en esos años, justamente entre 1973 y 1975, de un modo práctico se logró que la inmensa mayoría de los antiguos empleados que carecían de una enseñanza metodológica, de un conocimiento técnico, de una disposición preparada desde el punto de vista científico,

pasaran al menos, por los rudimentos del manejo de una biblioteca y el uso de los fondos, tan así es que esa experiencia se aplicó cuando un poco después a través de las relaciones que fuimos estableciendo con la escuela, y la ampliación de los planes de estudio, además se logró que el gobierno nos concediera que nuestros estudiantes, en su inmensa mayoría mujeres, pudieran ingresar en la Universidad de La Habana para completar la formación académica necesaria. De modo que ese gran conjunto de bibliotecas escuelas de las principales instituciones bibliotecarias del país y el paso de una cantidad apreciable de técnicos a la Universidad significó un momento muy importante en la historia de la Biblioteca Nacional.

También participé en dos grandes eventos de bibliotecas, uno en Matanzas y otro en Camagüey, en 1974 y 1976 respectivamente, y volví con una visión general de las dificultades en nuestro campo bibliotecario.

Fue relevante apoyar con todo entusiasmo la presencia del sabio cubano Juan Pérez de la Riva al frente de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, la cual fue fundada en 1909, pero nunca pensamos que fuera a ser tan grande como la de ahora.

Entonces contábamos con los libros que se publicaban en el país; ahora se impone una nueva distribución económica y un uso mayor de recursos, un contacto más directo con cada área de trabajo, con cada especialista de cada instalación, con su municipio. Se está dando el caso que una cantidad apreciable de los títulos publicados se ponen a la venta al público y no llegan a las bibliotecas de los municipios; se está perdiendo un fondo editorial al servicio de la biblioteca. No siempre contamos con técnicos en cada municipio que tengan la suficiente fuerza combativa, el entusiasmo y la agresividad para estar presentes en la librería y adquirir los libros, además, a veces el presupuesto no alcanza. Aquella época tenía sus dificultades, pero existía la posibilidad de garantizar que todos los libros publicados en el país estuvieran en toda la red de bibliotecas. Estoy seguro que dentro de veinte o treinta años habrá cientos y tal vez miles de títulos cubanos que no van a estar en gran parte de nuestras bibliotecas.

En nuestro período de dirección no se logró llevar a cabo la climatización. Eso impidió salvar colecciones muy importantes, sobre todo la prensa cubana, una pérdida irreversible.

Vuelvo a hablar de la *Revista de la Biblioteca Nacional* porque se logró una presencia muy activa de intelectuales cubanos con ensayos, investigaciones, artículos, crónicas, memorias, aunque nunca se logró suficientemente que se con-

virtiera en una publicación que estuviera con dinamismo en la red de librerías de la República y por tanto todavía hay números que están durmiendo en el fondo de los almacenes, pero aun así están vivas en esas páginas muchas de las investigaciones realizadas.

Debe destacarse también la investigación unida a la promoción cultural y al espectáculo, si bien una biblioteca como la nuestra, es un centro permanente de cultura, no logramos en aquella época, como hubiéramos querido, separar a la Biblioteca Nacional del servicio de biblioteca pública. Creo que tampoco se ha logrado ahora y esa era una de las situaciones complejas, el talón de Aquiles de esta institución, porque cuando conseguimos que se abriera la biblioteca que estaba funcionando en el antiguo Lyceum de Calzada y calle 8, pensamos que la función de biblioteca pública sería asumida por esta, y que este centro iba a ser lo que tenía que ser, una Biblioteca Nacional como lo soñó, por ejemplo José Antonio Ramos. Yo, mucho antes de ser director, me leí las memorias de Ramos y desde entonces sufrí un tanto con él todo lo que padeció como técnico bibliotecario tratando de convertir la Biblioteca Nacional en un lugar verdaderamente científico.

Posteriormente tuve la suerte de dirigir esta institución, y de trabajar aquí con muchos investigadores importantes de entonces, ya mencioné a Juan Pérez de la Riva y podría mencionar a otros muchos más, técnicos y asesores, algunos todavía en la Biblioteca Nacional, y junto con ellos garantizar una presencia cultural dinámica. Estoy pensando perfectamente ahora en esa conjunción de la música llamada clásica y la otra llamada popular que representaban en aquella época Alberto Muguercia y Carlos Fariñas. Ambos, junto con otros especialistas, permitieron que la Sala de Música no terminara su función en el servicio al público, pues durante varios años se montaron allí importantes seminarios o ciclos de música tradicional, como los auspiciados por Muguercia. También se realizaron conferencias magistrales sobre temas y figuras del arte y la literatura que convirtieron a la Biblioteca Nacional en un lugar intelectualmente muy relevante por las conferencias de Eliseo Diego, Fina García Marruz; algo que no sé por qué no se hace en la actualidad: “El autor y su obra”. Recuerdo en este sentido la memorable noche con Eliseo Diego, la noche con Ángel Augier, con Onelio Jorge Cardoso, Regino Pedroso, entre otros. Todas estas intervenciones se publicaban después en la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Por supuesto, esto se había iniciado antes de mi llegada, no sé exactamente cuándo.

El paso por la Biblioteca Nacional es una experiencia muy importante para cualquier intelectual cubano, porque no es lo mismo venir a trabajar a ella como un investigador de vez en cuando a tener que administrar los fondos, a tener que pensar por ejemplo en lo que se debe ofrecer al público y lo que se puede perder por falta de una conservación adecuada, cuando se le ofrece por falta de una conservación adecuada y, al mismo tiempo, manejar lo que se manejaba en aquella época, no olvides que estoy hablando de un momento en que en la Biblioteca Nacional había alrededor de trescientos trabajadores, pero al mismo tiempo había una relación muy estrecha administrativamente con más de mil.

Hubo momento en que logramos en que en la institución hubiera más de cien insertados de la Universidad de La Habana y más de cincuenta de la escuela de técnicos bibliotecarios.

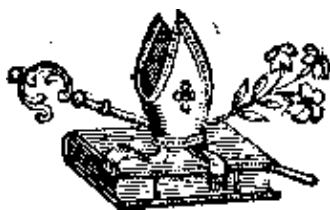
Creo que lo principal que nosotros no logramos aquí, tanto como hubiéramos querido, fue preservar todos los fondos en el momento y de la forma en que se requería ya en esa etapa histórica.

La labor con los niños fue en esa época muy gratificante tanto en la Biblioteca Nacional como en el resto de las bibliotecas del país. Por ejemplo, las clases de dibujos que se brindaban, los concursos de pintura y la participación de nuestros niños en eventos internacionales, algunos de los cuales ganaron premios y reconocimientos en Japón, la India, Francia, entre otros países. Unos cuantos libros publicados fueron ilustrados por los niños con temas patrióticos, históricos, artísticos...

Estas son cosas que deseo apuntar y como apunté al principio, todo me hace pensar que, naturalmente, no sólo me permitió dirigir personas, sino también conocer los fondos bibliográficos, tener una idea de lo que significaban y tratar de hacer cada vez más el trabajo de un modo científico. No quiero ser melancólico por lo que hice en aquella época, porque lo que realmente estás recordando no es la tarea en sí, sino la juventud de entonces, y te pones contento por lo que estabas haciendo en ese momento. Vale la pena recordar, no tengo duda de su importancia, por la significación de la experiencia adquirida, aunque hay una determinada tendencia después de veinte años a la nostalgia.

En aquella época el mundo era diferente, y por lo tanto lo que aconteció fue parte de los empeños por lograr resultados, y puede explicarse lo que logró, tal

vez no como se hubiera deseado. Cuarenta años después no estamos ya en esas condiciones. Nuestra Biblioteca no es tan vieja como la Biblioteca San Martín del Perú, por ejemplo, pero es más antigua que otras, como la de República Dominicana, que nada más tiene treinta años, pero al mismo tiempo la Biblioteca Nacional de Cuba no es la de 1959. El mundo ha cambiado extraordinariamente y en él se ha insertado la institución con cambios que podrán conservar y poner a disposición del país la memoria de Cuba, siempre y cuando exista una voluntad colectiva para lograrlo.



Período interino de Olinta Ariosa



1921 - 1999

La doctora Olinta Ariosa¹³⁹ se había destacado también antes de 1959 por su labor en pro de las bibliotecas públicas, sin embargo, no fue de las que integró el equipo de trabajo formado por la doctora Freyre de Andrade desde la Biblioteca Nacional. La doctora Ariosa primeramente dirigió la biblioteca de la Academia de Ciencias y más tarde realizó una meritoria labor al frente de las bibliotecas escolares cuando ocupó la dirección de ellas desde el Ministerio de Educación. Posteriormente asumió la Dirección Nacional de Bibliotecas, posición desde la que, interinamente, dirigió la Biblioteca Nacional. Su gestión fue muy significativa, pues aceleró una de las necesidades de las cuales la institución pedía a gritos: una estructura que estuviera más acorde con la época y los cambios que se estaban viviendo en nuestra sociedad.

La presencia de la doctora Olinta Ariosa al frente de la Dirección Nacional de Bibliotecas no ha sido subrayada en toda su dimensión, pues después de la doctora Freyre de Andrade no hubo, un verdadero bibliotecólogo a ese nivel.

Período del doctor Julio le Riverend: 1977-1988



1912-1998

El 2 de diciembre de 1977 el doctor Julio Le Riverend fue presentado por el ministro de Cultura, doctor Armando Hart, como el nuevo director de la Biblioteca Nacional. Conocido ampliamente como prestigioso historiador, había ocupado altos cargos en la Academia de Ciencias de Cuba; fue también por un tiempo, director del Archivo Nacional. Al ocupar el cargo en la Biblioteca, restablecía la tendencia de la vinculación y formación profesional o por vocación de los directores con la historia, como lo habían sido Domingo Figarola Caneda y Francisco de Paula Coronado. Sidroc Ramos había iniciado la de los directores poetas, continuado por Luis Suardíaz, ahora Le Riverend seguía el mismo camino como un director de formación verdaderamente historiográfica.

Al poco tiempo de ocupar tan alto puesto aplicó la nueva estructura que reorganizaba la institución en los siguientes departamentos: Investigaciones Bibliotecológicas y Metodológicas, Selección y Adquisición, Procesamiento Técnico, Fondos Bibliográficos, Servicios al Público, Investigaciones Histórico-Culturales, Ediciones y Conservación, Juvenil, Investigaciones Bibliográficas, Información para la Cultura y el Arte, Circulante Extensión Bibliotecaria, Economía, Personal, Cuadros y Capacitación, Mantenimiento y Servicios Generales.

En virtud de esta reorganización el Departamento de Investigaciones Bibliotecológicas y Metodológicas surgía como uno de los más dinámicos, pues

era el encargado de orientar metodológicamente al resto de las bibliotecas del país, partiendo de la experiencia de la Biblioteca Nacional que se tornaba una vez más, centro piloto en este campo. Al frente se nombró a la licenciada Miriam Martínez, quien fue a partir de ese momento el brazo derecho de Le Riverend.

La anterior relación, expresada así, de forma enunciativa, está muy lejos de reflejar la verdadera importancia de dicha estructura, pues el cambio operado no fue únicamente conceptual, sino también de locales al fundirse la parte de Información de Humanidades que formaba parte del Departamento de Hemeroteca con el equipo compilador la bibliografía nacional y con el que hacía lo mismo en el campo de la ciencia y la técnica, creándose de este modo el Departamento de Investigaciones Bibliográficas.

Fue también el momento en el cual se decidió aplicar la Norma Cubana de Descripción Bibliográfica y otras que se estaban adecuando y aplicando, como consecuencia de la participación de la Asociación Cubana de Bibliotecarios, y representantes de la Biblioteca Nacional en los congresos anuales de la Asociación Internacional de Federaciones de Bibliotecas (IFLA). Anteriormente, también se había orientado el cambio del sistema de clasificación Dewey por el de la BBK, de la Biblioteca Lenin. En este sentido, la Biblioteca Nacional no inició ese proceso en sus fondos, aunque se orientó hacerlo a otras bibliotecas. La mayoría inició ese cambio sistémico en el campo de la filosofía, pero por diversas causas, esa línea de trabajo no fue secundada por todas las bibliotecas, aunque en la Biblioteca Nacional se aplicó totalmente en la clasificación de los libros que aparecían registrados en la *Bibliografía Cubana*. En este punto me parece conveniente subrayar que como sistema de clasificación no considero a la BBK superior o inferior a otros sistemas de clasificación, pero sí me parecía inadecuada su aplicación teniendo en cuenta nuestra tradición y el volumen de obras ya clasificados por el Dewey. Donde se aplicó totalmente, en el repertorio bibliográfico ya citado, el error consistió en que se tomó la clasificación de la BBK, sus encabezamientos temáticos, y no se le colocó la numeración o código de clasificación correspondiente a las diversas materias de los documentos registrados en la compilación, por lo que quienes no estaban habituados a trabajar con esa forma peculiar de dicho sistema de clasificación, lo encontraban engorroso, y carente de un orden alfabético en los encabezamientos temáticos, por la razón ya expuesta.

Las actividades se incrementaron de modo notable en los primeros cuatro años; de acuerdo con los datos existentes de 1978 a 1981 se efectuaron más de setenta exposiciones, y se brindaron un total de más de 170 conferencias y charlas, sin incluir los cursos y seminarios. Ayudaron al aumento de estos renglones la creación y sistematización de las actividades de la Tribuna Enrique José Varona y de la Cátedra María Villar Buceta. Los conciertos y ciclos musicales continúan atrayendo un gran público al teatro de la Biblioteca Nacional.

En este período se mantienen los viajes de intercambios con los países socialistas, y a las sedes donde se efectuaban los congresos de IFLA.

Fueron relevantes las celebraciones por el 80 aniversario de la Biblioteca Nacional en 1981. Por tal motivo se pasa revista a todo lo que es destacable en la institución. Con ese fin se confeccionó una cronología desde la fundación hasta 1981, pero que solamente se dio a conocer en la *Revista de la Biblioteca Nacional* hasta 1959. De igual modo se confeccionó una *Bibliografía de la Biblioteca Nacional* más abarcadora cronológicamente.

En una entrevista efectuada en torno al ochenta aniversario de la Biblioteca, el propio Le Riverend enfatizaba en lo que para él había sido significativo en su gestión, además de destacar la importancia del centro en la cultura cubana:^{139a} “[...] inserta hoy en el ingente desarrollo de la construcción del socialismo, constituye uno de los elementos propulsores de la universalización de la cultura [...]”.

Le Riverend apuntó un hecho interesante al decir que: “En principio hay que señalar que fueron intelectuales comunistas, personalizados en María Villar Buceta y José Antonio Ramos, los que sentaron las bases de una organización técnica de los fondos de la Biblioteca y de nuestras bibliotecas en general en la década de los años treinta”.

En esa ocasión Le Riverend emitió un criterio que hirió la sensibilidad de muchos bibliotecarios de la Biblioteca Nacional, pues estimó que:

Era ya imposible que la Biblioteca se reiterara como una confederación de timbiriches donde no había una constitución federal escrita. Un ejemplo, el Departamento de Arte, el de Ciencia y Técnica, el de Colección Cubana, catalogaban y clasificaban con normas propias. Cada cual hacía un poco lo que le parecía y además existía Cataloga-

ción y Clasificación, un departamento con treinta trabajadores. Al principio esto quizás fue hasta necesario, pero ya al final constituía un freno.

Realmente esa necesidad específica de los departamentos especializados había surgido por el divorcio que existía entre el Departamento de Catalogación y Clasificación y las demandas informativas que presionaban los procesamientos de los departamentos bautizados como federales o timbiriches y la realidad sociopolítica.

Una muestra de esta problemática ocurrió cuando se indizó un cuento escrito por un autor pakistaní. Como históricamente Pakistán era un territorio que formaba parte de la India cuando se hicieron los sistemas de clasificación, todo lo que viniera de la literatura de ese país se debía clasificar como de Literatura Hindú. Algo similar se puede expresar a la hora de clasificar la poesía de Aimé Cesaire, poeta martiniqueño, que aparece clasificado como poeta francés, sin tener siquiera la adición de la letra del país de nacimiento delante de la signatura correspondiente de la literatura francesa, como ocurre con las literaturas de expresión castellana, donde poesía española es 861, y la cubana Cu 861.

Obviamente, los sistemas de clasificación se crearon sin tener en cuenta los cambios constantes de la geografía política y de las culturas pertenecientes a esas zonas, ocasionados por los movimientos de liberación de los territorios considerados colonias y a los cuales se les había impuesto una visión eurocéntrica del mundo. De haber sido más dialéctico el Departamento de Catalogación y Clasificación no se hubiera quedado rezagado ante las nuevas problemáticas técnicas, sociales y culturales que se reflejaban primeramente en los textos aparecidos en la prensa periódica y por lo tanto tenían una incidencia casi inmediata sobre los servicios informativos, no sólo de la Biblioteca Nacional. Es decir, que las respuestas particulares de algunos de los departamentos hay que verlas como el resultado de la expresión objetiva de las leyes dialécticas que rigen los fenómenos sociales, y no como simples caprichos e iniciativas individuales.

En el renglón de usuarios y servicios las cifras se comportaron de la siguiente manera:

AÑO	USUARIOS	SERVICIOS
1978	318 452	335 734
1979	289 200	315 500
1980	295 448	383 635
1981	321 635	444 949
1982	309 400	461 800
1983	324 000	450 000
1984	334 700	496 300
1985	317 001	499 000
1986	338 100	452 000
1987	313 400	425 100
TOTAL	3 161 336	4 264 018

No es difícil percatarse del monto mayor de servicios en comparación con el número de usuarios, aunque en ambos indicadores las cifras no siempre presentan un crecimiento mayor de un año en relación con el anterior o el siguiente.

En la *Revista de la Biblioteca Nacional*¹⁴⁰ comenzaron a publicarse reseñas, artículos y ensayos acerca de los repertorios bibliográficos que llegaban a la Biblioteca, así como sobre la obra de determinados bibliógrafos o aspectos del desarrollo de las diferentes clases de bibliografías.

Bibliotecas continúa su circulación y da a conocer importantes aspectos del trabajo técnico, así como el análisis sobre la marcha del trabajo en la Biblioteca Nacional.

Se dan a conocer importantes compilaciones: *Biobibliografía de Alejo Carpentier*,¹⁴¹ *Biobibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*,¹⁴² *Biobibliografía de José Soler Puig in memoriam*,¹⁴³ *Bibliografía selectiva de Salvador Bueno*,¹⁴⁴

*Bibliografía de temas afrocubanos,*¹⁴⁵ *Bibliografía Onelio Jorge Cardoso in memoriam.*¹⁴⁶

Los adiestramientos de los alumnos de la escuela de nivel medio para la formación de bibliotecarios, se ampliaron con los alumnos universitarios de la carrera de Información Científico-Técnica y Bibliotecología, quienes han sido tutorados por especialistas en sus ejercicios de curso, o de diploma.

Tradicionalmente y como parte vital del trabajo bibliotecológico, se habían realizado investigaciones tendientes a conocer el movimiento de los fondos, los intereses de usuarios, la evaluación de las colecciones, la promoción de la lectura, entre muy otros variados aspectos, como la formación profesional, el empleo de las nuevas tecnologías... Estas investigaciones se debatían en los diferentes eventos, encuentros, talleres y seminarios que se efectuaban regularmente como un buen exponente del desarrollo existente.

En la Biblioteca Nacional se le daba atención a estas tareas, pero no el mismo tratamiento que se le había dado a las investigaciones histórico-culturales. Esto se ejemplifica de manera concreta de la forma siguiente. La línea de pesquisas sobre la historia, la literatura, la música y las artes plásticas, a partir de la estructura aprobada y aplicada por Julio Le Riverend, se organizaba desde el Departamento de Investigaciones Histórico-Culturales, en el cual las plazas debían y estaban ocupadas por investigadores categorizados como tales y de probado prestigio. Las investigaciones más vinculadas con las actividades bibliotecológicas y bibliográficas se ejecutaban por bibliotecarios propiamente dichos desde el Departamento de Investigaciones Bibliográficas y el de Investigaciones Bibliotecológicas y Metodología, sin que se les reconocieran categorías de investigadores, ni tenían los salarios establecidos para estos, acordes con las diferentes categorías: aspirante, agregado, auxiliar y titular. Esta situación no fue solucionada hasta el siguiente período, pero caracteriza parcialmente la gestión del doctor Julio Le Riverend, al igual que su larga permanencia en la dirección. En este sentido se retomaba la peculiaridad de los primeros directores, quienes permanecieron en el cargo más de diez años.

Período de la doctora Marta Terry: 1988-1997



1931-

Con el nombramiento de la doctora Marta Terry ocupaba por segunda vez la dirección de la Biblioteca Nacional una bibliotecaria, formada profesionalmente y que además, había estado al frente de la Biblioteca de la Casa de las Américas por muchos años.

Hubo una reestructuración departamental y se ampliaron entonces las subdirecciones, que hasta ese momento habían sido la económica y la técnica. Las subdirecciones quedaron del siguiente modo: Metodológica, Procesos Técnicos, Servicios, Económica. Cada una de ellas debía atender los departamentos afines, y el personal de los departamentos o funciones que pasaban a otros, fueron reubicados.

Uno de los cambios más visibles radicó en la reorganización de los fondos. Si María Teresa había cambiado el Sistema de Clasificación Decimal Universal, adecuado por José Antonio Ramos a nuestras necesidades, la doctora Terry llevó a la práctica un viejo proyecto de organizar los fondos por orden de llegada de los documentos, es decir, siguiendo un orden consecutivo. Esto se aplicó a los libros, fundamentalmente. Una de las motivaciones para esa ordenación radicaba en las quejas perennes de los encargados de hacer las corridas de los libros en los estantes para ampliar espacios a las nuevas obras que se incorporaban a las diferentes clasificaciones usuales. Para ello primeramente se bloqueó todo posible espacio entre las colecciones ya clasificadas y ubicadas en sus estanterías. Las nuevas adquisiciones se fueron colocando del modo previsto, es decir por el orden de llegada, aunque en el catálogo aparecieran también por los aspectos temáticos más relevantes del documento, y se llevara una ficha también con la

clasificación al uso para poder determinar en cualquier momento cuántos documentos existían localizables por el fichero topográfico de tal o más cual materia.

Al principio la doctora Marta Terry trató de llevar a cabo tres proyectos que desde hacía tiempo se estudiaban y que era de urgencia su realización: la climatización de los fondos, la automatización de los procesos y los servicios, y la microfilmación de las colecciones más importantes, como un modo de preservar y conservar los documentos originales y dar un servicio más eficiente. Obviamente, el inicio fue muy esperanzador, pero la entrada del país en el período especial determinó la paralización de esos proyectos momentáneamente.

La falta de financiamiento para sufragar los gastos de estancias y viajes fue el elemento fundamental que interrumpió el asesoramiento y las visitas metodológicas a las bibliotecas públicas de las provincias, y por lo tanto todo lo que se había avanzado en cuanto a la uniformidad de los procesos, a la aplicación de las normas establecidas se vio afectado.

Las ediciones propias de la Biblioteca prácticamente desaparecen. Deja de circular la *Revista de la Biblioteca Nacional* y no pueden ver la luz la *Bibliografía Cubana*,¹⁴⁷ ni el *Índice General de Publicaciones Periódicas Cubanas*¹⁴⁸ a pesar de que se siguieron compilando; la *Bibliografía del Asalto al Cuartel Moncada*¹⁴⁹ es una de las pocas que se publica en los primeros años de este período. Comienza la creación de bases de datos; y el disco compacto *Cultura cubana*¹⁵⁰ es uno de los esfuerzos técnicos y comerciales que se obtienen. Se imprimen con muchas dificultades el suplemento de la *Bibliografía de temas afrocubanos*,¹⁵¹ y el de Fernando Ortiz.¹⁵² Realmente este fue un momento muy lamentable en cuanto a la impresión de títulos de bibliografías y otros impresos por parte de la Biblioteca Nacional. Pero de ningún modo significó que el trabajo se detuviera, sino más bien, el número de compilaciones aumentó considerablemente como se demuestra por las obras mecanuscritas o en bases de datos preparadas en este período: *Biobibliografía de Mario Rodríguez Alemán*,¹⁵³ *Biobibliografía de Loló de la Torriente*



Brau,¹⁵⁴ *Biobibliografía de Antonio Maceo*,¹⁵⁵ *Bibliografía de Bibliografías Cubanas 1959-1999*,¹⁵⁶ no puede pasarse por alto el intento de actualización de la *Bibliografía Cubana*, de Trelles,¹⁵⁷ labor emprendida por diplomantes de la carrera de Información Científico- Técnica y Bibliotecología que contó con la tutoría de diferentes especialistas de la Biblioteca Nacional, entre otros esfuerzos investigativos.¹⁵⁸ La única publicación periódica que se pudo mantener con una salida más o menos regular fue el boletín, posteriormente revista *Bibliotecas*.¹⁵⁹

Los vínculos con IFLA se hacen más fuertes, pues Miriam Martínez, Marta Terry, Emilio Setián, entre otros, integraban secciones de esa organización. Esa presencia propició la celebración del 60° Congreso de IFLA en 1994 en nuestro país. Sin duda alguna, fue un hecho muy significativo para los bibliotecarios: por primera vez pudieron asistir de forma numerosa, ya que por las restricciones económicas, la participación de Cuba había estado limitada a la presencia de Marta Terry, como presidenta de la Asociación Cubana de Bibliotecarios (ASCUBI), Miriam Martínez por la Biblioteca Nacional y uno o dos especialistas en cada encuentro anual, de acuerdo al financiamiento que se encontrara por parte de IFLA. Posteriormente comenzaron a recibirse algunas de las donaciones y promesas contraídas de manera oficial y/o personal por instituciones y delegados individuales para el envío de computadoras y otros materiales necesarios para el mejoramiento de los servicios de la Biblioteca Nacional y de las bibliotecas públicas del país. De ese modo se trató de combatir y hacer frente al período especial que ya se había hecho presente desde finales de 1990.

Igualmente se había orientado por diferentes instancias oficiales del Gobierno y de los sindicatos nacionales, el cobro de determinados servicios, cursos y asesoramientos, con el objeto de ayudar al autofinanciamiento de algunas actividades de la Biblioteca. Por tales razones se organizaron programas de cursos de postgrados nacionales e internacionales, los cuales no tuvieron todo el resultado esperado por no utilizarse las estructuras ya existentes. No obstante el incremento de la crisis económica que daba origen al período especial, se mantuvieron a un ritmo satisfactorio las actividades usuales de la Biblioteca: exposiciones, conferencias, ciclos, conciertos, mesas redondas.

El movimiento de usuarios y servicios se comportó del siguiente modo tomando también el último año de Le Riverend:

AÑO	USUARIOS	SERVICIOS
1987	313 400	425 100
1988	275 000	491 200
1989	362 000	513 100
1990	-	-
1991	265 923	437 636
1992	177 881	339 584
1993	190 707	243 032
1994	125 671	192 831
1995	-	-
1996	-	-
1997	111 992	-
1998	139 339	267 162

No se encontraron fuentes estadísticas de 1990, 1995 y 1996, ni de los servicios en 1997.

Otro aspecto del espacio bibliotecario que se agudizó extraordinariamente entonces fue el servicio al público. En este sentido las quejas siempre habían existido, pero ahora llegaron a un nivel de dominio público que por momentos recordaban algunos de los artículos que antes de 1959 reclamaban más atención oficial para la Biblioteca y un mejor servicio para los lectores. Los artículos periodísticos transmitían las demandas de algunos usuarios.

Los cortes eléctricos ocasionaron no pocas interrupciones en los servicios, y la disminución de los horarios nocturnos. La Biblioteca Nacional comienza a funcionar únicamente hasta las seis de la tarde, y se deja de laborar los domingos por la mañana, aunque su trabajo interno continuó realizándose arduamente.

No cabe duda de que fueron años muy duros para todo el país y que la mayoría de los sectores de servicio fueron muy afectados. La Biblioteca Nacional y la Red Nacional de Bibliotecas Públicas sufrieron una disminución muy grande en esa área, y la paralización de acciones que todavía afectan el buen funcionamiento de la actividad bibliotecaria.

*Testimonio de la doctora Marta Terry*¹⁶⁰

Nunca fue mi aspiración, ni mi intención y mucho menos mi ambición ser la directora de la Biblioteca Nacional. Esa designación me llegó en un momento muy difícil de mi vida; pienso que la responsabilidad del cargo me ayudó a salir de mis preocupaciones personales. Pensaba retirarme, ya que me encontraba muy descompensada por la muerte de mi marido. La función que asumí ayudó a recuperarme física y emocionalmente, pues no podía pensar en otra cosa que no fuera la Biblioteca; había que dedicarse a ella en cuerpo y alma, eran muchos los proyectos que debían acometerse para lograr el sueño tan anhelado de que la Biblioteca Nacional diera el salto cualitativo en el procesamiento de los documentos, servicios al público y, conservación y preservación de las colecciones. La posición que ocupé me dio la posibilidad de ver el mundo de las bibliotecas desde otro ángulo, apreciar los problemas generales de las bibliotecas y los particulares de cada biblioteca, y ver que le toca a una tratar de resolverlos.

Mucho después me percaté de algo que no tuve muy en cuenta entonces: ser directora de la Biblioteca tenía y tiene una significación social muy relevante. Llevé diez años en esa posición y a la vez tratando de que toda la red de bibliotecas del país se desarrollara al unísono. La Biblioteca Nacional fungía también como centro metodológico de toda la nación.

No estoy satisfecha con mi actuación, tenía muchas ideas, proyectos, pero nada se pudo hacer. No creo que todos los problemas que tuvimos en nuestro campo fueron consecuencias del período especial. Hubo incompreensión por parte de las personas que debían tomar decisiones; pienso que se estimó que con nombrar a una persona para ese cargo era suficiente. En realidad faltó el apoyo y la visión de lo que debía hacerse en las bibliotecas y en particular en la Biblioteca Nacional. La crisis del período especial fue un momento terrible para la historia del país.

Los proyectos que debieron desarrollarse y que comenzaron con mucho entusiasmo no pasaron de sus primeras fases. Los tres principales fueron la automatización de los procesos y de los servicios al público, la climatización y la microfilmación. Pero todo se detuvo, la falta de financiamiento como consecuencia de la crisis mató todos los planes, y cortó la comunicación con las provincias, y la parálisis de todo el trabajo metodológico, de la guía que debían seguir todas las bibliotecas en sus tareas y funciones con vista a lograr una uniformidad técnica en el procesamiento de la información.

De los proyectos mencionados el que más se adelantó entonces fue el de la climatización, pero su puesta en marcha requería recursos que no se tenían.

La automatización avanzó de forma visible. Su uso posibilitó en gran medida la comunicación tan necesaria para la preparación de la reunión de IFLA en La Habana, entre otros renglones. Hasta ese momento los dos medios más usuales entre los miembros de IFLA eran el fax y el teléfono. No teníamos suficiente dinero para afrontar los gastos requeridos, y por eso se empleó el correo electrónico y surgió la idea de crear un sitio IFLA en Internet, IFLAnet.

Puedes resumir, diciendo que traté de hacer lo que pude, y como bien me dijo Pacheco en una conversación ante mis quejas de que muy poca cosa podía hacer, al menos había logrado mantener la Biblioteca abierta, y eso, para entonces, pienso ahora, realmente era algo muy importante.



Período del licenciado Eliades Acosta: 1997 -



1959 -

En septiembre de 1997 tomó posesión como nuevo director de la Biblioteca Nacional, el licenciado Eliades Acosta. Con él se continuaba la tradición de la presencia de historiadores en ese alto puesto. Probablemente el más joven de todos los que le precedieron a la hora de asumir esa responsabilidad; venía con una muy justa fama de iniciador, promotor, animador de actividades intelectuales, de investigador, y conferencista tal como se puede apreciar durante el tiempo que fue presidente del Ateneo de Santiago de Cuba.

Su llegada a la dirección fue recibida con alegría por algunos, con escepticismo por otros. Físicamente se asemeja en algo a un posible Francisco de Paula Coronado joven, pero por suerte no está imbuido como aquel en su época de la idea de hacer un sistema de clasificación decimal, sino de hacer de la Biblioteca Nacional una institución acorde a los tiempos que vivimos en cuanto al empleo y uso de las tecnologías más avanzadas, hacer que retome algunos de los espacios perdidos en cuanto a ser un centro no sólo atesorador, sino difusor de información y cultura, a la vez que sea un espacio donde las problemáticas de la profesión y otras de nuestra sociedad contemporánea tengan el marco apropiado para su debate.

El nuevo director asumió el cargo en una coyuntura más propensa a materializar proyectos que en la anterior, aunque no exenta de obstáculos y contratiempos para la consecución rápida de tales objetivos.

La reanimación general, económica y cultural por la cual transita nuestro país en estos momentos, ha ocasionado que se le dedique atención a la Biblioteca

Nacional por parte del Ministerio de Cultura, además de que en virtud del incremento de los contactos bilaterales, entre instituciones extranjeras y la institución se han obtenido donaciones y logrado algunas posibilidades de publicar que no son ya proyectos, sino realidades, como la aparición de las entregas de la *Revista de la Biblioteca Nacional* pertenecientes a 1999 y al 2000, 161 así como la reaparición de algunos años retrospectivos de la *Bibliografía Cubana*.¹⁶²

Si bien es cierto que ya con la doctora Marta Terry se habían dado pasos para la automatización de determinados servicios y procesos, gracias a la llegada de donaciones anteriores y otras logradas más recientemente, todos los departamentos de la Biblioteca Nacional cuentan con computadoras, que permiten el acceso a internet de los diferentes especialistas necesitados de ese uso; asimismo el número de boletines y revistas en soportes electrónicos ha aumentado;¹⁶³ de este modo se agiliza y se facilita como nunca antes la información a los bibliotecarios y documentalistas de toda la Red Nacional de Bibliotecas Públicas. De igual modo se procesan ya por esta vía muchas funciones, como las de diseño, edición, búsquedas informativas, confección de estadísticas, de las nóminas salariales...

Los viajes al exterior se han posibilitado por diversas razones: intercambios culturales, de experiencias laborales, entrenamientos, cursos de actualización, o de perfeccionamiento en determinadas áreas. Por algunas de las razones expuestas en el párrafo anterior, algunos especialistas han sido enviados a realizar labores de asesoramiento, entrenamiento, o de superación profesional a bibliotecas extranjeras como las de República Dominicana, Guatemala, España y Estados Unidos.



Galería El Reino de este Mundo

Así como las de República Dominicana, Guatemala, España y Estados Unidos.

Aunque débil todavía, se nota una reanimación del movimiento editorial particular de la Biblioteca Nacional. Lo expresado se patentiza, entre otros ejemplos, en la aparición de los catálogos de las exposiciones de pintores cubanos y extranjeros, así como sobre diversas temáticas. Lo an-

Otro aspecto importante a destacar es el empeño en mejorar los servicios especializados que como Biblioteca Nacional la institución debe brindar. Con esa finalidad se llevó a cabo la categorización de los usuarios y su inscripción. Se le brinda prioridad a los investigadores, profesores y alumnos universitarios, así como a los estudiantes de las escuelas especializadas de nivel medio. Por supuesto, el acceso a la Sala Circulante, la Sala Juvenil y al Club Minerva se mantiene sin restricción. Es probable que la cantidad de usuarios y servicios se vea reducida en el futuro por la limitación señalada, como se puede inferir de las cifras de 1998 comparadas con las del primer semestre del 2001.¹⁶⁹

AÑO	USUARIOS	SERVICIOS
1997	111 992	
1998	139 560	269 005
1999	118 392	218 589
jun. 2000 - jun. 2001	100 657	262 632

Los datos fueron tomados de los Balances de la Biblioteca Nacional de los años 1998, 1999, 2000 y 2001.

El período de Eliades Acosta está en pleno proceso; no cabe duda que ha sido y es un momento de esperanza, de optimismo en el desarrollo de la Biblioteca Nacional, no exento de las limitaciones financieras que se hacen presentes también en otros sectores como el elemento básico. Dejemos que el propio director nos exprese sus consideraciones.

Testimonio de Eliades Acosta Matos¹⁷⁰

Creo que las personas de cultura o que por lo menos la gente que ha estudiado, que lee, siempre tiene una imagen de la Biblioteca en dependencia de la lejanía o cercanía que ha tenido de ella. En mi caso particular, como soy santiaguero, mis estudios en La Habana fueron de idiomas y, además, en 1976 y 1977, estábamos bastante alejados de esta zona de La Habana donde está la

Biblioteca Nacional. Estábamos en el reparto Siboney, en la Facultad Preparatoria Hermanos Díaz. Estudiábamos mañana y tarde y el tiempo libre que teníamos el sábado por la tarde, yo, al menos, no lo empleaba para visitar la Biblioteca Nacional, sino para dormir o pasear. Hay que tener en cuenta la edad, y saber lo importante que era para nosotros romper la monotonía de la beca en mis esporádicas visitas a La Habana. Además, estudié fuera del país y por lo tanto, tampoco tuve la oportunidad como estudiante universitario, de asistir a la Biblioteca Nacional, como hicieron muchos que estaban en la Universidad de La Habana.

Tenía una relación muy lejana con la Biblioteca, una relación más bien de respeto, de admiración. Sabía lo que significaba la Biblioteca y su revista, valga decir que uno de los acercamientos que siempre tuve a la institución fue a través de su revista, es decir, leyéndola. Luego tuve dos imágenes de la Biblioteca. La primera, los directores anteriores, sobre todo la del doctor Julio Le Riverend. No sé por qué razón su figura para mí fue casi un sinónimo de la dirección de la Biblioteca Nacional. Recuerdo que la propia aureola de Le Riverend como historiador respetado, de historiador eminente, de científico, de hombre de la cultura, contribuía desde lejos a hacerme una imagen de la Biblioteca como una especie de cumbre del conocimiento, de la cultura, de las letras en el país, al extremo que un hombre de ese calibre intelectual tenía un cargo de esa clase y que era además una especie de simbiosis en la cual el director y la institución se fecundaban y se prestigiaban mutuamente.

Yo no conocía prácticamente nada de la Biblioteca, sólo su ubicación y esa visión lejana y respetable. La segunda imagen que tenía era la de los investigadores de la Biblioteca Nacional constantemente participando en la vida científica del país y publicando. Recuerdo a una de ellas, a Zoila Lapique, y la presencia de ellos en diferentes eventos sobre antropología, literatura, historia. Leer algunos de sus trabajos y valorarlos contribuyó a realzar ante mis ojos a la Biblioteca. Luego, en 1985, hubo un intento de efectuar una larga investigación en la Biblioteca, pero ese proyecto no cuajó. En ese momento estaba en La Habana buscando trabajo, o mejor dicho, tuve una promesa para ello.

Renuncié a mi puesto en Santiago de Cuba y vine para acá, vivía muy lejos de la ciudad, en Barlovento, cerca de Jaimanitas. Pero congelaron las plazas y como no tenía realmente ubicación y entonces me encontraba escribiendo cuentos y, además, tenía la encomienda familiar de hallar una herencia de un tío que fue

cardenal y se llamó Gaspari Scott, irlandés, a la cual tenían derecho sus descendientes hasta de la quinta generación, que es la mía, en fin, que por todas esas razones pensé hacer uso de la Biblioteca investigando la verdad o no de esa herencia. Lamento infinitamente que la promesa de trabajo no cuajara, y la búsqueda de trabajo me absorbía más que lo otro, además las distancias en La Habana y el transporte eran bastantes complicados, y, como decía Martí: me solía faltar la monedilla que reclamaba con sus húmedas manos el barbero, de forma tal que coger una guagua atentaba en aquel momento contra mi economía familiar, personal, por lo tanto, tenía que medir muy bien mi desplazamiento de modo tal que fuera lo más práctico posible y sobre todo el tiempo lo dediqué a la búsqueda de un trabajo, porque lo otro era diversión. Por esa razón no se produjo aquel acercamiento a la Biblioteca Nacional, que hubiese sido excelente para poder haber arribado a conclusiones personales sobre ella.

Lo que me cogió más de sorpresa, más que el nombramiento fue la pregunta que me hicieron explorando mi disposición a asumir la dirección de la Biblioteca. Yo era el presidente del Ateneo de Santiago de Cuba y tenía un trabajo muy estable en la institución, después de haber fundado y restaurado su sede. Había estado un año reconstruyendo con mis manos un edificio en ruinas, que era la casa de Antonio Bravo Correoso, cuyo nombre lleva el Ateneo. Habíamos terminado la reconstrucción que había sido horrible en medio del período especial, sin recursos, habíamos logrado su inauguración y el Ateneo había comenzado su trabajo de promoción cultural de modo ascendente. Estábamos ya en la fase de disfrute de la obra, es decir la labor de promoción cultural expandiéndose y también con tiempo para escribir al menos, un día a la semana, así fue como pude escribir y terminar un libro sobre la Guerra Hispano-Cubano-Americana que desgraciadamente está inédito en Puerto Rico, porque el Presidente del Ateneo de Puerto Rico me lo había pedido para publicarlo, pero por razones de trabajo no ha podido aún hacerlo.

En aquel momento recibo una llamada telefónica del viceministro de cultura y mi amigo personal, Armando Méndez Vila, que estaba de visita en Santiago de Cuba y tenía una encomienda del ministro de Cultura, Abel Prieto. Debo decir que el Ministro había visitado el Ateneo y valorado lo que se había hecho; tengo también referencias que luego lo puso de ejemplo ante la UNEAC de Santiago, que en aquel momento no marchaba muy bien, tenía muchos problemas internos.

No participé en dicha reunión, pero parece que se consideró positivamente cómo se había trabajado para buscar soluciones ante las dificultades. Méndez Vila y yo quedamos citados en la oficina del entonces director de Cultura de Santiago, Francisco Miyares. En ese encuentro lo que Méndez Vila me planteó me sorprendió. Me dijo que el Ministro de Cultura quería conocer mi disposición para asumir la dirección de la Biblioteca Nacional. Recuerdo que le dije que la propuesta era tentadora, por esa imagen mítica que tenía de la Biblioteca desde lejos, por lo que significaba, por la posibilidad de rodearme de libros, y de gente que escribía libros y que organizaba libros, lo cual forma una parte importante de mi vida. También me estimulaban las posibilidades para preparar proyectos, realizar mi trabajo como historiador, como investigador, como escritor y la posibilidad también de, acabada una fase de mi vida en Santiago de Cuba, ir a otro horizonte; no tenía noción siquiera de la magnitud del problema ni el estado en que estaba la institución después de los años terribles del período especial y mucho menos del reto al que me enfrentaba. Pero tenía la confianza en mi propia fuerza, esa fuerza me la habían dado mis estudios universitarios y el haber construido con mis manos y haber echado a andar y poner floreciente al Ateneo de Santiago de Cuba; se puede alegar que no tenían proporción: una era pequeña y la otra no; pero después de nosotros haber tenido los innumerables obstáculos para restaurar esa joya, la casa, y poner a funcionar esa institución, ya no le tenía miedo a nada y asumí. Le dije solamente que tenía que pensarlo por los problemas familiares derivados de eso: un traslado hacia La Habana con la familia, dejar detrás a otra parte de mi familia, de la de mi esposa, los problemas de vivienda, los problemas prácticos, materiales. Me dieron una semana para la respuesta y obviamente la respuesta fue sí y aquí me tienen. Los retos eran mayores de los que yo pensaba y de los resultados, bueno, pues de ellos tendrán que hablar los que vengan detrás.

Hubo unos tres meses entre la propuesta, mi respuesta y el viaje a La Habana. En ese intervalo tuve tiempo para indagar sobre la Biblioteca y su estado real, por ejemplo, hablé con los bibliotecarios santiagueros, sobre todo con Miriam Morales, directora entonces de la biblioteca municipal Abel Santamaría, la exdirectora de la biblioteca provincial Elvira Cape, Inés Bravo y otros. Hablé también con bibliotecarios de otras instituciones pero que tenían relaciones y conocían la Biblioteca Nacional. Por Santiago estuviste y aunque no pude con-

versar contigo, hablaste con Marcia [Medina, directora del Ateneo y actualmente subdirectora de Promoción y Desarrollo]. Estuvo por allá Rafael Acosta Arriba, que fue a presentar un libro y me visitó. Creo que hacía poco acababa de salir de la Biblioteca y laboraba ya en el ICAIC. Me lo presentó un amigo de Santiago, un usuario de muchos años de la Biblioteca, un arquitecto, que luego he visto una o dos veces aquí. Con Rafael tuve largas conversaciones sobre la Biblioteca Nacional y sus problemas.

Cuando llego a esta institución tengo una visión un poco mayor que la que poseía al decir que sí en Santiago de Cuba, actitud bastante audaz, un tanto atrevida, pienso yo ahora, porque no tenía dominio de los detalles internos de la Biblioteca ni de su funcionamiento, ni de sus problemas reales. Y lo dije el primer día que me presentaron a los trabajadores en la sala de Hemeroteca, donde está hoy instalada la Sala para Débiles Visuales. Estaba en ese acto el entonces viceministro que atendía a la Biblioteca, Norberto Hernández, y la directora saliente, la doctora Marta Terry. Recuerdo que en aquella ocasión dije dos cosas que deseo subrayar al cabo de casi cuatro años que llevo aquí. Primero, que iba a dar todo mi esfuerzo personal y todas mis energías, toda mi capacidad de trabajo al servicio de la Biblioteca. Creo que eso lo he cumplido, los resultados se pueden discutir, pero será difícil negar que me he empeñado en cuerpo y alma en tratar de ayudar a la Biblioteca y hacerla salir de la situación deplorable que tenía, incluso postergando mi obra personal, mis intereses particulares. En segundo lugar, expresé y cité la famosa carta de Martí del 20 de octubre de 1884 a Máximo Gómez en la que le decía que lo único que tenía que proponerle para que se sumara a la etapa de la lucha que se iniciaba en Cuba era el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres. Es decir, que desde el mismo momento que me enfrenté por primera vez a los trabajadores, les expresé mi profundo convencimiento de que fuera mucho o poco el tiempo que pasara al frente de la dirección, sólo podría ofrecerles la misma idea que Martí le expresara a Gómez. Al cabo del tiempo se ha confirmado que eso era una premonición; no espero otra cosa que eso y lo digo con toda honestidad, no es una frase hecha, o sea, creo que el que pase por aquí tendrá momentos muy alegres, agradables como los he tenido en contacto con la memoria histórica de la nación, con los tesoros inmensos que guarda la institución, con una buena parte de su colectivo maravilloso, algunos, trabajadores de muchos años aquí, y los nuevos que se han

sumado, gente excepcional, a la medida del colectivo, pero como en todo colectivo humano habrá ingratitudes, incomprendiones, momentos desagradables y sufrimientos también; si me dicen que ponga en una balanza ambas cosas, el saldo es positivo, o sea, si yo me tuviera que ir mañana de la Biblioteca y hacer un balance de los años, no los cambiaría por nada; han sido para mí muy enriquecedores, me han dado miles de satisfacciones personales y de trabajo; he estado en el único puesto que aceptaría en esta ciudad y haciendo lo único que haría en ella: estar rodeado de libros y de gentes que se mueven en el mundo del libro y lo que he hecho al cabo de cuatro años, en buena parte lo haría de otra forma pero no con mejor entusiasmo, o sea, lo he hecho con honestidad y si me he equivocado, han sido los errores que todo el mundo tiene que cometer cuando está aprendiendo.

Lo primero que hice fue tratar de rescatar la dignidad de la Biblioteca y el espíritu de la gente de la Biblioteca; lograr sumar a la inmensa mayoría de los trabajadores y los cuadros para unidos trabajar por la Biblioteca; eso no lo encontré aquí, no es un mérito personal mío, en eso tiene que ver hasta la economía del país que empezó a levantar, pero creo que sí se ha logrado una química entre la gente y la dirección, y cuando hablo de dirección, digo dirección colectiva, a veces con desacuerdos, como es lógico que ocurra en todo conglomerado humano, pero hemos estado unidos en las verdes y en las maduras, en los momentos duros y en los momentos buenos. Creo que esa unidad, ese orgullo de trabajo en la Biblioteca, ese prestigio de la institución y esa elevación de la capacidad de luchar de la gente en la Biblioteca, en mi opinión, es lo mejor que se ha logrado en este tiempo y lo que va a garantizar en un futuro la salvación definitiva de la Biblioteca; todavía no estamos en esa fase, aún hay colecciones en peligro, hay condiciones inadecuadas de trabajo y hay un millón de retos que cumplir, porque desafortunadamente el tema de los recursos te hace ser más lento de lo que quieres o de lo que piensas, de lo que sueñas; ese sería el logro mayor, todo lo demás es derivado de eso. Si no se hubiera logrado eso, no se hubiera podido empezar a automatizar la Biblioteca, ni crear espacios nuevos, ni rescatar publicaciones, ni rescatar la calidad de los servicios, ni rescatar la cohesión del colectivo, o sea, eso es fundamental, la gente.

Dicen los chinos que el viaje más largo comienza con el primer paso; en cierto sentido lo que se ha hecho para automatizar la Biblioteca es ese largo viaje

que no culminará hasta que los catálogos no estén en línea, no estén en soporte digital para que los usuarios puedan acceder a toda la información que necesitan con rapidez y confiabilidad, pero eso va a demorar unos cuantos años, aunque se han dado pasos sólidos: hace apenas cuatro años aquí no había más de cinco computadoras, ahora son alrededor de cien y siguen llegando. Hace cuatro años no teníamos internet, ahora los departamentos y los especialistas que tienen necesidad de usarla lo pueden hacer; antes las computadoras no estaban en red, ahora sí, y ya en los departamentos se usa cada vez más la comunicación a través del correo electrónico que permite una comunicación más rápida con el extranjero. La red Binanet enlaza a todas las bibliotecas provinciales entre sí y con la Biblioteca Nacional. Ya la Biblioteca tiene su página web y posee algunas publicaciones electrónicas. Las listas de canje están ya en el sitio de la Biblioteca. Ahora tenemos un Departamento de Automatización con los servidores y con el personal calificado, con una visión clara de las funciones que se deben desarrollar y las perspectivas de crecimiento. No se puede pasar por alto el proceso de digitalización como una forma de conservar los documentos originales para facilitar su consulta a los usuarios. Creo que hemos dado el primer paso, pero como decían los chinos, faltan los otros.

En la Biblioteca Nacional la batalla por la superación se ganó. Ahora el problema está en irradiar ese espíritu de superación al resto de las bibliotecas del país. Partimos de una premisa: si la Biblioteca Nacional es el centro rector metodológico del Sistema de Bibliotecas Públicas de toda la nación, no puede estar más atrasada que las que debe orientar. Los poquitos recursos que nos llegaban por las vías de donativo de computadoras, o de dinero los hemos puesto en función para irradiar esa atmósfera, poner una meta y dar un buen ejemplo al frente del sistema.

No es menos cierto que a veces tenemos problemas con los donativos que muchas personas e instituciones nos hacen con la mejor intención y nobleza, y haciendo un gran esfuerzo para que la donación llegue a la isla, a veces lo que recibimos no siempre lo podemos usar de inmediato por no ser las tecnologías compatibles con las que se usan en Cuba o por otras múltiples razones. Pienso que realmente lo que ocurre no es un problema de los donantes, sino del país y de la institución. La Biblioteca Nacional no puede depender de donativos para desarrollar políticas, como tampoco puede depender del canje la política de crecimiento de colecciones,

y más cuando se canjea teniendo en cuenta los duplicados que se poseen. Una política científica en este sentido tiene que basarse en adquisiciones programadas, planificadas, teniendo en cuenta el completamiento de lo que le falta a la Biblioteca Nacional, no lo que le sobra a otras bibliotecas. Es posible que los libros y publicaciones periódicas, así como otros tipos de documentos, que sobren en algunas bibliotecarias universitarias del extranjero, sean los que nos falten a nosotros. Para el mejor desempeño en este punto es necesario que nos den presupuesto para la adquisición de documentos. Esto hay que entenderlo y hacerlo entender a quienes son los encargados de darnos ese presupuesto, al país, por decirlo de alguna forma, que la política de automatización de un centro como la Biblioteca Nacional tiene que tener el respaldo, aunque sea poco, pero sostenido y regular para poder ir dando pasitos y pasitos para garantizarlos. Por ejemplo, eso se ha logrado en la Biblioteca Nacional en una de sus áreas, la de Conservación. Por una decisión muy acertada del Ministerio de Cultura, la Biblioteca recibe una cantidad de dinero en divisas, no es mucho, pero el Consejo Nacional de Patrimonio lo otorga. En virtud de esa asignación la conservación en la Biblioteca Nacional no tiene la angustia para planear o seguir ejecutando los planes ya previstos en su área. Gracias a ese dinero se compró un densitómetro, su costo fue de unos tres mil dólares; pero con él se tiene garantizada la calidad de la microfilmación; el año que viene se va a garantizar el de la digitalización.

Se van dando pasos y pasos sostenidos sobre la base de un proyecto de desarrollo sostenido que en los próximos años y como consecuencia de esta política coherente con logros palpables, el resultado final será altamente satisfactorio. No se ha podido acometer un trabajo similar en el área de automatización, ya que lo que se ha hecho ha sido porque se ha conseguido un poco de dinero por aquí, otro poquito por allá, de que nos den un poco más en las inversiones y de donativos, a veces estos, sobre todo en computadoras, no nos resuelven el problema porque a veces son equipos ya realmente obsoletos, aunque en ocasiones también se utilizan. En este sentido el donativo nos permite practicar para cuando llegue el equipamiento nuevo.

Me solidarizo completamente contigo en que la Biblioteca es un medio y no un fin. No hace mucho le explicaba a alguien que en el primer mundo percibo una deshumanización de la profesión, una victoria de la tecnocracia sobre el humanismo. Un personaje como Borges dirigiendo una biblioteca ahora sería un

ridículo, o sea ese gran humanista que fue Jorge Luis Borges, ese hombre con una cultura enciclopédica, como un Lezama, que dirigió la Biblioteca Nacional de Argentina tanto tiempo y la prestigió con su sola presencia, sería un dinosaurio en ella, una persona que dudo que alguien se quitase el sombrero al verlo pasar; sin embargo, cualquier especialista estrecho en técnica de metadata sería una majestad a la cual reverenciar por los pasillos de IFLA, y digo IFLA, porque esta organización representa internacionalmente a la profesión. Quiero decir que se ha perdido para mal el sentido de que la biblioteca es un puerto al conocimiento, al saber, al humanismo, a hacer al hombre mejor y que debe revertirse todo eso para la mejoría de la sociedad, del propio hombre. En Cuba, por suerte no se ha perdido, pero sí en la mayoría de los países desarrollados; esto no quiere decir que no haya bibliotecarios muy cultos. Recientemente tuvimos un encuentro con las autoridades de mayor relieve en diferentes ramas de los Estados Unidos, por ejemplo David Block, Dan Hazen, Stanley Katz, Anne Kinney, esta última es la especialista de mayor renombre en digitalización, según los propios bibliotecarios estadounidenses. Pienso, y esto no es peyorativo, pero percibo, echo de menos a una cultura enciclopédica, a una cultural general, claro, eso forma parte de la vida moderna donde se debe saber mucho de algo, muy estrecho, y no saber algo de todo, como era el paradigma en el siglo XVIII del siglo XIX o del XX. Estamos ante una especialización muy estrecha de las profesiones y eso también se refleja en la bibliotecología. Pero creo que si el sentido humanista de la profesión se pierde, se pierde el norte, es decir, la orientación, la dirección y la razón de ser del bibliotecario que es ayudar a los demás a encontrar información para su vida, para su propio desarrollo. En el caso concreto nuestro no es una prioridad inmediata, pero creo que toda idea, todo proyecto, toda propuesta que refuerce el carácter humanista de la Biblioteca Nacional, que refuerce sus servicios a la cultura nacional, que refuerce su presencia en la vida intelectual del país, que ayude a que los bibliotecarios se superen, obtengan la titulación o eleven su nivel, tendrían todo el apoyo irrestricto de la dirección actual de la Biblioteca. Quiero decir que si bien esa idea no está entre las que estoy manejando de modo concreto en este momento, estoy en la mejor disposición de discutir esas ideas con quienes las quieran proponer.

Me ha dado una de las alegrías mayores que puedo recibir en este tiempo saber que Maruja Iglesias haya notado los cambios operados en la Biblioteca

Nacional y que valore de tal forma mi trabajo, porque ella es muy parca en elogios. y sobre todo que no me lo ha dicho a mí, sino a ti, lo cual comprendo y agradezco; no me gusta que ese tipo de cosas lo comenten conmigo. No soy persona que le gusta regodearse en lo que hace, pero que lo reconozca y valore Maruja Iglesias, que laboró aquí como subdirectora, en una de las etapas doradas del desarrollo de la Biblioteca Nacional, en los años de la década del 60, es para mí algo muy reconfortante.

Siempre va a existir una crítica. Se puede tener la biblioteca supermoderna, con sus colecciones bien catalogadas, clasificadas, fáciles de acceder, pero llega un usuario y solicita un título que en ese momento se está restaurando, y habrá una crítica y una situación frustrante para el usuario. Crítica va a haber, lo que tenemos que tratar en la Biblioteca es que las críticas sean comprensibles, no críticas injustificadas, o sea críticas que hubieran podido tener solución y que no la hemos encontrado nosotros mismos; si tú me dices los baños están sucios, eso no se justifica hoy; si me dices se tardan dos horas en traerme un libro, cosas que por suerte ya no pasa (hay demora, pero no de dos horas), nada de eso se justifica, como tampoco que alguien se queje por haber sido maltratado por un bibliotecario o porque se haya negado a darle determinada ayuda o servicio... Ahora bien, todavía hay muchas cosas que pueden ser criticadas, las tenemos muy claras y pesan mucho sobre nosotros, pero hay un conjunto de elementos que ocasionan que tales cosas ocurran, una verdadera vergüenza porque se pensaba que habían sido desterradas completamente y a veces suele ocurrir, como el hecho de que se pierda un bombillo en los fondos después del esfuerzo realizado para dotar de iluminación esas áreas que son donde están ubicadas las colecciones con las cuales se brinda servicio y que además se están climatizando también por la seguridad de esos fondos y de la institución. El robo de un bombillo demuestra que al pasado, como a Drácula, de vez en cuando hay que enterrarle la estaca de nuevo en el pecho para que no salga de la tumba, pero de vez en cuando te sorprende con un coletazo, pero no son situaciones que nos hagan consumir todo el tiempo de trabajo. Hace unos años sí, pero ya eso se resolvió, afortunadamente.

Los robos no tienen justificación posible; son el resultado de la unión de un grupo de factores indeseables todos; de los más connotados serían, primero, el descontrol y la desorganización interna; [...] aquí había un verdadero desbarajuste en la protección y en la organización del trabajo por la desorganización,

acentuada, en mi opinión, por la fluctuación laboral, por las condiciones inadecuadas de trabajo en los almacenes de la torre y en otras áreas de la Biblioteca, por la caída de la imagen social de la institución y de la profesión y pienso que el período especial hizo que la gente pensara más en el subsistir a costa de cualquier cosa y hubo gente que pasó el límite y llegó hasta el robo por la existencia de un floreciente mercado de contrabando fuera de las fronteras cubanas, en Miami, en España; por lo tanto, estaban las condiciones creadas para que se produjera la interacción entre el delincuente y el receptor; creo que también faltaba legislación, preparación del personal de aduana, etcétera.

Pienso ahora que todo eso no forma parte de la historia, sino de la prehistoria de la Biblioteca; hemos salido de una situación de menos cero. Considero que eso hay que olvidarlo lo antes posible, pero olvidarlo porque se ha resuelto, ya no es la situación actual. Puede ocurrir un hecho delictivo aislado pero las medidas tomadas han demostrado ser efectivas, la situación se ha controlado.

El segundo tema del cual me hablaste es el de nuestra Biblioteca en su función esencial de Biblioteca Nacional. Objetivamente la carencia de una red eficiente de bibliotecas públicas al principio de la Revolución, en particular en La Habana, hizo que el flujo creciente de usuarios se dirigiera a la Biblioteca Nacional en busca de las colecciones más actualizadas, más completas. Y se llega por esa necesidad a la política de puertas abiertas de la institución, una acción revolucionaria, fue una conquista del pueblo el ser dueño de su cultura, y tener acceso a las fuentes de esa cultura, es una cosa, y otra el maltrato, el desorden, la destrucción de los fondos por el acceso indiscriminado e injustificado. Somos los bibliotecarios los que tenemos que organizarnos para que la conquista alcanzada se mantenga y lo que es una aberración de la conquista se elimine. Rectificar esa política nos ha costado Dios y ayuda; basta hablar de lo ocurrido con el sistema de inscripciones de usuarios, fue el primer paso a escala global que se dio en el área de servicios. Yo he tenido que imponerme personalmente, junto con un grupo de compañeros, para que la inscripción triunfe. Se ha tenido que explicar muchas veces las razones por las cuales el sistema es necesario; se han recibido numerosas cartas, a las cuales hemos tenido que responder. Ha habido que demostrar que son injustificadas las quejas tanto como las medidas tomadas colateralmente. Llevo un récord de las inscripciones, lo reviso cada semana. En este momento hay más de nueve mil inscripciones, la inmensa mayoría estudian-

tes; hay una cantidad proporcional en descenso de los profesionales, y por último los investigadores. Estimo que la opinión pública es excesivamente sensible a todo lo que es orden, límite y disciplina. He recibido cartas en las que plantean que en el momento que se habla de la masificación de la cultura se limita el acceso a los estudiantes no universitarios o de enseñanza especializada, a los obreros, a los campesinos. He tenido que enviarles a estas personas no sólo encuestas donde más del 95% de los usuarios apoyan la medida, sino enviarles los datos estadísticos de las inscripciones que demuestran que las críticas no tienen razón, que se manifiestan por la desinformación que tienen estas personas. No hay una de ese conjunto que no haya recibido una exhaustiva información. También opino que es un defecto nuestro, ya que hacemos muchas cosas para rectificar las funciones de la Biblioteca Nacional y no las informamos de un modo más amplio. Por supuesto, lo hacemos teniendo en cuenta las peculiaridades de Cuba, porque nuestra Biblioteca Nacional es muy diferente a la de Holanda. Pero creo que ahora somos un poquito más Biblioteca Nacional que hace tres años.

Tienes toda la razón al enfocar que la solución final es o bien ramificar la red de bibliotecas públicas en La Habana o crear en la capital una gran institución paralela a la Nacional con carácter público, como la de Nueva York, que absorba la mayor parte de las demandas del público. La política que el país ha aplicado es la primera variante, no crear la gran biblioteca pública de la ciudad, sino acercar la biblioteca al barrio y reparar las nueve bibliotecas cerradas que hay en La Habana.

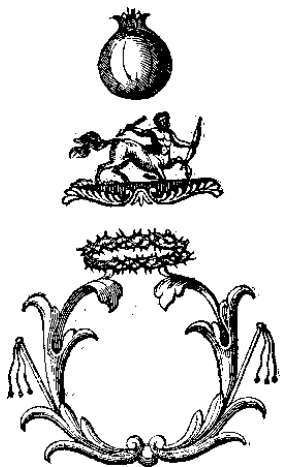
La efemérides del centenario de la Biblioteca es tan importante que todo lo que se ha hecho es insuficiente; si desde ese ángulo hay una crítica estoy de acuerdo, pero no con cualquier crítica que venga del que no sabe lo que estamos haciendo o del que cree teóricamente poderlo hacer mejor, pero que todavía no ha chocado con la realidad para hacerlo. Si me preguntaras si este aniversario de la Biblioteca merece el primer destaque en el país, yo diría que sí, pero desgraciadamente hay decisiones que no dependen de mí; el colectivo de dirección de la Biblioteca y yo estamos haciendo lo que está en nuestras manos para este centenario. Por ejemplo el Congreso de ACURIL [Asociación de Bibliotecas Universitarias, de Investigación e Institucionales del Caribe] fue dedicado al centenario de la Biblioteca Nacional. Hay una moción de ese congreso, aprobada unánimemente, felicitándonos por ese aniversario tan especial. Se va a acuñar

un sello de correo por tal motivo, dicho sello fue diseñado por la Biblioteca; se van a lanzar tres ediciones facsimilares de los fondos en la colección Centenario de la Biblioteca Nacional: cuaderno de poesía de Juan Francisco Manzano, *El libro de los amigos* de Lezama y el libro de viñetas de Boloña, en colaboración con el Instituto Cubano del Libro; también va a salir los *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional* que es un viejo anhelo en el cual has trabajado.

Sobre eso que tú reclamabas en cuanto a tener un espacio en la televisión, te diré que la Biblioteca Nacional tiene espacios regulares y también en la radio; hay un plan por el cual están pasando por ahí muchos compañeros de la Biblioteca a hablar de su trabajo, de todos los departamentos y de todas las subdirecciones, porque son las subdirecciones las que escogen quiénes van, es decir no es un plan central.

No hemos tocado una sola puerta por el centenario que no haya sido abierta. La semana pasada envié una larga carta a quince directores de medios de difusión, desde el presidente del ICRT hasta al director del *Tribuna de La Habana* explicándoles el significado del centenario y pidiendo todo su apoyo para la promoción. Le pedí a Lisandro Otero que escribiera un trabajo sobre el centenario; ya Salvador Bueno entregó uno para la revista. Hay un grupo grande de actividades de promoción, de divulgación, con la finalidad de darle su relieve, su destaque dentro de lo que es el propio centenario. Ahora bien, la filosofía que hemos llevado como tarea central es menos inversión en la celebración y más inversión en lo que queda, en lo que pueda mejorar las condiciones de trabajo de la gente, o de los usuarios. Debe verse dentro del centenario, por el centenario y para el centenario el hecho de que logramos un poco más de dinero para inversiones este año que lo tradicional del Ministerio de Cultura, e incluso que no se nos va a afectar de lo que nos hubieran dado para pagar la Agencia de Seguridad del Ministerio de Cultura. Por lo tanto, debemos ver en el centenario la mejoría de la primera planta, además, también en la Sala de Referencia que debe ser el primer servicio de Internet a los usuarios en la Biblioteca Nacional y todo el mejoramiento de las condiciones de trabajo de los referencistas; lo que se hizo en el área del Club Minerva; el acelerado fin de la climatización; se sigue trabajando para la reposición del mural de la escalera del piso uno al tres. Se van también a climatizar las dos alas de cubículos de la tercera planta, y recuperar varios de ellos para los investigadores; la ampliación del área de automatización;

creación y ampliación de espacios en general; estamos hablando a la vez de la recuperación de la política de microfilmación de los fondos de la Biblioteca y el mejoramiento de un grupo de áreas de trabajo con mobiliario. Lo que se ha hecho y se hace es para que quede para la Biblioteca; en ocasiones se gasta mucho dinero en una conmemoración de un día y al otro día volvemos a la miseria. “Vuelve el pobre a la pobreza, vuelve el rico a sus riquezas y el señor cura a su misa”, como dice Joan Manuel Serrat, o sea, que cuando pase el centenario se diga: tenemos una biblioteca renovada, y mucho mejor si hubiese posibilidades para acometer más proyectos. En eso estamos enfrascados a vida o muerte, buscando dinero de donde no hay, fuera y dentro del país. Todo esto hay que verlo también dentro del plan de mejoramiento de la Biblioteca por el centenario. Creo que sí vamos a celebrarlo, que lo estamos celebrando ya y que va a dejar resultados perdurables en la institución.



Conclusiones

No es difícil percatarse, por los comentarios y análisis de cada período, de que la historia de la Biblioteca Nacional podría reescribirse a partir del estudio de sus estructuras departamentales, así como de los sistemas clasificación y catalogación empleados para organizar las colecciones internamente y darlas a conocer al público.

También podría redactarse esa historia desde el punto de vista del espacio físico, de su necesidad para materializar dicha obra desde la creación teórica de la Biblioteca Nacional hasta su instalación en los diferentes locales que la acogió, concluyendo en la construcción del actual edificio y los problemas que este pudiera presentar o no en el futuro.

La Biblioteca Nacional presentó un mismo problema durante toda su historia desde el punto de vista financiero: las sumas asignadas nunca han sido suficientes para resolver sus necesidades crecientes, fundamentalmente, la compra de colecciones, libros, suscripciones a publicaciones periódicas, encuadernación, restauración y conservación; o para mantener la circulación de la revista y editar otros empeños bibliográficos.

Otra de las problemáticas a las cuales las direcciones tuvieron que enfrentarse fue la carencia de personal profesionalmente preparado. No siempre visualizaron la importancia de este factor para garantizar el desarrollo de la Biblioteca Nacional. Atentaban contra esta mejoría la falta de permanencia por mucho tiempo de los empleados enviados, de manera real, por el Ministerio de Educación a laborar en la Biblioteca Nacional, pues en ocasiones eran nombramientos fantasmas, “botellas” otorgadas a alguien por sus servicios politiqueros.

Tampoco se contempló un plan de ampliación de la plantilla del personal técnico de manera efectiva para cubrir las urgencias más apremiantes de la institución.

Hubo momentos en que al parecer se usó de modo más racional el presupuesto asignado y se materializaron algunos logros, pero siempre por debajo de lo que objetivamente se necesitaba, tales como en el período de José Antonio Ra-

mos o en el de Lilia Castro de Morales, quien logró no sólo reeditar la *Revista de la Biblioteca Nacional*, sino plantear la catalogación y clasificación de libros que hacía años esperaban por su incorporación a los estantes.

La Sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional realizó una labor muy meritoria que culminó con el impuesto sobre los sacos de azúcar, el cual posibilitó la compra y ejecución del edificio, así como la creación de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional. Ante esa prioridad José Antonio Ramos hizo un llamado de atención sobre la importancia de batallar en igual medida con el objetivo de crear las condiciones para preparar profesionalmente al personal que debía trabajar en la Biblioteca Nacional, sobre todo, cuando ella estuviera alojada en su nueva sede.

Son muy justos los reconocimientos a quienes desde la época de la intervención estadounidense procuraron que la Biblioteca Nacional fuera creada. Pienso que, en cierto modo, su aparición fue más el deseo intelectual de unos cuantos, que la necesidad real de contar con una verdadera Biblioteca Nacional, como sí parece que fue la tónica mayoritaria en las bibliotecas nacionales de los países iberoamericanos.

El triunfo de la Revolución marcó un momento de suma importancia en la historia de nuestra patria, pero particularmente para el caso de la Biblioteca Nacional fue el inicio del momento más trascendental de esa institución, porque contó con recursos financieros que posibilitaron ampliar la plantilla de empleados, la compra de libros y suscripciones a publicaciones periódicas cubanas y extranjeras, el pago por conferencias y colaboraciones; además, como consecuencia de la salida del país de muchas familias adineradas, de la nacionalización de instituciones y empresas privadas, sus bibliotecas fueron enviadas a la Biblioteca Nacional con la finalidad de su incorporación a los fondos, o su redistribución en otras bibliotecas de la capital o de las provincias.

No tengo dudas en afirmar que en cada período cada director trató de hacer algo positivo, independientemente de su mayor o menor visión ante la problemática a la cual se tenía que enfrentar. Considero que no hubo una dirección totalmente negativa ni totalmente positiva; paso a paso cada cual fue dando su aporte, y es lo que considero que en este momento del centenario de nuestra Biblioteca Nacional se debe destacar. Por lo tanto, agradezcamos a quienes colaboraron tan denodadamente con nuestra Biblioteca y a los que tuvieron la posibilidad de

ocupar el cargo de director como lo hicieron Domingo Figarola Caneda, Francisco de Paula Coronado, José Antonio Ramos, Carlos Villanueva, Lilia Casto de Morales, María Teresa Freyre de Andrade, Julio Le Riverend, Olinta Ariosa, ya todos fallecidos, y a los que aún tienen el privilegio de haber sido gestores, ahora testigos de todo lo que acontece: Aurelio Alonso, Sidroc Ramos, Luis Suardíaz, Marta Terry y Eliades Acosta, sin pasar por alto los cientos de nombres que desde diferentes puestos de trabajo pasaron por nuestra institución como María Villar Buceta, Renée Méndez Capote, María Lastayo, Israel Echevarría, Primitiva Rodríguez, Juan Pérez de la Riva, Regla Peraza, Emilio Setián, Aida Quevedo, María Elena Jubrías, Audry Mancebo, Regina Trobo, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Carlos Fariñas, Argeliers León, Luz Merino, Eliseo Diego, Bella García Marruz, Zoila Lapique, Elena Giraldez, Luisa Reyes, Osiris Riera, y de tantos que dando el libro, la información solicitada, limpiando los estantes o los pisos contribuyeron también a la historia que hoy narramos y que otros deberán abordar con más amplitud en el futuro.



Bibliografía consultada y citada

¹ Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica. *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente* / ABINIA: coords. José G. Moreno de Alba y Elsa M. Ramírez Leyva. — 2ª. Ed. — México : UNAM, Coordinación de Humanidades : Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 1995. — 625 p.

² *Op. cit.*: Argentina: p. 3, Brasil: p. 39, Colombia: p. 65, Guatemala: p. 293, México: p. 325, Perú: p. 419.

³ *El negro en la economía habanera del siglo XIX* / Pedro Deschamps Chapeaux. — La Habana : Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1971. — 202 p.

La emancipación de los esclavos en Cuba: la transición al trabajo libre, 1860-1899 / Rebecca Scott, trad. Eduardo Sánchez. — 1ª ed. — México : Fondo de Cultura Económico, 1989. — 362 p.

⁴ *El Negro en el periodismo cubano del siglo XIX: ensayo bibliográfico* / Pedro Deschamps Chapeaux. — 1ª ed. — La Habana : Ediciones R, 1963.

Bibliografía de autores de la raza de color / Carlos M. Trelles. *Cuba Contemporánea* (La Habana) 43(169):30-78; en.-abr. 1927.

Sociedades de instrucción y recreo en Cuba colonial: período 1878-1898 / Carmen Montejo Arrechea. — Veracruz : Instituto Veracruzano, 1993. — 138 p.

⁵ *Reglamento de la sociedad de instrucción, recreo y socorro mutuo intitulada El Cocoyé*. — Santiago de Cuba : Tip. de Juan E. Ravelo, 1894. — 20 p.

⁶ *La educación en la isla de Cuba: su pasado, su presente* / Enrique José Varona. — 1ª ed. — La Habana : Impr. Rambla y Bouza, 1907. — p. 17.

⁷ *Op. cit.* pp. 12-13.

⁸ *Op. cit.* p. 29.

⁹ *Cuba y su evolución colonial* / Francisco Figueras. — 1ª ed. — Habana : Isla, Editores y Distribuidores, [1959?] — p. 133.

¹⁰ Sobre bibliotecas públicas / Carlos M. Trelles. *Cuba y América* (La Habana) 4(80):15-18; 5 abr. 1900. (84):15-16; 5 jun. 1900. (88):18; 5 ag. 1900. (90):20; 5 sept. 1900. (91):15-17; 20 sept. 1900.

¹¹ El desarrollo de la Biblioteca Nacional durante 75 años y su influencia en el movimiento bibliotecario del país. / Emilio Setién. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 68(1):62; en.-dic. 1977.

¹² *Op. cit.* pp. 59-60.

¹³ *Annual Report. Headquarters Department of Cuba. Civil Orders and Circulars.* Habana, 1901. v. 2, s.p.

¹⁴ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional / comps. Israel Echevarría y Siomara Sánchez. *Revista de la Biblioteca Nacional (La Habana)* (2):65; mayo-ag. 1981.

¹⁵ Junta organizadora de la Biblioteca y Museo Nacionales de la Isla de Cuba. En: *Historia de los archivos de Cuba*, 1912. pp. 235-240

¹⁶ Los 75 años de nuestra casa / Juan Pérez de la Riva. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí (La Habana)* (3):6; sept.-dic. 1976.

¹⁷ El desarrollo de las Biblioteca Nacional durante 75 años y... *Op. cit.* p. 6.

¹⁸ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Secretaría. Legajo 56, No. 203. También en: La Biblioteca Nacional / Francisco de Paula Coronado. *Revista de Instrucción Pública (La Habana)* 1(No. Extr.):395; oct. 1925. Documento 2. pp. 121-122. En: *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica* ver Referencia No. 1.

¹⁹ *Op. cit.* p. 394.

²⁰ Los 75 años de nuestra casa. *Op.cit.* p. 6.

²¹ *Gaceta de La Habana*. 26 febr. 1902:787. También en: *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica*. p. 124.

²² Los 75 años de nuestra casa. *Op. cit.* p. 6.

²³ *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica*. p. 10.

²⁴ Inventos bibliográficos / Manuel Pérez Beato. *El Curioso Americano (La Habana)* 4(3):54; jul. 1907.

Bibliografía / Manuel Pérez Beato. *Letras (La Habana)* (38):4-9; 30 sept. 1907.

²⁵ Réplica al Dr. Pérez Beato. *Letras (La Habana)* (39):7; 15 oct. 1907. (Primera parte)

²⁶ *Op. cit.* p. 7.

²⁷ Contestación al Doctor García / Carlos M. Trelles. *Letras (La Habana)* (42):25; 20 nov. 1907.

²⁸ Al señor Trelles / Ezequiel García Enseñat. *Letras (La Habana)* (43):[19-29]; 15 dic. 1907.

²⁹ *Op. cit.* p. 17.

³⁰ Biografía de la Biblioteca Nacional / Lilia Castro de Morales. *Revista de la Biblioteca Nacional (La Habana)* (3):34. jul.-sept. 1957.

³¹ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional. p. 73.

VER: 1918: abril 1ro.

³² Cronología histórica de la Biblioteca Nacional. p. 70.

VER: 1910: junio 11

³³ *Op. cit.* p. 74.

VER: 1919: mayo 10

³⁴ En el décimo aniversario de la muerte de Domingo Figarola Caneda / Emilio Roig. *Carteles* (La Habana) (15):26, 54; 12 abr. 1936.

³⁵ *Op. cit.* p. 26.

³⁶ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional. p. 74.

VER: 1918: nov. 4.

³⁷ Proyecto de Cosme de la Torriente de Ley presentado al Senado el 23 de julio de 1919 para dotar de edificios apropiados a la Biblioteca Nacional, a la Biblioteca de Matanzas y al Archivo Nacional de Cuba. *Boletín del Archivo Nacional* (La Habana) 18(3):285-290; mayo-jun. 1918.

³⁸ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional. pp. 74-75.

VER: 1920.

³⁹ Recuerdos de la vieja biblioteca / Renée Méndez Capote. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) (2):92-93; mayo-ag. 1981.

⁴⁰ El desastroso estado de la Biblioteca Nacional / Emilio Roig. *Carteles* (La Habana) (2):14-15; 16 en. 1927.

⁴¹ Las dificultades y necesidades de nuestra Biblioteca Nacional / Emilio Roig. *Carteles* (La Habana) (4):12-13, 24; 23 en. 1927.

⁴² La clasificación de nuestra Biblioteca Nacional / Francisco de Paula Coronado. *Revista Bibliográfica Cubana* (La Habana) 1(1):11-16; en.-febr. 1936.

“Durante los primeros 17 años de su existencia la Biblioteca Nacional no tuvo una verdadera clasificación. No hay ningún documento oficial donde conste que estuviera clasificada y se diga qué sistema se había clasificado”

⁴³ La Biblioteca / Manuel Góngora. *Bohemia* (La Habana) (36):20-21, 47; 4 sept. 1927.

⁴⁴ *Op. cit.*

⁴⁵ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional, p. 79.

VER: 1935: dic.13.

Los Amigos de la Biblioteca Nacional / Emilio Roig. *Carteles* (La Habana) (7):26, 50; 16 febr. 1936.

Amigos de la Biblioteca Nacional. Reglamento. — La Habana : Molina, 1936. — 28 p.

⁴⁶ Notas y noticias sobre la Biblioteca Nacional / Emilio Roig. *Carteles* (La Habana) (13):26, 72; 29 mar. 1936.

⁴⁷ / Lorenzo Rodríguez Fuentes. *Revista Bibliográfica Cubana. Op. cit.* p. 26.

Este texto fue citado por Roig. El artículo original no se encontró en la colección de la *Revista Bibliográfica Cubana* de la Biblioteca Nacional.

⁴⁸ Medio siglo de abandono sufre la Biblioteca Nacional / Loló de la Torriente. *Bohemia* (La Habana) (29):56-57,89; 17 jul. 1949.

⁴⁹ Vida pasión y muerte de la Biblioteca Nacional / Emilio Roig. *Carteles* (La Habana) (16):38-39; 17 abr. 1938.

⁵⁰ Realidades y perspectivas de nuestra Biblioteca Nacional / Emilio Roig. *Carteles* (La Habana) (36):38; 9 sept. 1945.

⁵¹ El traslado de la Biblioteca Nacional. Fotografía del Dr. Coronado recibiendo de manos del teniente Pérez las llaves del Castillo de la Fuerza, a donde ha sido trasladada provisionalmente la Biblioteca Nacional. *Carteles* (La Habana) (18):33; 1 mayo 1938.

⁵² Biblioteca Nacional. *Boletín Bibliotécnico* (La Habana) (5):1-3; sept. 1938.

⁵³ *Op. cit.*

⁵⁴ III Jornada... La Biblioteca Nacional. *Boletín Bibliotécnico* (La Habana ((2-3):4-5; mar.-jun. 1940.

⁵⁵ *Op. cit.* p. 5.

⁵⁶ Referida a mí personalmente por la profesora y doctora en Ciencias Literarias, Ana Cairo.

⁵⁷ Recuerdos de la vieja biblioteca, p. 92.

⁵⁸ *Op. cit.* pp. 96-97.

⁵⁹ *Manual de Biblioteconomía* / José Antonio Ramos. — 1ª ed. — La Habana : P. Fernández, 1943. — 469 p.

⁶⁰ José Antonio Ramos nos habla de libros y de bibliotecas. *El Mundo* (La Habana) 7 sept. 1941:4. (Edición dominical)

⁶¹ José Antonio Ramos y la Biblioteca Nacional / Israel Echevarría. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) (2):117-147; mayo-ag. 1978.

⁶² *Op. cit.* pp. 132-133.

⁶³ *Manual de Biblioteconomía*, pp. XII, 7.

⁶⁴ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional, p. 82 VER Ley no. 20 de 1941. p. 82.

⁶⁵ *Op. cit.* VER Junta de Patronos. pp. 82-83.

⁶⁶ La Biblioteca Nacional / José Antonio Ramos. *El Siglo* (La Habana) (9):1, 16; 10 oct. 1945.

⁶⁷ Prólogo / Ana Cairo pp. 17-18. En: *Humberto Fabre* / José Antonio Ramos. — La Habana : Editorial Letras Cubanas, 1984. — p. 339.

⁶⁸ ¿Quieren controlar los comunistas nuestra Biblioteca Nacional; Expulsado José Antonio Ramos de la Biblioteca Nacional por su criterio sectario; figura Emilio Roig en la maquinación / Raimundo Menocal del Cueto. *El Siglo* (La Habana) 10(25):1, [16]; 3 abr. 1946.

⁶⁹ *Op. cit.* p. [16].

⁷⁰ De José Antonio Ramos al Director de *El Siglo*. *Noticias de Hoy* (La Habana) 9 abr. 1946:8.

⁷¹ Páginas salvadas: Fragmentos de sus memorias: 6 de febrero de 1939 / José Antonio Ramos. *Nueva Revista Cubana* (La Habana) 1(3):156-157; oct.-dic. 1959.

⁷² *Op. cit.* p. 159.

⁷³ Carta a Raimundo Menocal y Cueto / N. Guiral Moreno. *El Siglo* (La Habana) (27):1, [16]; 17 abr. 1946.

⁷⁴ Ver referencia no. 68.

⁷⁵ Prólogo / Juan Pérez de la Riva. En: *Índice de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* / Araceli García Carranza. — La Habana : Instituto Cubano del Libro, 1975. — p. 15.

⁷⁶ Cultura. Jefatura Bibliotecaria. *Bohemia* (La Habana) (34):45; 24 ag. 1947. (En Cuba)

⁷⁷ Palabras pronunciadas en el homenaje a la memoria de Domingo Figarola Caneda / Lilia Castro de Morales. *Revista de la Biblioteca Nacional* (La Habana) (2):3-9; abr.- jun. 1952.

⁷⁸ Ver referencia 75.

⁷⁹ Entrevista con Rodolfo Tro en su casa en Santos Suárez en 1971, durante la investigación que efectué para la compilación e introducción histórica de la *Bibliografía de Bibliografías Cubanas*.

⁸⁰ Pro biblioteca Nacional “Gonzalo de Quesada” / Zoe de la Torriente Brau. *El País* (La Habana) 21 mayo 1949:1.

⁸¹ El deplorable estado de la Biblioteca Nacional / Zoe de la Torriente Brau. *El Mundo* (La Habana) 28 ag. 1957:4.

⁸² Pro Biblioteca Nacional “Gonzalo de Quesada”, p. 1.

⁸³ Carta del hijo de Gonzalo de Quesada a Zoe de la Torriente Brau. 22 de mayo de 1949. Archivo de Zoe de la Torriente Brau. Carpeta no. 7. Fundación Pablo de la Torriente Brau.

⁸⁴ Vida Cultural y Artística: La Asociación Cubana de Bibliotecarios / Rafael Marquina. *Información* (La Habana) 25 mayo 1949:11.

⁸⁵ Carta de la Dra. Zoe de la Torriente a la Dra. Estela Ortiz Menocal. 30 de mayo de 1949. Archivo de Zoe de la Torriente Brau. Carpeta no. 7. Fundación Pablo de la Torriente Brau.

⁸⁶ Carta de Manuel Moreno Fragnals a la Dra. Zoe de la Torriente. 29 de mayo 1949. Archivo de Zoe de la Torriente Brau. Carpeta no. 7. Fundación Pablo de la Torriente Brau.

⁸⁷ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional, p. 86.

VER: 1949: junio 9.

⁸⁸ Deslinde: Justo homenaje a un patriota / Juan J. Remos. *Diario de la Marina* (La Habana) 17 jun. 1949:4.

Notas varias: Biblioteca Nacional "Gonzalo de Quesada" /Guillermo Martínez Márquez. *El País* (La Habana) 16 jun. 1949:[16].

Cosas que pasan: La Biblioteca Nacional / Antonio Iraizoz. *El Avance Criollo* (La Habana) 13 jun. 1949:1-2.

⁸⁹ Carta abierta al Primer Ministro / Fernando Ortiz. *Bohemia* (La Habana) (27):59, 85; 19 jun. 1949.

⁹⁰ En esta Habana nuestra / Conrado Massaguer. *Información* (La Habana) 4 jun. 1949:8.

⁹¹ Ver referencia 89.

⁹¹ Nuestra Biblioteca Nacional / Eusebio L. Dardet. *Carteles* (La Habana) (4):5; 11 oct. 1936.

⁹² Carta abierta al doctor Fernando Ortiz de Zoe de la Torriente. 21 de junio de 1949. Archivo de Zoe de la Torriente Brau. Carpeta no. 7. Fundación Pablo de la Torriente Brau.

⁹³ Demanda un notable grupo de intelectuales que se dé el nombre de Gonzalo de Quesada a la Biblioteca Nacional / Miguel de Marcos. *Prensa Libre* (La Habana) 21 jun. 1949:4.

⁹⁴ Carta del Club Rotario a favor de la propuesta de Zoe de la Torriente: 18 de agosto de 1949. Archivo de Zoe de la Torriente Brau. Carpeta no. 7. Fundación Pablo de la Torriente Brau.

⁹⁵ Entrevista a Zoe de la Torriente por German Pinelli transmitida por la CMQ. 7 de julio de 1949. Archivo de Zoe de la Torriente Brau. Carpeta no. 7. Fundación Pablo de la Torriente Brau.

⁹⁶ Nacional y nada más. / Ramón Vasconcelos. *Alerta* (La Habana) 27 jul. 1949:1,8.

⁹⁷ La Biblioteca Nacional "Gonzalo de Quesada" / Gastón Baquero. *Diario de la Marina* (La Habana) 26 jul. 1949:4.

⁹⁸ Se tenía alguna información sobre este debate, pero tuvimos la suerte que el técnico en información Daniel Motola nos comunicara que en la Fundación Pablo de la Torriente Brau había un fondo de su hermana con documentos sobre el debate.

⁹⁹ Consideraciones sobre la Biblioteca Nacional y formulas para un plan tendiente a completar su catálogo. / Lilia Castro de Morales. *Revista de la Biblioteca Nacional* (La Habana) (3):3-15; jul.-sept. 1951.

¹⁰⁰ *Op. cit.*

¹⁰¹ Biografía de la Biblioteca Nacional / Lilia Castro de Morales. *Revista de la Biblioteca Nacional* (La Habana) (3):34; jul.-sept. 1957.

¹⁰² Datos tomados de la Sección de las estadísticas de la *Revista de la Biblioteca Nacional* donde se consolidaban las cifras de usuarios y del movimiento del fondo.

¹⁰³ Todos los textos de los discursos y palabras pronunciadas se publicaron en: *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios* de marzo de 1959 y en la entrega de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* de octubre a diciembre de 1957. Parece ser que se decidió publicar en ese número para que dicha información circulara casi de manera inmediata, pero llama la atención que los textos aparezcan en una revista con fecha anterior a la inauguración del edificio.

¹⁰⁴ Sobre el libro cubano / Lilia Castro de Morales. *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios* (La Habana) (1):8-9; mar. 1959.

¹⁰⁵ Discurso en el acto inaugural de la Biblioteca Nacional José Martí el 21 de febrero de 1958 / Emeterio S. Santovenia. *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios* (La Habana) (1):3-6; mayo 1958.

¹⁰⁶ Palabras / Quincy Munford. *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios* (La Habana) (1):14-15; mar. 1958.

¹⁰⁷ Contestación al homenaje / Tomas F. Puyans. *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios* (La Habana): (1):11-12; mar. 1958.

¹⁰⁷ Entrevista realizada a Maruja Iglesias que posibilitó corroborar y precisar detalles e informaciones proporcionados por otros testificantes, además de otros de suma importancia de la propia actuación de la doctora Iglesias en la Biblioteca Nacional.

¹⁰⁸ Informe / María Teresa Freyre de Andrade. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) (1):5; en.-dic.1959.

¹⁰⁹ *Op. cit.* p. 8.

¹¹⁰ *Op. cit.*

¹¹¹ *Bibliografía Cubana*: Esta obra es la continuación de la que compilaba Fermín Peraza. A partir de los primeros años de la Revolución, esa tarea fue asumida por la Biblioteca Nacional. Siempre ha presentado atrasos en su circulación, agravados durante el período especial. En la actualidad se trata de poner al día. Cuba es uno de los pocos países que tiene recuperada en su inmensa mayoría todo lo salido de las imprentas cubanas, en virtud de los meritorios trabajos de Bachiller, y desde sus seguidores hasta hoy. En total la producción impresa aparece listada en tomos.

¹¹² *Catálogo de publicaciones periódicas del siglo XVII y XIX* / comps. Teresita Batista Villarreal, Josefina García Carranza y Miguelina Ponte. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Colección Cubana, 1965. — 246 p.

- ¹¹³ *Índice de revistas cubanas del siglo XIX* / La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Colección Cubana, 1970. — 464 p.
- ¹¹⁴ *Bibliografía de la poesía cubana del Siglo XIX* / comps. Roberto Friol, Celestino Blanch, Feliciano Menocal, Fina García Marruz y Cintio Vitier. — La Habana : Dpto. Colección Cubana, 1965. — 89 p.
- ¹¹⁵ *Correspondencia reservada del Capitán General Don Miguel Tacón con el gobierno de Madrid: 1834-1836...* / Miguel Tacón. Notas y bibliografía, Juan Pérez de la Riva. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Colección Cubana, 1963. — 434 p.
- ¹¹⁶ *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. — Año 1, no. 1-2 en.-febr. 1909. — Año 91, no. 3-4 (jul.-dic. 2000).
- ¹¹⁷ *Revista de Música* / Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Música. — Año 1, no. 1 (en. 1960) — Año 2, no. 4 (1961).
- ^{117a} Primer Fórum de Bibliotecarios. *Bibliotecas* (La Habana) 2(3):4-10; mayo-jun. 1964.
- ¹¹⁸ *Catálogo colectivo de ciencia y técnica*. Este catálogo dio un servicio extraordinario durante los años que se mantuvo. A él se le reportaban todas las revistas nacionales y extranjeras que llegaban a casi todas las bibliotecas y centros especializados del país. Satisfizo las múltiples demandas de los investigadores y de los centros especializados. Además se compiló el *Catálogo colectivo general de publicaciones periódicas de ciencia y técnica cubanas*. / comps. Aída Quevedo, Gilda Quintana, Daisy Domínguez y Melba Arce. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Información de Ciencia y Técnica, 1974. — 122 p.
- ¹¹⁹ *Catálogo colectivo de publicaciones periódicas de ciencias sociales y humanidades*. Fue un intento de realizar los mismos servicios que el homólogo de ciencia y técnica, pero nunca llegó a desarrollarse como el primero, aunque su existencia generó la compilación del *Índice General de Publicaciones Periódicas*.
- ¹²⁰ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional / Israel Echevarría y Siomara Sánchez. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) (2):65-90; mayo-ag. 1981.
- ¹²¹ Entrevista a Aurelio Alonso el 19 de abril en su casa.
- ¹²² *Biobibliografía de don Fernando Ortiz* / comp. Araceli García Carranza. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Colección Cubana, 1970. — 250 p.
- ¹²³ *Índice de revistas cubanas* / comps. Aleida Domínguez, Manuel Pastrana, Luz Berta Marín, María Amelia del Peso. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Hemeroteca e Información de Humanidades. — 3 tomos. Tomo 1: *Verbum, Espuela de Plata, Nadie Parecía, Clavileño, Poeta, Orígenes y Ciclón*. — tomo 2: *Avance, Archipiélago*. — tomo 3: *Gaceta del Caribe y Fray Junípero*.

¹²⁴ *Bibliografía de bibliografías cubanas 1859-1972* / Tomas Fernández Robaina. — [La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Hemeroteca e Información de Humanidades; Editorial Organismo, 1973]. — 340 p.

¹²⁵ *Índice general de publicaciones periódicas cubanas: ciencias sociales y humanidades.* — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1970-1987. — 19 tomos.

¹²⁶ Sala Martí: Debe recordarse que esta sala, como proyecto, se ideó durante el brevísimo período de Aurelio Alonso, Sidroc Ramos le dio el toque final y se abrió el 28 de enero de 1968.

¹²⁷ *Anuario Martiano* / Biblioteca Nacional José Martí. Sala Martí — La Habana Año 1, No. 1 (1969) — Año 7, No.7 (1977).

¹²⁸ *Temas martianos* / Cintio Vitier y Fina García Marruz. — Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Colección Cubana, 1969. — 347 p.

¹²⁹ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional José Martí: 1959-1981 / comp. Israel Echevarría. [La Habana : s.n., 1982]. — 86 p. (Ejemplar mecanografiado)

¹³⁰ Entrevista realizada a Sidroc Ramos el lunes 7 de mayo del 2001 a las 9. 30 a.m., en su casa, en la calle J, Vedado.

¹³¹ Cronología de las actividades de la Biblioteca Nacional José Martí 1959-1976 / comp. Antonieta Fernández. — La Habana, 1977. (Ejemplar mecanografiado)

¹³² *Índice de la revista Islas* / comp. Luz Berta Marín.— La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Hemeroteca e Información de Humanidades, 1974. — 189 p.

¹³³ *Bibliografía del Asalto al Cuartel Moncada 26.* / comp. Miriam Hernández. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Hemeroteca e Información de Humanidades, 1974. — 189 p.

¹³⁴ *Bibliografía de Juan Marinello* / comp. María Luisa Antuña y Josefina García Carranza, ilus. Portocarrero. — La Habana : Editorial Orbe, 1975. — 473 p.

¹³⁵ *Bibliografía de la Guerra de Independencia (1895-1898)* / comp. Araceli García Carranza. — La Habana : Editorial Orbe, Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Colección Cubana, 1976. — 746 p.

¹³⁶ *Bibliografía sobre caña de azúcar* / comp. María del Carmen Dropp Refojo. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1976. — 186 p.

¹³⁷ Cronología histórica de la Biblioteca Nacional José Martí: 1959-1981 / comp. Israel Echevarría. [La Habana : s.n., 1982]. — 86 p. (Ejemplar mecanografiado)

¹³⁸ *Catálogo de publicaciones de la Biblioteca Nacional José Martí 1905-1977* / comps. Marta Dulzaides, Elena Graupera. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí / Editorial Orbe, 1979. — 108 p.

¹³⁸ a Entrevista realizada el 14 de mayo de 2001.

¹³⁹ Testimonios de Emilio Setién y de otros compañeros que laboraron con ella.

^{139a} *La cultura y el pueblo* / Julio Le Riverend. Ent. Elena Alavez. *Bohemia* (La Habana) (12):78-80; 20 mar. 1981.

¹⁴⁰ *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*: En esta etapa se publicó la “Historia Económica” de Le Riverend en varias entregas, y se dedicó un número completo a Lezama Lima. Por iniciativa de Carmen Suárez, redactora de la revista, se iniciaron los alcances, de ese modo se rescataba una tradición de las publicaciones periódicas del siglo XIX en Cuba, se solían hacer cuando se consideraba necesario dar a conocer un texto que no había podido ser incluido en la entrega ordinaria.

¹⁴¹ *Biobibliografía de Alejo Carpentier* / comp. Araceli García Carranza. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1984.

¹⁴² *Biobibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring* / comp. Araceli García Carranza, Pról. Julio Le Riverend. — Ciudad de La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1986. — 2 t.

¹⁴³ *Biobibliografía de José Soler Puig in memoriam* / Pról. y comp. Tomás Fernández Robaina. — La Habana : Letras Cubanas / Biblioteca Nacional José Martí, 1986. — 35 hojas. (Ejemplar mimeografiado)

¹⁴⁴ *Bibliografía selectiva de Salvador Bueno* / comp. Tomás Fernández. Pról. Julio Le Riverend. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Eds. y Conservación, 1987. — ix, 237 p.

¹⁴⁵ *Bibliografía de temas afrocubanos* / comp. Tomás Fernández Robaina. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Investigaciones Bibliográficas, 1986. — 581 p.

¹⁴⁶ *Bibliografía Jorge Onelio Cardoso in memoriam* / comp. Tomás Fernández Robaina. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Investigaciones Bibliográficas, 1986. s.p.

¹⁴⁷ *Bibliografía Cubana*: La aparición de este título se paralizó totalmente, pues la demora en su circulación se debió más bien, en otras etapas, a entregas demoradas o a retrasos en el proceso editorial o de impresión. No se reinicia su circulación hasta finales de la década del 90.

¹⁴⁸ *Índice general de publicaciones periódicas cubanas: ciencias sociales y humanidades*. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1971-2000. — 32 t.

Han sido publicados diecinueve tomos que cubren la información desde 1970 hasta 1987; el resto se mantiene mecanuscrito, o en base de datos.

¹⁴⁹ *Bibliografía del Asalto al Cuartel Moncada: Suplemento 1973-1987* / comp. Araceli García Carranza. — La Habana : Editora Política, 1989. — 125 p.

¹⁵⁰ *Minerva: Cultura Cubana: una aproximación bibliográfica = a bibliographical approach* / Biblioteca Nacional José Martí. — La Habana : [199?]. — Cd Rom.

¹⁵¹ *Cultura afrocubana: [suplemento de la Bibliografía de temas afrocubanos]* / comp. Tomás Fernández Robaina. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1994. — 102 p.

¹⁵² *Fernando Ortiz: suplemento* / comp. Araceli García Carranza. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1994. — 60 p.

¹⁵³ *Biobibliografía de Mario Rodríguez Alemán* / comp. Josefina García Carranza. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, [199?]. (Ejemplar mecanografiado)

¹⁵⁴ *Biobibliografía de Loló de la Torriente Brau* / comp. Araceli García Carranza. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, [199?]. (Ejemplar mecanografiado)

¹⁵⁵ *Biobibliografía de Antonio Maceo y Grajales: Base de datos* / comp. Tomás Fernández Robaina. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1996.

¹⁵⁶ *Bibliografía de bibliografías cubanas: Base de datos* / comp. Tomás Fernández Robaina. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1998.

¹⁵⁷ La actualización de la *Bibliografía cubana del siglo XIX* fue un proyecto encaminado a analizar la compilación trellista, respetando la división dada por el bibliógrafo matancero. Lamentablemente, por razones organizativas, el proyecto fue modificado sin que se tuvieran en cuenta los objetivos principales por los cuales había sido concebido: cuantificar los textos omitidos por Trelles, y los registrados por él, para evaluar de manera más objetiva la labor realizada.

¹⁵⁸ Se efectuaron más de diez compilaciones, en las cuales se registraron períodos más breves de los contemplados por Trelles. Participaron un total de 15 diplomantes, y más de diez tutores.

¹⁵⁹ Durante esta etapa se realizaron las entregas del boletín, posteriormente revista *Bibliotecas* de la década del 80 y en la del 90 sólo se publicó hasta 1997.

¹⁶⁰ Testimonio de la doctora Marta Terry efectuado en su oficina de la Biblioteca del Palacio del Segundo Cabo el 16 de mayo del 2001.

¹⁶¹ *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*: En este período se publicaron tres entregas en 1999 y dos en el 2000. Los últimos tres números están dedicados a figuras de nuestra literatura: Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Roberto Fernández Retamar.

¹⁶² *Bibliografía Cubana 1992-1993* / Biblioteca Nacional José Martí. Dpto. Bibliografía Cubana. — La Habana, 1996. — 510 p.

¹⁶³ Ejemplos de estas publicaciones son *Boletín Express*, *La Polilla*, *Fechario histórico*, y la *Revista de la Biblioteca Nacional*.

¹⁶⁴ Son numerosos los catálogos que en este sentido se han impreso. Hasta ahora han circulado los fecharios de 1999 y 1998: *Fechario histórico 1999* / Ministerio de Cultura. Biblioteca Nacional José Martí. — La Habana, 1998. *Fechario histórico 1998* / Ministerio de Cultura. Biblioteca Nacional José Martí. — La Habana, 1997.

¹⁶⁵ Debe mencionarse en este sentido: *La lectura: ese poliedro* / Víctor Fowler. — La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 2000. — 96 p.

¹⁶⁶ Como resultado de ese concurso desde su inicio anualmente se edita el libro de igual título con los textos de los niños ganadores.

¹⁶⁷ *Pensamiento* / José Martí. — Ciudad de La Habana : Biblioteca Nacional José Martí, 1998. — 6 vs. (Colección Minilibros)

¹⁶⁸ La huella aborigen en Cuba, de José Antonio García Molina; Introducción a la historia y a la cultura del negro en Cuba, Tomás Fernández Robaina, por ejemplo. Las investigaciones sobre indización, evaluación de fondos, bibliometría, entre otras, fueron realizadas por Sara Escobar, Margarita León y Nuria Pérez.

¹⁶⁹ Datos tomados de los balances anuales de la Biblioteca Nacional.

¹⁷⁰ Entrevista efectuada en la Biblioteca Nacional el 24 de junio del 2001.



Índice

Introducción	7
Fundación teórica y oficial de la Biblioteca Nacional	13
Período de Domingo Figarola Caneda: 1901-1920	16
Período interino de Fernando de Miranda: 1918-1920	25
Período de Francisco de Paula Coronado: 1920-1946 y del asesoramiento técnico de José Antonio Ramos: 1938-1946	27
Período interino de Carlos Villanueva: 1946-1948	49
Período de Lilia Castro de Morales: 1948-1959	51
Período de María Teresa Freyre de Andrade: 1959-1967	63
Período de Aurelio Alonso: 1967	72
Período de Sidroc Ramos: 1967-1973	81
Período de Luis Suardíaz: 1973-1976	88
Período interino de Olinta Ariosa	95

Período del doctor Julio Le Riverend: 1977-1988	96
Período de la doctora Marta Terry: 1988-1997	102
Período del licenciado Eliades Acosta: 1997	108
Conclusiones	125
Bibliografía consultada y citada	128

